

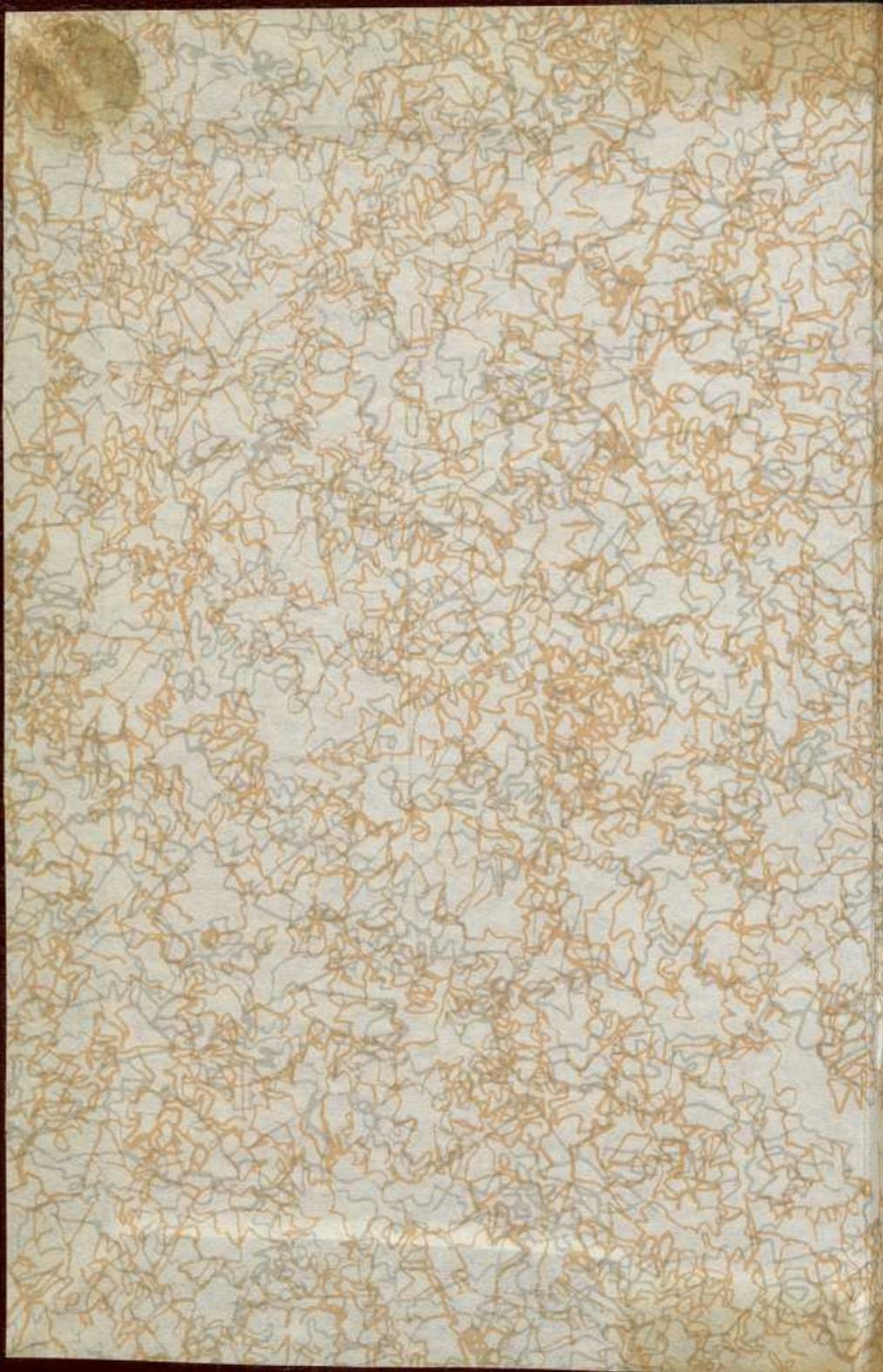
BUERTAS
YO HE SIDO
IMPIO

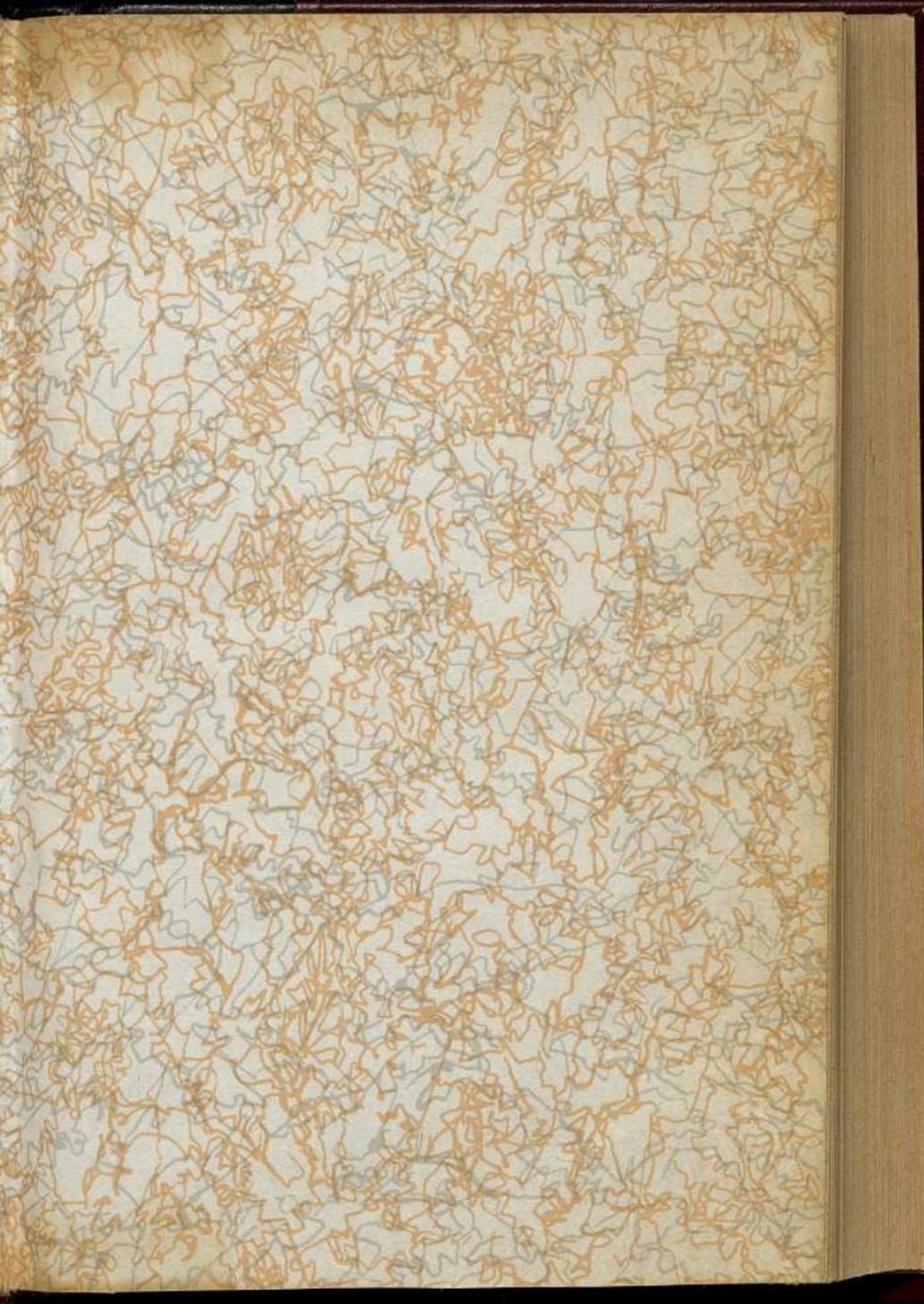
B. U. G.

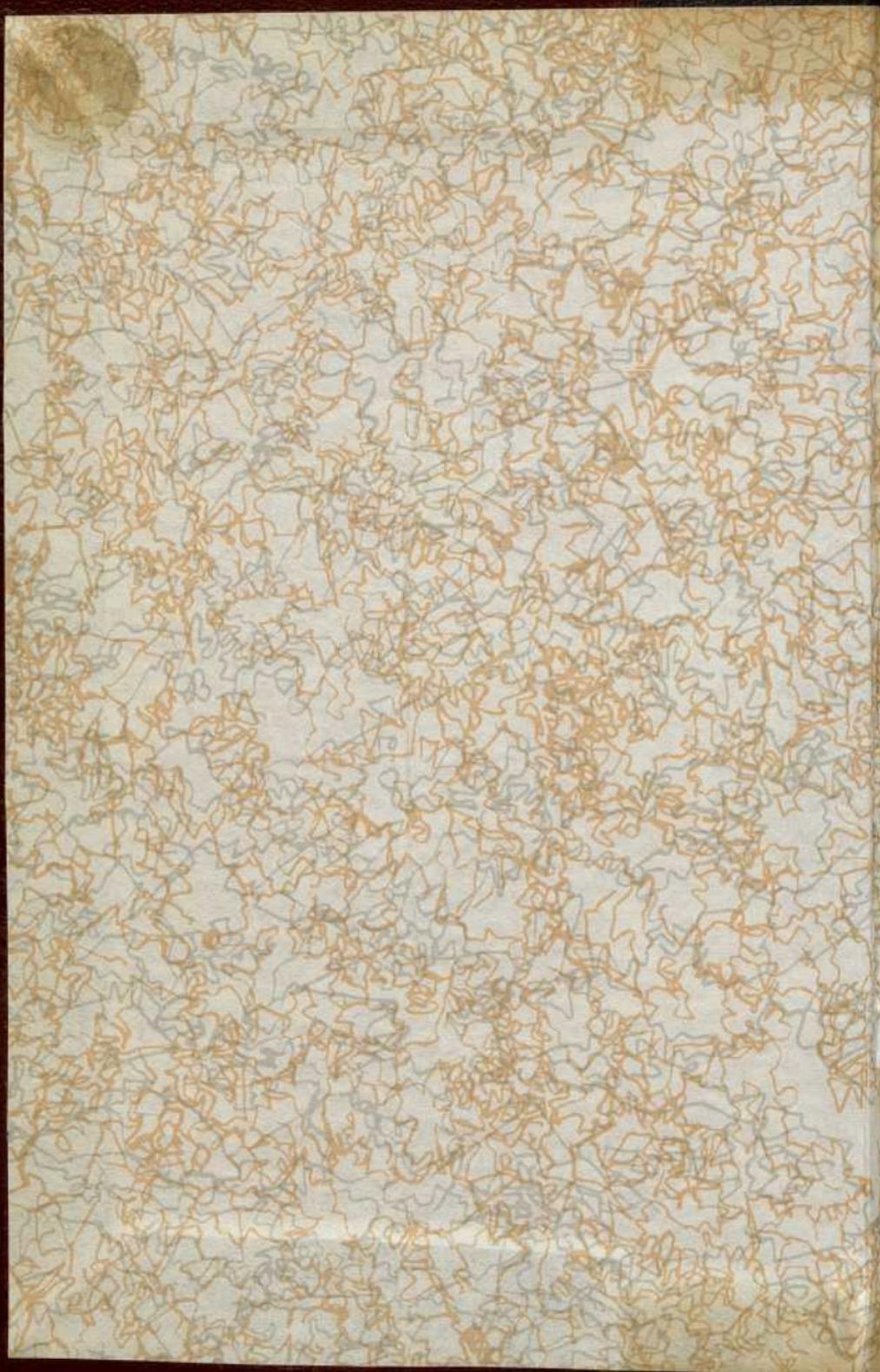
WATERMAN

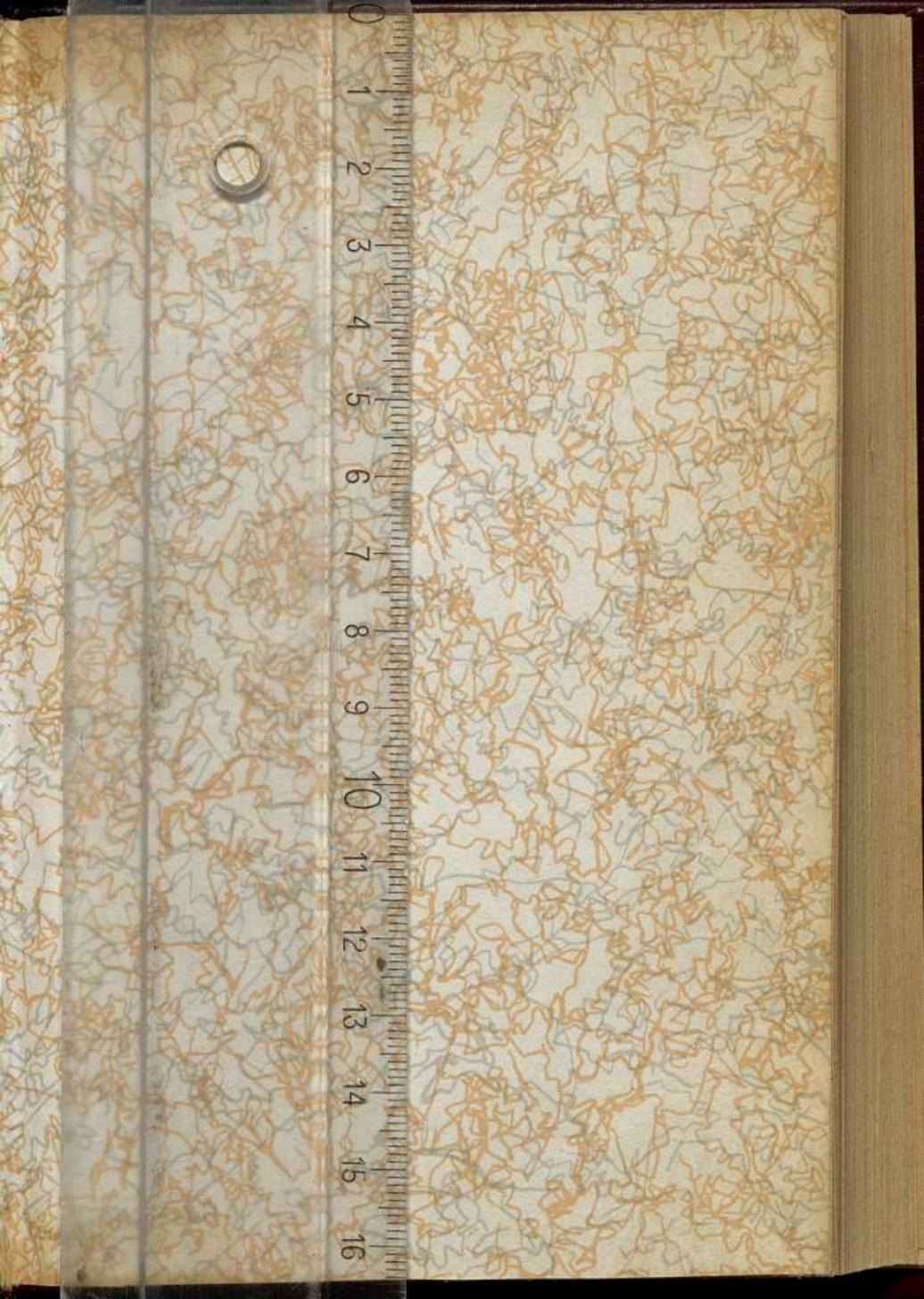












Bit

Sala:

B

Estant:

5

Número:

492

W

4-45-1008

YO HE SIDO IMPÍO!

REVELACIONES

ESPIRITISTAS Y MASONICAS

POR

JOSÉ HUERTAS LOZANO

Ex Herm.º. UNIVERSO

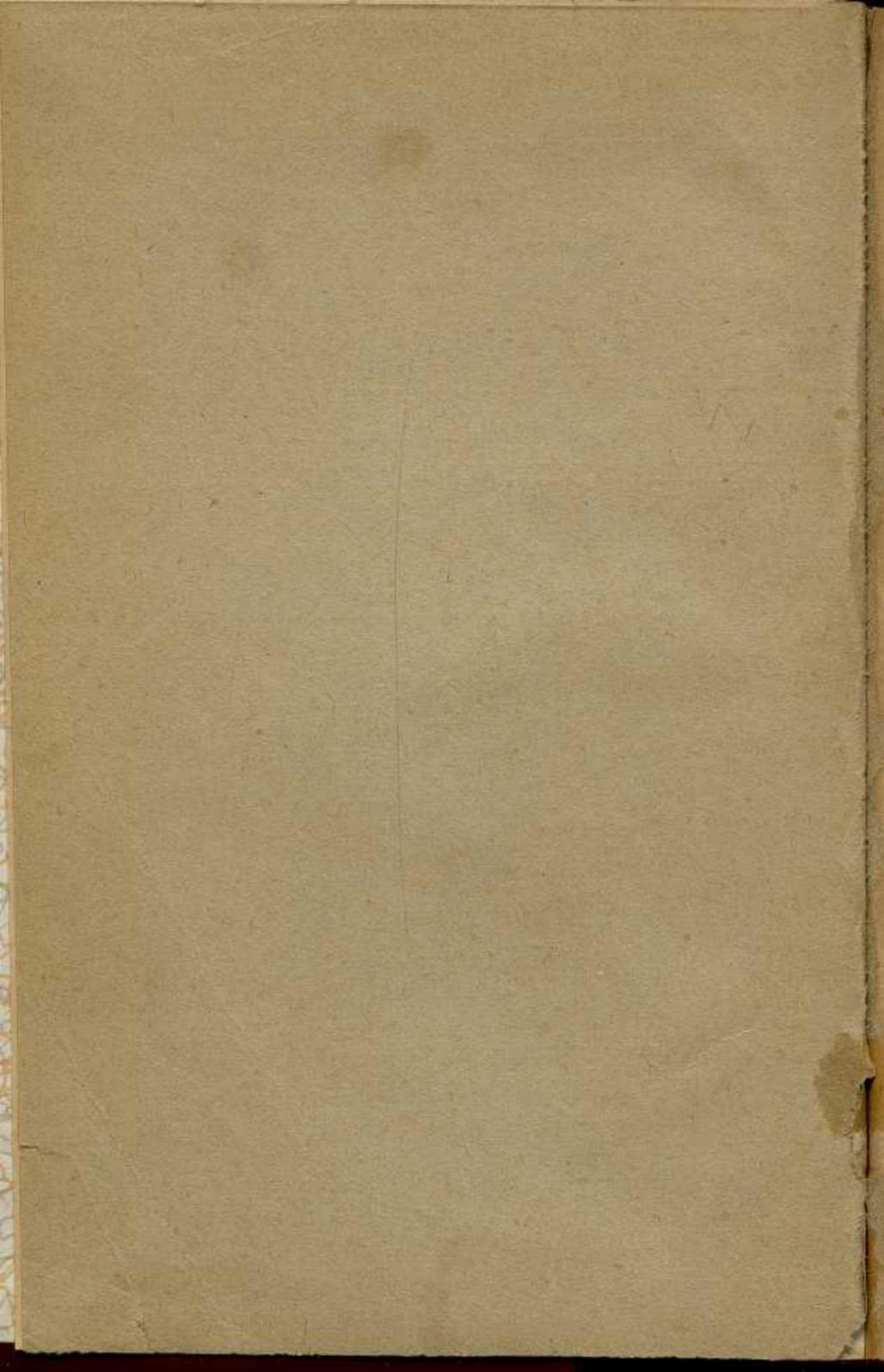
PRECIO : 2 PESETAS

MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES

Flor Baja, 22.—Teléfono 3181.

1892



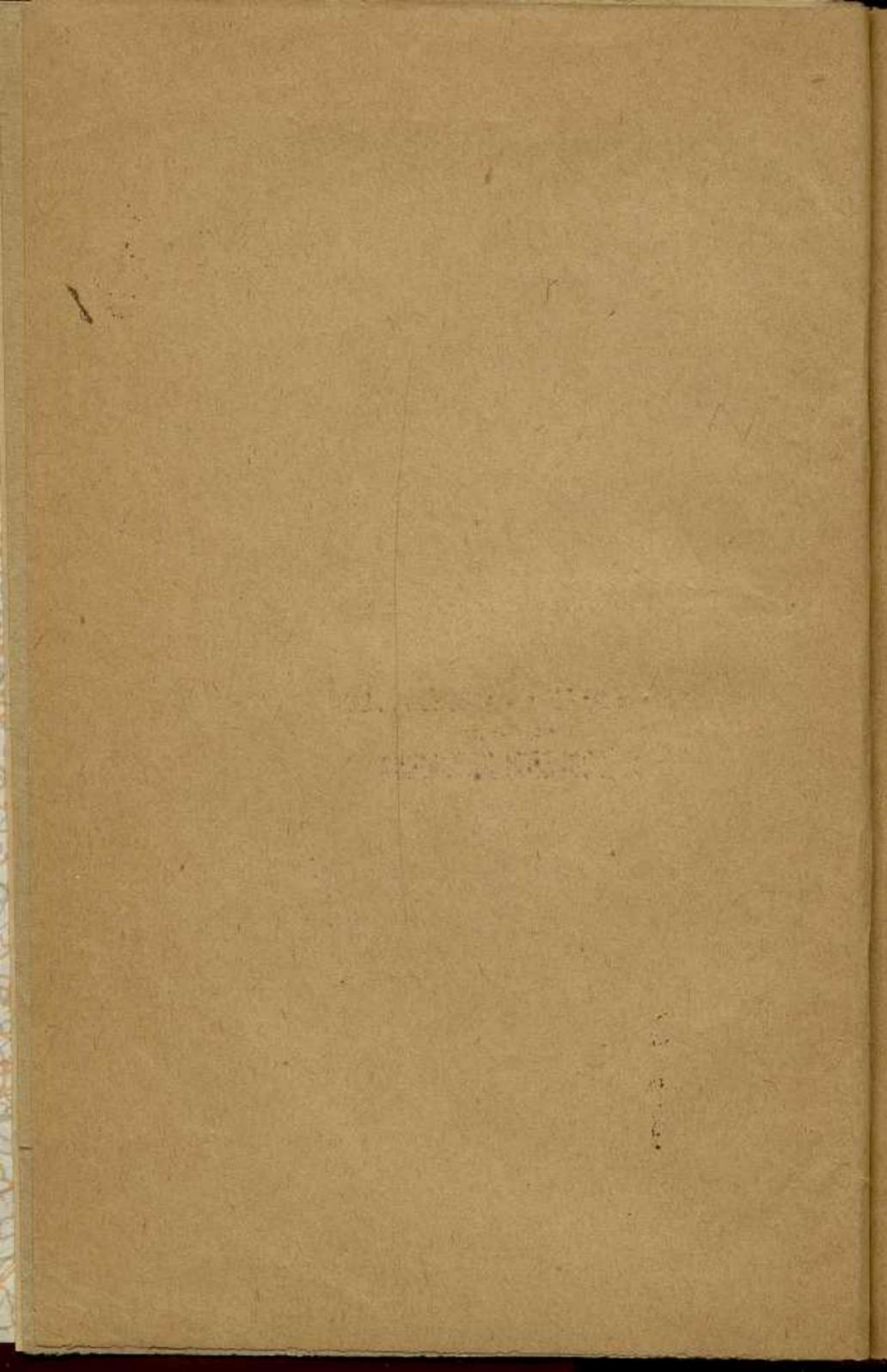
1

27-3-25

Biblioteca Universitaria	
Clase	B
Estado	6
Número	378

¡YO HE SIDO IMPÍO!





R/23789

¡YO HE SIDO IMPIO!

Estante.....	2
TABLA.....	3
Volúmen.....	269

REVELACIONES

ESPIRITISTAS Y MASÓNICAS

POR

JOSÉ HUERTAS LOZANO

Herm. . . UNIVERSO . . .

PERTENECE A LA BIBLIOTECA

D. LUIS SECO DE LUCENA



MADRID

IMP. DE LA S. E. DE SAN FRANCISCO DE SALES

Flor Baja, núm. 22

1892

10,812

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

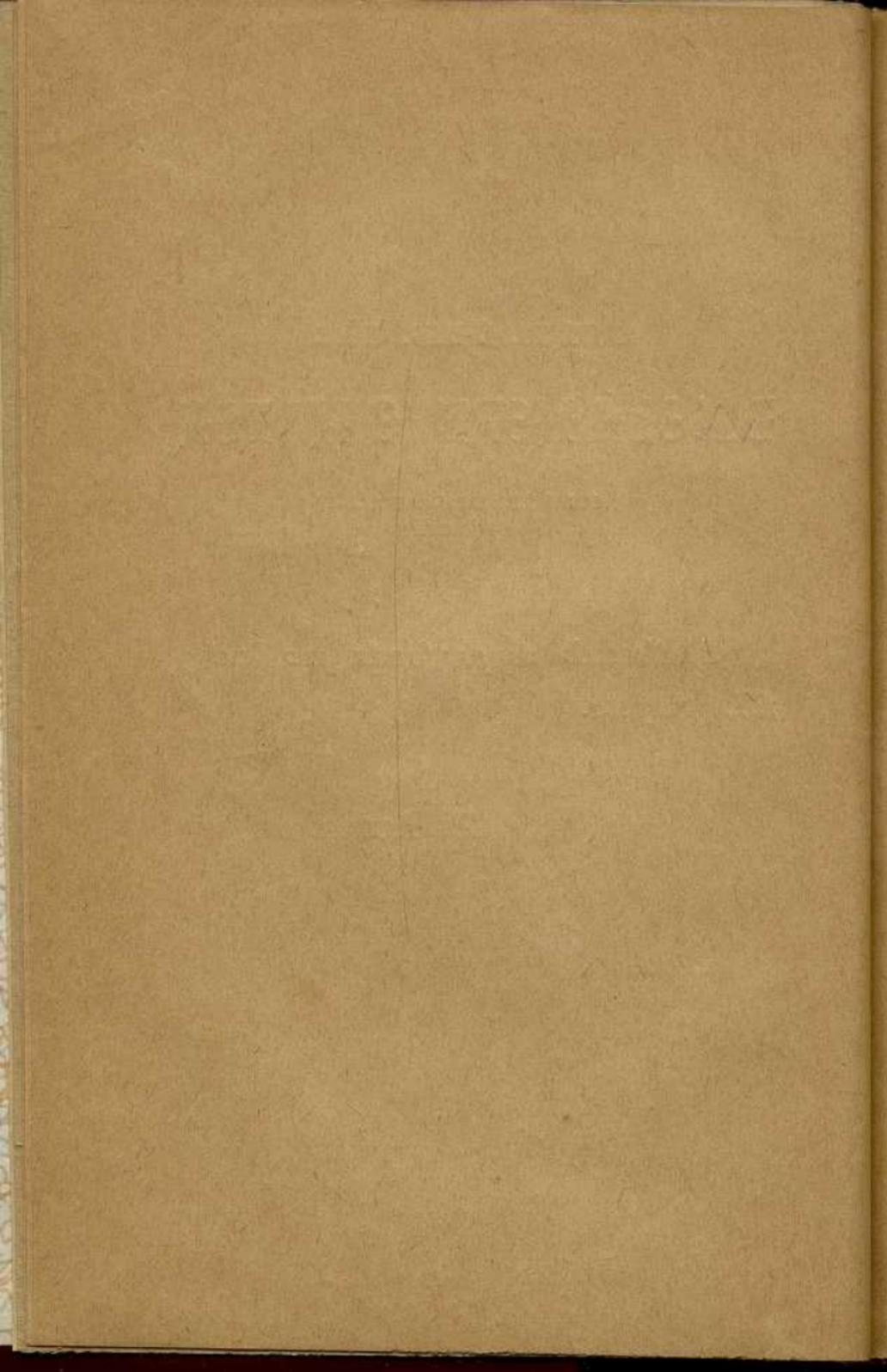
AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ MORENO MAZÓN

ARZOBISPO DE GRANADA

*Testimonio de profunda gratitud y
filial respeto.*

EL AUTOR.



CARTA

DIRIGIDA POR EL AUTOR AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR
ARZOBISPO DE GRANADA EL DÍA DE SU CONVERSIÓN.

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada: Mi venerable y amadisimo Prelado: A nadie mejor que á V. E. debo dirigir este escrito, porque nadie ha debido sentir más que V. E. mis extravios pasados. Que siempre es al corazón paterno á quien duelen sobremanera las faltas de los hijos. Pues este hijo pródigo acude hoy de la manera que puede á echarse en brazos de su bondadoso padre, pidiéndole perdón de su extraordinaria maldad, como ya lo ha hecho con gran consuelo de su corazón y con lágrimas de sus ojos á la Majestad soberana.

Dios nuestro Señor, cuyo recuerdo mezclado de cierta confianza y amor nunca perdí, me ha traído amorosamente á este Colegio de la Compañía de Jesús de Talavera de la Reina, á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Al meditar aquí en el retiro y el silencio las verdades eternas

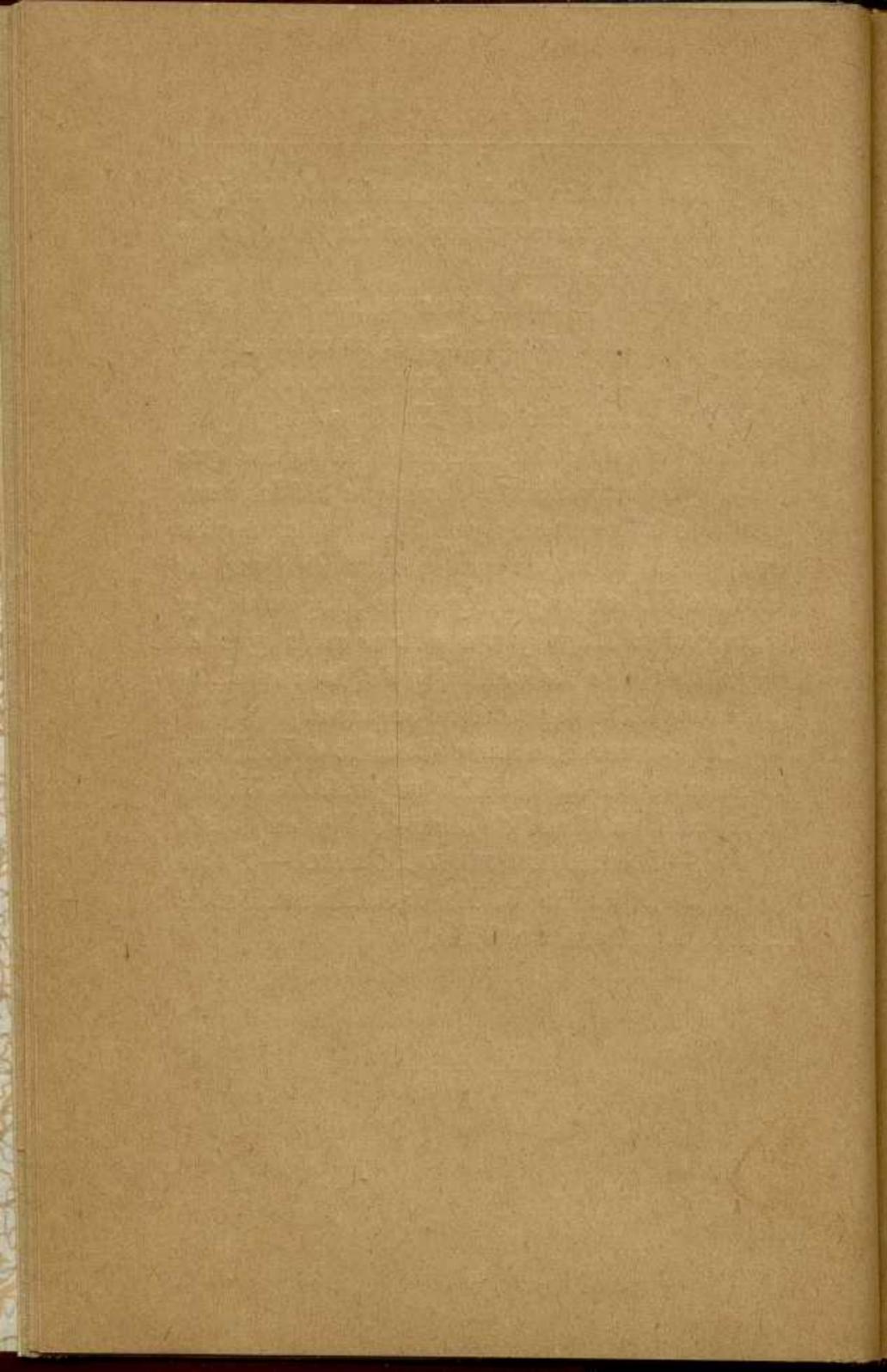
en que apenas antes había parado mientes, he visto las cosas de un modo contrario á como antes las veía, he sentido mudado mi corazón, y he creído.

En virtud de la fe y gracia que el Señor por su infinita misericordia me ha concedido, y ayudado por mi Madre y Señora la Inmaculada siempre Virgen Maria, declaro públicamente y ante la faz del mundo entero, que creo y confieso todas y cada una de las verdades de nuestra santa fe, que Dios ha revelado á su Iglesia y que ésta con su magisterio infalible nos propone; que quiero vivir y morir en esta misma fe que de niño recibí, y luego por mi desmedida ambición y por ir tras de los vanos y mentidos aplausos del mundo, pisoteé; que detesto y abomino todos los errores que en periódicos, folletos, discursos y pública y privadamente manifesté; que pido perdón al Sumo Pontífice, cabeza visible é infalible de la Iglesia, á V. E., Ilma. y dignísimo sucesor del glorioso mártir San Cecilio, y á todos los Sacerdotes, de los ultrajes con que me atreví á mancillarlos, como igualmente anhele que me perdonen todos los buenos por los escándalos con que lastimé su fe y apesadumbré sus corazones celosos de

la gloria de Dios, del esplendor de su Iglesia y de la perseverancia en la fe de todos los hijos de aquélla.

Por consiguiente, para reparar en cuanto sea posible tantos daños como durante alguna época de mi vida con mi errada conducta hice, suplico á V. E. Ilma. haga pública esta mi retractación en la forma que tenga por conveniente, para que así los buenos se confirmen más y más en sus creencias religiosas, y los que van extraviados por las sendas del error y del pecado, hagan alto y retrocedan luego para entrar en la que es depositaria de la verdad y de la virtud, la Iglesia católica apostólica romana.

*Besa reverentemente el anillo á V. E. I., á quien pide de rodillas su pastoral bendición este su humilde siervo é hijo en Cristo Jesús,—*JOSÉ HUERTAS Y LOZANO.—*Talavera de la Reina, el día de la Asunción de Nuestra Señora de 1889.*



CONTESTACION

DEL ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE GRANADA AL AUTOR

SR. D. JOSÉ HUERTAS LOZANO.

Granada 24 de Agosto de 1889.

Mi muy amado Hijo en Jesucristo : Con inmensa satisfacción he recibido su carta, en que manifiesta que, dando al olvido su pasado, vuelve completamente su espíritu, su inteligencia y su corazón á Dios nuestro Señor, fuente purísima de amor y de verdad, manifestados en la adorable persona de Jesucristo nuestro Redentor y nuestro bien, Él que haciendo á V. participante de su gracia con los méritos de su pasión, ha querido, como Pastor amante, llegar hacia V., estrecharlo contra su seno amoroso y darle á gustar el pan de la vida eterna que es Él mismo, que al sostenernos en esta vida, formará nuestra dicha en la eternidad: por esta razón, yo

su humilde Prelado, me apresuro á abrirle los brazos de amoroso padre, que no ve en V. más que un amigo de Jesucristo, y que desea al bendecirlo con el mayor cariño la santa perseverancia de V., á fin de que llene con sus virtudes y vida cristiana la voluntad de Dios que es. (aunque con imperfección) la de su amante Pastor y Prelado, que autoriza y desea que salga cuanto antes y solemnemente la retractación que indica.—

✠ JOSÉ, Arzobispo de Granada.



UNA ACLARACIÓN

*Tempus est loquendi, quia
jam preterit tempus tacendi.....
Ulterius enim tacere deidentiae
signum est, non modestiae ratio.*

S. HILAR.

Si es razón de justicia satisfacer la honra difamada, y la sociedad exige semejante reparación de hombre á hombre, justo será—y en verdad que más que justo es necesario—reparar en cuanto sea posible, daños causados y calumnias y mentiras lanzadas, no contra un hombre, sino contra la sociedad misma en cuanto tiene de más noble, de más elevado, de más digno en una palabra: contra la Religión.

Siento necesidad de hablar, y hablando trataré de borrar cuanto hablando y escribiendo en pasados días dije y propalé contrario á la Religión Católica.

Empero, antes de todo comienzo, creo de mi deber hacer una confesión explícita y amplia que sirva, al par que de satisfacción á mi conciencia, de norma de juicio á los que leyeren este libro.

En primer lugar, declaro sin ningún género de reserva, que soy y constituyo toda mi gloria en ser de ahora para siempre, católico apostólico romano; en obedecer en todo y por todo la Apostólica autoridad del Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra; y que considero por tanto á la Iglesia única depositaria de la verdad religiosa.

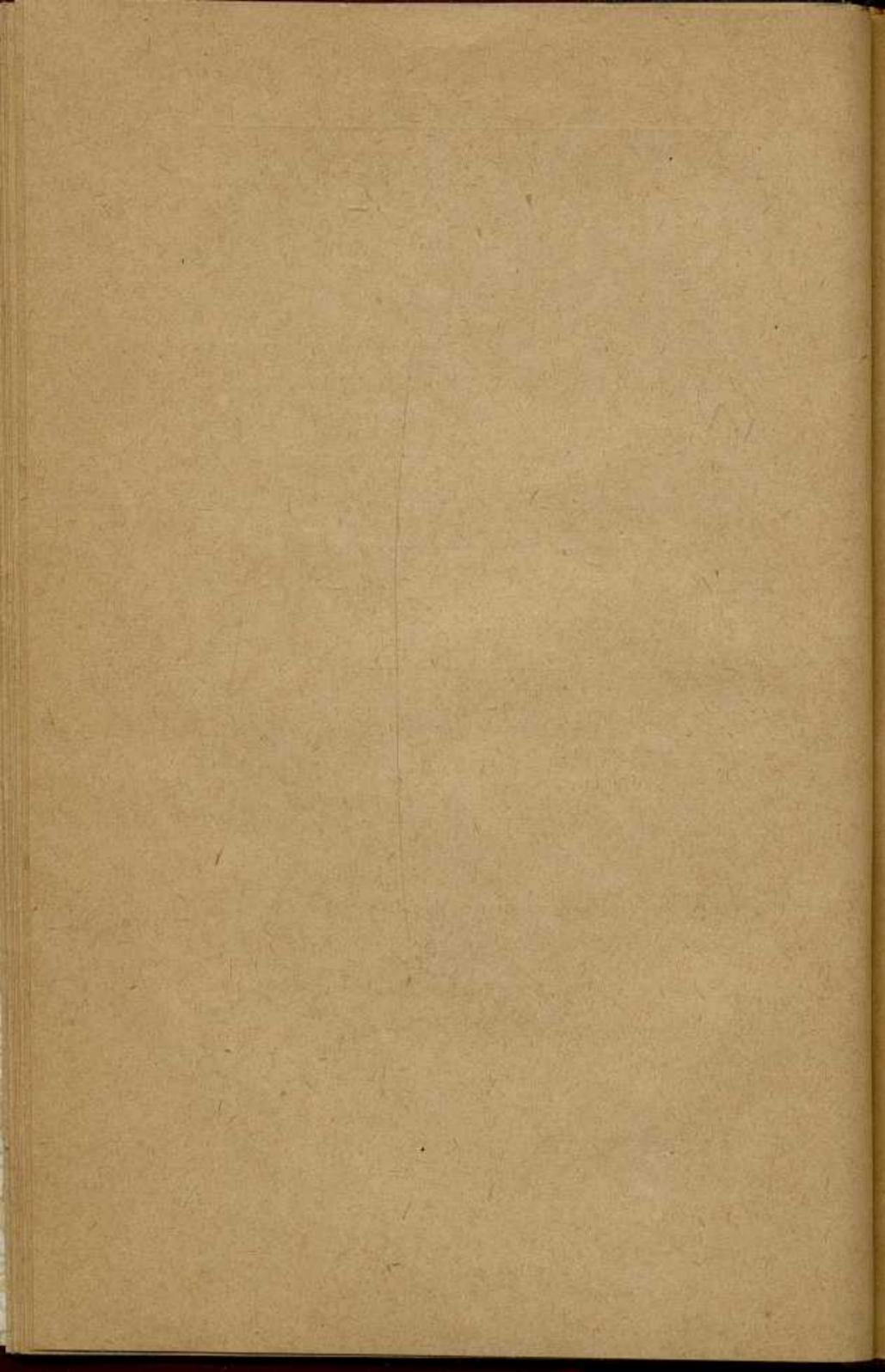
En segundo lugar, confieso que en la mudanza de mis ideas y cambio de mi vida, habido, gracias á Dios, en el año 1889, no reconozco otro móvil ni impulso que la gracia divina; y que toda acción ó intervención humana que en ello pudiera influir, es de muy secundaria importancia.

Por último, me creo obligado á indicar,

que la publicación de estas páginas no obedece á otra causa que al deseo de satisfacer en algun modo y lo más públicamente posible el mal originado con mis escándalos de años anteriores, y señalar de la mejor manera que pueda cuántos y cuán grandes peligros amenazan al que se extravía saliendo del camino que marcan los preceptos divinos.

Con esta sucinta advertencia, nadie me argüirá de sorprendido por lo que lea : y yo, valga por lo que valiere, cuanto de ella se desprende, no al fallo del mundo, sino al de Dios, someto desde la primera hasta la última palabra.







LOS PRIMEROS PASOS

I

Si por tantos y tan maravillosos medios como conocidos son de todo el mundo, Dios no hubiese manifestado en cualesquiera épocas y lugares los prodigios de su sabiduría y poder infinitos, oportuna ocasión se ofrece con la lectura de este libro para convencerse, tanto propios como extraños, de la grandeza de sus misterios y de la impenetrabilidad de sus altos y amorosos desig-nios. Que, allí donde por la pequeñez é insolencia de la soberbia humana, hubo lugar para que con impetu extraordinario se

determinasen inspiraciones, deseos y obras satánicas enteramente contrarias y ofensivas á la Majestad divina y á la augusta alteza de la Iglesia nuestra madre, con el brío y pujanza de que es capaz para mantenerlas el bárbaro espíritu de las tinieblas; allí, digo, también ha habido espacio para que la gracia de Dios hiera con exquisita suavidad á un alma adormecida bajo la influencia de la ponzoña del pecado, despertándola á la dulce vida que gozan los que no huyen la senda que en el Evangelio nos dejó trazada el divino Salvador.

Enciende Luzbel la humosa tea de la vanidad, y con ella deslumbra el entendimiento de los débiles; los fétidos vapores que desprende, se condensan tal vez tomando formas de fantasmas que asombran y aturden la inteligencia, y danzando desvergonzadamente los bailes impuros de la condenación, fascinan al espíritu miserable que olvidado de su Criador, busca, en estas pasajeras imaginaciones del infierno, campo donde dar rienda suelta á su locura.

Y, en la constante lucha de la vida social,

agonía perpetua que resbala entre los ardi-
des de la ambición y las marañas de la pre-
suntuosa ignorancia , el hombre así subyu-
gado , batiendo sin tregua sus potencias y
poniendo sus actividades todas al servicio
de maquinaciones diabólicas , da cada día
un nuevo paso que le acerca á los inmundos
y horribles lugares en donde la culpa recibe
su justo y tremendo castigo.—Mísera condi-
ción de la naturaleza humana es escuchar
con altivo desdén las indicaciones miste-
riosas de que la Suprema sabiduría se vale
para encaminar á las criaturas por la senda
de la fe y la caridad : facultad del alma pe-
cadora es ensoberbecerse de su propia im-
potencia y embriagarse en la lascivia de las
pasiones , creyéndose , por virtud de la abor-
recible herencia que Adán legara al género
humano , capaz de competir con Dios , en
este dominio bestial del estrecho reino de
sus delirios ; así es que , avasallada por
fatalidad tan lastimosa , hácese instrumen-
to de la maldad por una parte , y por otra
víctima del desenfreno que fomenta su arro-
gancia.... Mas , llega un instante, ¡ Señor!,



en que vuestra inmensa bondad se manifiesta ; y entonces , la ignorancia se trueca en lucidez , la embriaguez lasciva en arro- bamiento dulcísimo, la arrogancia en hu- mildad : y aquella alma extraviada torna á buscaros como bien perdido que al cabo encuentra llena de gozo y de ventura!

Cierto es que son numerosos los medios con que el menguado enemigo del hombre procura dominar á los pequeños de alma, engañar á los ignorantes , y encender en los fátuos el deseo de combatir , ciegos , los designios de la infinita sabiduría ; cierto es que por mil maneras encontradas y ocultas el vicio y el pecado penetran en lo íntimo de los corazones torpes aletargándoles é in- sensibilizándoles con influjo poderoso: pero, en cambio , ; cuán cierto es también que la misericordia inagotable de Dios halla otros tantos modos de reverdecer en los caídos aquellos primeros alientos de virtud que un día despreciaron , y de hacer germinar en los endurecidos la semilla de la gracia que pronto ha de dar frutos de arrepentimiento!

Algo de esto ha pasado por mí.

Después de hollar sin freno ni barrera, tan sólo á merced del capricho alimentado por la fantasía, cuanto de sagrado y puro hallé al paso en el curso de mi vida, sin esperarlo ni presumirlo, sin buscarlo ni entenderlo, cambié el norte de mis aspiraciones y el objeto de mis ánsias. Fuí uno y soy otro: vivía para el mundo, y hoy vivo en el mundo por Dios y para Dios: batallaba contra el oleaje de la sociedad á quien tenía por una aglomeración monstruosa de hombres, sin más lazo de unión entre sí que el brutal instinto de la conservación, y cada ilusión desvanecida, cada proyecto imposibilitado, cada ambición no satisfecha; eran poderosos incentivos que me arrastraban á pelear con nuevo esfuerzo en pro de la idea culminante entre las que encerraba en mi cerebro.

—Soy solo en el mundo— me decía muchas veces;—el mundo me ha hecho mucho mal en los días de mi desgracia.... Yo le volveré mal por mal, escarnio por escarnio, insulto por insulto.... Y, nada me detenía, y todo me alentaba en este camino

en que, llevando por brújula una desmedida soberbia, daba pasos ya inciertos ya seguros, más todos saturados de la más horrible insensatez.—Hoy, no obstante que de muy diversa manera, y por motivos harto diferentes, he realizado mucho de tales propósitos; hoy me río del mundo á boca llena. No se me oculta que esta declaración herirá á algunos, y que la sangre de semejante herida, en forma de mil recriminaciones más ó menos duras, será lanzada sobre mi nombre, ya que no pueda ser sobre mi rostro. ¿Qué importa? Todo ello será muestra del acibar que recibirán algunos corazones con la lectura de estas notas, y por otra parte para mí estímulo que me mueva á compasión hacia los que tengan la debilidad de manifestarse enojados.

No quiero dejar de decir que hallarán un desengaño grande los que pretendan ver en este libro puestos al descubierto profundos secretos y tenebrosas maquinaciones: observen que aún no había cumplido yo diez y ocho años cuando empecé mi desastrosa carrera, y que contaba veintitrés cuando

fui blanco de las misericordiosas miradas de Dios : no es gran cosa lo que he podido saber y hacer en tan corto período. Por lo demás , como también se han hecho vulgares muchas noticias que pudiera dar , habré de ser muy circunscrito en el relato de ellas cuando las toque ; sin embargo , en asuntos de la misma índole hay detalles, poco sabidos generalmente , y tienen á mi juicio bastantes méritos para ser hechos conocer. Si las enormes ruedas de una máquina admiran por su tamaño y por la precisión de sus funciones , seguro es que también admiraría la vista de los pequeños engranes y menudas piezas que se esconden en el interior de donde parte todo movimiento , si se pusiesen al descubierto. No está muy lejos mi propósito de sacar á luz esto de los pequeños engranes , y en verdad que son tan interesantes , que no desmerecen el aprecio que se llevan las ruedas grandes.

II

Nací en Loja, en la provincia de Granada, á los 2 de Junio de 1866, y allí viví hasta Octubre de 1871, en que mis padres dispusieron trasladarse á Baza, de la misma provincia.

Tanto en una como en otra de estas poblaciones recibí enseñanza cristiana, pues mis padres cuidaron mucho de que no faltase tan sólido fundamento á mi educación. Mis maestros se preciaban de ser buenos católicos, pero su empeño se frustraba ante la pasiva más enérgica resistencia que opuse siempre, desde muy niño, á todo lo relativo á las prácticas de la religión. Todos los años nos preparaban una ó dos veces para confesar, y es lo cierto que yo eludía hacerlo siempre que me era posible: en los doce primeros años de mi vida, época en que la

mayor parte de los niños han experimentado las dulzuras inestimables de la primera Comunión, sólo confesé cuatro veces, sin saber qué hacía ni para qué, y me llegué á comulgar dos ó tres, que no me acuerdo, consumando en cada Comunión un sacrilegio, dadas las disposiciones con que iba, sobre todo, después de hacer la Confesión en que tenía un rato de cuentos con el Sacerdote, y me callaba lo que no quería que supiera.

De esta manera, se endureció de tal modo mi alma, que ni las exhortaciones, ni las lecturas, ni ningún otro medio de que se usa para disponer á los Sacramentos me impresionaba. Tenía la conciencia muerta, ó se me había helado antes de desarrollarse. En cambio, el corazón se dejaba llevar de nimios, por no decir ridículos, sentimentalismos: con frecuencia se despertaba en mí una afición grande á las prácticas del culto, de que pondré algún ejemplo, pero en realidad no eran sino caprichos de muchacho.

La causa de tan marcada aversión casi connatural en mí, la ignoro, la busco y no

la encuentro: sólo sé que así era y que no podía vencer aquella repugnancia.

Antes de cumplir los siete años, ayudé una misa que oyó mi madre cuando salió de casa después de nacer el último de mis hermanos que murió á los dos años; mi padre, puesto á mi lado junto al altar, me auxiliaba en cuanto no era contestar al Sacerdote.

Más adelante distraía mis ocios construyendo altares y fabricando con papel ornamentos de que me revestía para imitar las ceremonias del culto eclesiástico, tarea en que me acompañaba mi hermano Juan, poco menor que yo. Empero estos hechos no eran más que fugaces y pasajeros antojos, como dejo dicho, y no hacían mella en mi alma. También han contribuido, bien que no por lo que eran á mi ruina.

Recuerdo que un dia en que teníamos armado y compuesto uno de estos altares, adornado con telas y encajes que habíamos obtenido de mi piadosa madre, estalló una horrorosa tormenta sobre la ciudad; al punto mi madre nos recogió, sobrecogidos de

espanto, á un gabinete donde constantemente ardía una lámpara, ante un cuadro de la Virgen del Cármen, y como en otras ocasiones parecidas, dispuso que la acompañásemos á rezar el Rosario. Mi padre, en aquellos días, estaba en otra población algo distante.

Antes de acudir al lugar donde me llamaban, corrí al altar y encendí dos velas que alumbrasen la imagen que en él había para que nos librase del peligro; me parece que era de San Miguel: marché después á reunirme con los demás de casa, y olvidando que tenía aquellas velas encendidas, acabé con todos el Rosario y proseguí lo restante del día, sin curarme para nada del altar ni de mi devoción. Al siguiente, cuando fuí á verle, se ofreció á mis ojos un espectáculo tristísimo: todo el compuesto se había reducido á cenizas, porque las velas consumidas prendieron, sin duda, los adornos de papel que las rodeaban, y de allí pasó el fuego á las telas próximas: una providencia fué que no se transmitiesen las llamas á otros objetos, en cuyo

caso, los efectos habrían sido desastrosos.

El resultado de este incidente fué una prohibición absoluta para en adelante ocuparnos de distracciones del mismo género.

Todo parecía contribuir á robustecer mi indiferencia, y creció ésta tanto, que, siendo todavía un rapazuelo, me burlaba de la religión con menos descaro, pero con tanta realidad como lo hice después.

Insisto en repetir que, después de pensar muy detenidamente en esta primera época de mi vida, no hallo nada bastante para explicar la existencia de tan marcada aversión como he tenido siempre en este punto: mis padres se esmeraban en nuestra educación, y con exquisito cuidado velaban porque no perdiésemos, antes ganásemos, en costumbres religiosas y puras; mis maestros, y cuantos pudieron tener alguna influencia en la formación de mi espíritu, procuraban igual fruto; yo me acuerdo muy bien, y no veo en el origen de semejante fenómeno—que así debe llamarse—más que una mala, perversa inclinación y una refinada hipocre-

sía con que ocultaba mis intenciones aviesas y que engañaba á todos.

Mi carácter se iba formando en un complejo de rasgos enérgicos y de insolentes necesidades.

III

En Junio de 1877 hice ó tomé el grado de bachiller en artes que había comenzado en 1873; al acabar esta serie de estudios tenía once años, y hasta Agosto de 1878 me ocupé en aprender música y dibujo, al mismo tiempo que ayudaba á mi padre en algunas tareas ligeras de su profesión, como confección de planos y otras; al par aprendía algo de construcciones, y entretenía otras horas en trabajos manuales de carpintería y albañilería, á que tenía grande inclinación. Por este tiempo nos trasladamos á Granada, y en Octubre del dicho año 78 comencé en aquella Universidad la carrera de medicina; mi hermano emprendió el estudio de los derechos. Contando doce y once años respectivamente, dimos principio á estas tareas, y como en las aulas adver-

tian nuestros compañeros, de un lado nuestra cortísima edad, y de otro la puntualidad en el cumplimiento de nuestros deberes, pronto pararon su atención en nosotros, y comenzaron á llamarnos *los doctores*, apelativo con que se nos siguió nombrando en adelante.

Llenábanos de orgullo considerar que éramos mirados de unos y otros por lo menos con curiosidad, y esto contribuyó bastante á hacernos presuntuosos y vanos.

Poco lugar ocupaban ya en mi mente las ideas religiosas, y cada día se fueron debilitando hasta desaparecer; no creo del todo ajena á este triste fin la índole de los estudios á que me dedicaba. En las cátedras de anatomía y en las salas de disección se precipitó la muerte de los últimos destellos de mis creencias, bajo el torbellino de las ideas materialistas y entre los despojos humanos que una ciencia atrevida pone bajo la insensata crueldad de jóvenes disipados y orgullosos.

¡Ahí es nada lo que pavoneaba yo estudiante de medicina, que veía los cadáveres

humanos, y en ellos las momias del pudor y la honestidad; materialista de doce años, procurando ir á casa con manchas de sangre en el vestido, y revolviendo de un lado á otro los huesos que iba á robar á los cementerios!

El año 1880 di cima á mi obra de impiedad.

Aproximábase la Semana Santa; mi padre se hallaba en trabajos fuera de la población; y mi madre dispuso que fuésemos mi hermano y yo á confesar. Pretensión era esta sobrado justa y laudable, pero la escuchamos con extraordinario disgusto. No atreviéndonos, sin embargo, á manifestar deseo ó inclinación alguna en contrario, por no desagradar á mi madre, aparentando estar muy conformes con su orden, tomamos contra ella una resolución harto brutal.

Ello es que, sin dar señal de nuestro depravado y ruín intento, el día indicado salimos de casa, y en lugar de encaminarnos á la iglesia, fuimos á parar á uno de esos establecimientos tan comunes en las poblaciones andaluzas, en que se expenden bu-

ñuelos, y con ellos bebidas y licores de todo género; con uno ú otro nombre, era al fin una taberna. Allí entramos, y tomando asiento junto á una mesa, nos dispusimos á consumir una porción de aquella hueca mercancía, rociada con sendas copas de aguardiente.

Este es el hecho.

Semejantes declaraciones, todos comprenderán que no dejan de ser demasiado mortificativas y amargas para mí; empero, ni esto ni otra cosa alguna habré de ocultar, porque me he propuesto decirlo todo, cueste lo que cueste.

Ahora bien : si el lector considera el carácter de nuestros pueblos de Andalucía, abierto y desgarrado, no extrañará tanto que un muchacho fatuo y presuntuoso se arrojase precipitadamente por este camino tan lleno de peligros, allí donde los más sensatos no apartan de su lado la descomunal navaja, y donde la prudencia se juzga cobardía, el juicio miedo, y la templanza escrúpulos de señorita relamida.

Esto. no obstante, los grandes vicios de

que, por desgracia, tanto adolece la juventud de nuestros días, siempre me han causado horror: no niego que haya caído en más de uno, y que en muchas ocasiones me he dejado arrastrar á cometer actos, no sólo contrarios á todo orden, sino que caían abiertamente bajo las leyes; mas, á pesar de todo, nunca la voluntad se ha decidido completamente cuando la pasión, el halago ó algún otro inconsiderado afán me empujaban.

Volvamos á la historia.

No fué posible ocultar los tristes y vergonzosos efectos de nuestro extravío; llegamos á casa con manifiestas señales de aquella escandalosa travesura, lo que fué para mi pobre madre motivo de angustioso sufrimiento. Vencieron su carácter y su deber á toda consideración, y sin andar con paliativos nos castigó muy severamente. Cuando mi padre regresó de su viaje y supo lo acontecido, aprobó lo hecho por mi madre, y á su vez nos dió una rígida y fuerte corrección.

¡Qué honda herida abrimos entonces en

el corazón de aquellos que tanto nos amaban! Durante mucho tiempo vivió en mis padres el efecto de nuestra villana acción, y harto tuvimos que lamentar su desvío, en el trato común de la familia, que siempre fué tan ajeno á su amable condición.

Pero el mal estaba hecho. Los correctivos, las reprensiones, los consejos, de nada servían ya: el corazón estaba cerrado á todo sentimiento religioso, y aunque con nuestra hipócrita conducta prometíamos halagüeñas esperanzas de enmienda, con nuestros instintos secretos asegurábamos tristes realidades de insensata contumacia.

Ya no influía poco ni mucho en mi ánimo ninguno de estos respetos: estaba el entendimiento ocupado con especies muy diversas y aun contrarias, llena la memoria de recuerdos poco favorables, y, sobre todo, la voluntad remisa á cuanto fuese ceder en tales materias.

IV

Una prueba más de la lastimosa aberración en que vivía, es la circunstancia de haber ingresado por este mismo tiempo en la Congregación de San Luis Gonzaga. ¿Cómo explicar semejantes contradicciones? Yo no lo sé. Por una parte, sentía invencible repugnancia á las prácticas religiosas; por otra me unía á la multitud de jóvenes fervorosos que, honrando á este esclarecido y admirable Santo en su Congregación, recibían de él, sin duda, auxilios y gracias eficaces. De un lado, me pasaba los meses enteros sin entrar en el templo, y de otro, no podía dormir ninguna noche sin haber rezado al acostarme las devotas y sencillas oraciones que mi buena madre me enseñó, cuando era niño, con tanto empeño.

Resuélvalo quien pueda. Hipócrita, en-

gañador sin trabas á unas horas, y devoto y compungido á otras.... Y todo esto, en medio de unos ridículos furoros de descreído materialista.... ¡Qué sé yo lo que era!

¡Qué triste situación la de la criatura que vive como yo vivía en aquella época! Sin creencias fijas, sin fe, movido cuando más por un miedo supersticioso, sin más esperanzas que las cifradas en el vano orgullo del propio yo, y dispuesto á caer en el abismo al más ligero impulso.... ¡Cómo aprovecha Satanás estos instantes de miseria y agonía del alma para establecer en ella su bárbaro dominio!

Cuando me convencí de que, á pesar de todas mis trazas, no podía permanecer más tiempo en la Congregación de San Luis sin practicar los Sacramentos de la Confesión y Comunion, le cobré odio: y sin avisar á nadie, sin indicar al Sacerdote que la dirigía el más leve motivo ó excusa, y aun sin despedirme, dejé de asistir á todos sus actos; mi hermano siguió este ejemplo, y algún otro de los Congregantes, vencido de tan perniciosa enseñanza, se dejó arrastrar

de ella, para emprender, como nosotros emprendimos, la senda de la perdición.

Entretanto que estos sucesos se iban desarrollando, y me confirmaba más cada día en el error, continuaba los estudios sin darme punto de reposo. Ya cursaba el año tercero de la carrera, y si bien cada vez con más vigor se arraigaban en mi alma aquellas siniestras ideas que tan funestas son en todo caso, no eran realmente los principios de la escuela materialista los que me dominaban. Yo había reflexionado sobre esto y deducido un conjunto de conclusiones que tomé por axiomas de indiscutible valor; más siempre ha resaltado en lo relativo á mis creencias una marcada volubilidad.

Sacaba en limpio de estas reflexiones que, á pesar de cuanto nos decía nuestro Profesor de anatomía, y de que yo no había podido encontrar nunca en los cientos de cadáveres que desentrañara por mis propias manos, resto alguno de la estancia del alma en el cuerpo; debía haber alma, sea el que sea el concepto que de ella se tenga, siendo un elemento distinto en su naturaleza y

propiedades de los que constituyen al cuerpo : y, si hay alma, me decía, preciso es que haya Dios ; porque, alma, principio inteligente é indestructible, sin eternidad en qué vivir después de su apartamiento del cuerpo, no se concibe ; y eternidad sin Dios, es un absurdo.—Y, aunque de aquí se puede salir por el lado del panteísmo, del racionalismo en cualquiera de sus múltiples fases, ó de alguna otra de las numerosas escuelas deistas que se disputan siempre la verdad de que todas carecen, es lo cierto que yo no me determiné por ninguna de ellas : antes me quedé en una indiferencia glacial, creyendo que no era imposible la realidad de Dios, y que la muerte supone una enfermedad, ó el desequilibrio entre las fuerzas que mantienen la unión del alma con el cuerpo ; no se me ocurría pensar en lo que podía ser del alma una vez rotas estas relaciones.

Tal era mi situación de ánimo, bien triste por cierto, cuando ocurrió lo que sin duda fué el punto de partida más genuino de todos mis extravíos.

Me refiero á la muerte de mis padres. Fué un golpe fatal que nos hirió de lleno y nos hizo pasar la más terrible y dura de todas las pruebas. Nos hallábamos Juan y yo en la edad más necesitada de amparo y guía ; cuando comienza á nacer la ambición, y las demás pasiones levantan sus cabezas de serpiente ; acostumbrados á una vida holgada y fácil ocupada en las amenas tareas del estudio, harto deseado por nuestra parte, rodeados de mimos, é ignorantes de lo que es el mundo. En este estado de inexperiencia y de ideas sobrado flojas y falsas, quedamos solos en medio del torbellino de una sociedad cruel, donde no se cuentan sino verdugos y víctimas ; donde la amistad se compra y el honor se vende, y donde la soberbia ocupa el lugar de estrella polar sirviendo por sí sola de guía á la humanidad, que la sigue superando todos los obstáculos aunque tenga que pisotear montañas de ceniza, ó cruzar mares de sangre y de lágrimas.

V

Cuando el cadáver de mi madre fué sacado de casa, quedamos sepultados nosotros en la más horrible soledad. Aquel ataúd que guardaba los restos de la que nos dió el ser, se llevó para siempre todo un mundo de esperanzas.

¡Ni un amigo, ni un afecto, ni un consuelo en aquellos largos días de luto y de quebranto! Cortado el tronco que da sombra á los retoños, los vientos y las tempestades hallan campo abierto para combatirlos y despedazarlos. ¡Qué amarga es la vida cuando así se vive! ¡Cuántos sufrimientos lleva consigo aparejados la orfandad!

Mas, ¿para qué hablar aquí de los desprecios que tuvimos que sufrir, de las sinrazones, de los atropellos, de los trabajos que nos vimos precisados á emprender para

llevar adelante los estudios y aun la misma vida?—Tras una infinita serie de angustias y padecimientos de todo género, conseguimos al fin ver coronados nuestros esfuerzos. Pero entonces aparecieron nuevas dificultades: la sociedad es exigente, y era preciso vivir en sociedad, á trueque en otro caso, de ser arrollados por la furiosa corriente de las costumbres.

Era preciso, para en realidad ser médico ó abogado, vivir, vestir y gastar largamente; era preciso en los círculos, en los paseos, en los teatros, en todas partes sembrar para luego recoger: y ¡cuántas privaciones de lo necesario impone esta *necesidad de lo superfluo*; cuántos cálculos y balances allí donde no había otro patrimonio que el propio trabajo!

Bien merecía este punto que me extendiese en considerarle, aunque no consiguiera sino ser uno más de los que han clamado tanto en el mismo sentido; mas, ¿para qué?—Sólo apuntaré que, muchas veces después que pasaron los azares de aquel triste período, mi hermano y yo nos

admirábamos de haberle atravesado salvando los peligros de la muerte y del crimen, del hospital y del presidio!

Juzgue como quiera quien esto lea, poco me importa: empero si reflexiona en las diferentes fases de nuestra vida hasta entonces, no se espantará de semejante conclusión. ¡Ah! ¡Si hubiésemos conservado,—eran mis reflexiones,—firmes fundamentos de religión!.... ¡Si hubiésemos buscado amparo en Dios!.... Pero no era posible: Dios, si es que podía algo, con nosotros había sido muy cruel. ¿Para qué queríamos á Dios que tan manifestamente nos abandonaba?....

¡Horribles consecuencias! Y en ellas firmes, ni pensamos una sola vez en pedir favor al Cielo.

Bien se nutrieron entonces los gérmenes de odio que contra la Religión nacieron en mi alma cuando apenas razonaba: buen pasto hallaron entre tantas miserias para dar, como dieron, abundante fruto.

Ahora lamento sus efectos que tanto daño me han causado y tanto mal á otros

producido, así como los de innumerables travesuras de la misma índole que no puedo especificar si quiero acabar alguna vez este libro, pues tantas son.... ¡Quiera Dios que la narración de estos escándalos con las consecuencias que han traído de dolor y vergüenza, sirva de ejemplo á los que en aquellos tiempos me siguieron, y que traten ahora de imitarme como entonces me imitaron, despreciando el vano decir del mundo y el frívolo respeto de las gentes que tanto ata para ejecutar el bien y tan poco se hace mirar cuando echamos por el tenebroso camino del mal!





LA CAÍDA



I

Acababa el verano del año de 1884.

Volví yo á Granada después de una excursión veraniega por los pueblos de la costa, y traía encargo de visitar en nombre de una familia que en aquel viaje había conocido, á un señor con quien ya antes me unían lazos de amistad, aunque bastante superficial.

Se llamaba J. Castilla.

Por esta época era ya el estoico, el indiferente, el egoísta; y en materia de religión me limitaba por todo respeto, á huir

de los templos para evitar el deseo de entrar en alguno y promover un escándalo.— Una rabia secreta, continua, que aún no había sufrido grandes exacerbaciones, me consumía.... ¡Ah! ¡La Religión! ¡Patrañas!.... ¡Los Sacerdotes! Milicia educada en la escuela de la hipocresía; gente ignorante y soez, hambrienta de oro y carne.... ¿Qué tengo yo que ver con una ni con otros?

Así juzgaba, y conforme á este juicio obraba sin ocuparme de lo que con esto tuviese relación. Aún no había contraído compromisos con ninguna secta, ni me había afiliado á ninguna escuela.

El día que visité á Castilla, me arrojé abiertamente por el despeñadero del infierno. ¿Tuvo él la culpa? No lo sé; ni la atribuyo á él tampoco, á pesar de que fué instrumento para mi total ruina.

La familia que me encargó saludarle, era de creencias católicas bastante firmes y asentadas; una familia *antigua*, llena de preocupaciones rancias, al decir de los *frescos* pensadores del presente. El lo sabía, y sin

muchos preámbulos hizo recaer la conversación sobre este punto; yo ignoraba su modo de pensar, y jamás pude suponer lo que sucedió.

—¿Qué han parecido á V. mis amigos?— preguntó, sobre poco más ó menos, aludiendo á la susodicha familia.

Pregunta era esta harto necia, pero tenía como dicen su cola, que era lo que sin duda buscaba Castilla.

—Muy apreciables,—respondí con ingenuidad sin alcanzar el verdadero sentido de la interrogación.

—En verdad que son muy estimables personas: Sencillos, buenos, casi unos santos: gente de pueblo al fin.

Me sorprendió aquel lenguaje que por lo menos era irrespetuoso, pero me veía precisado á soportarle; di corriente á la corriente y dije á mi vez:

—No desdican de sus convecinos: ellos oyen misa cada día y nunca se acuestan sin rezar el rosario.

—¿Ha rezado V. muchos con ellos?—prosiguió mi interlocutor.

—Como rezar—respondí,—ni uno siquiera; pero sí me he visto obligado á escucharlos, lo que no dejaba de aburrirme.

—¿De modo que V. no les acompañaba en su devoción?

—Ni en su devoción ni en su afición—dije resueltamente.—Perdone V. si al ser tan franco, le molesto: acaso V. piensa de otro modo...

—Todo lo contrario, amigo mío—prosiguió acompañando sus palabras con una sonrisa demasiado significativa.—Yo pienso que el Rosario, como todas las demás cosas de ese género, son puras zarandajas que, cuando menos, sólo hacen perder el tiempo.

Esta conclusión me causó gran sorpresa por lo inesperada y por lo atrevida: me colocaba en un terreno difícil, pues de proseguir la visita no se dónde iríamos á parar; por otra parte, un atractivo oculto me incitaba á continuar... Entonces dije con sequedad y casi sin ser dueño de mis ideas:

—¡Otro tanto que á V. me sucede á mí!

Se mantuvo un momento de silencio, que interrumpió mi amigo:

—¿Conoce V. *Las Dominicales del Libre Pensamiento*?—preguntó.

—No sé qué es eso,—contesté.

En efecto, era la primera vez que oía nombrar semejante publicación.

—Es un periódico nuevo—prosiguió Castilla—que en muy poco tiempo se ha hecho lugar en el público, colocándose á la altura de los primeros.

—Pues le confieso que me es completamente desconocido.

—No me extraña—siguió diciendo él con soltura:—en Granada aún no se vende á voces por las calles. No obstante, cuenta con un crecido número de subscripciones. Sus ideas son puramente libres, y abren ancho camino á las esperanzas de los hombres del porvenir. Debiera V. leerlo.

—¿Es diario?

—Semanal. En Madrid se publica los sábados, y aquí lo leemos el lunes: no tiene un solo renglón que deba dejarse.

—Ya tengo curiosidad por conocerlo con tanto como me lo alaba; y si quiere hacer el obsequio de indicarme dónde le hallaré....

--Si no tiene V. prisa—añadió—aquí mismo podría leerle algo del último número recibido. Trae un fondo de valor extraordinario.

—Es V. muy singular para ofrecer—dije—acepto desde luego.

Mi amigo salió un instante de la habitación, y volvió trayendo el susodicho ejemplar de *Las Dominicales*.

II

—Lea V.,—me dijo presentándomelo.

Cogí el periódico y comencé á leer el artículo que me señaló : al principio con indiferencia, después con curiosidad, por último con ansia.

— ¡Magnífico! ¡Admirable! — grité sin poder contener una oleada de frenético entusiasmo.

—Ya suponía yo que había de gustarle esta lectura,—replicó Castilla manifestando el gozo en su semblante.

Largo rato prosiguió nuestro diálogo, y allí recogí múltiples noticias relativas á las ideas que propalan *Las Dominicales*.

Castilla concluyó por decirme :

—No sé, amigo mío, qué oculta simpatía me une con V.—Mucho celebro haber tenido esta ocasión de afirmar nuestra amistad,

y me alegro de haberle podido ofrecer este rato que parece le ha sido muy ameno.

—Efectivamente—le dije:—como V. supone, me ha proporcionado una gran satisfacción, y no sé cómo declararle mi gratitud. Hace ya largo tiempo, es verdad, que estas ideas vivían en mí, pero vivían sin desarrollo, como en germen: y estas doctrinas me satisfacen; dilatan considerablemente el reducido espacio en que jugaba, y le aseguro que me daré prisa por aprovecharme de su enseñanza.

—Sin embargo—objetó Castilla—me atrevo á advertirle que no debe dejarse llevar de entusiasmos. En Granada no es posible todavía, á trueque de exponerse á muchas decepciones, declararse abiertamente libre-pensador.

—No tenga V. cuidado, amigo mío—le repliqué;—lo que no es posible se hace que lo sea. Si yo llego á penetrar y comprender bien lo que esto es, le juro que removeré Roma con Santiago, con tal de hacerlo prevalecer. Sólo me falta, después de deberle este obsequio que de su bondad

acabo de recibir, que me indique algunas personas con las cuales pueda ponerme en relación para obrar.

—Difícil es lo que me propone—me dijo.

—Es cierto que en la población hay muchos que acarician tales ideas y proyectos, y algunos que con valentía los sustentan públicamente : mas, le será costoso poder llevar á cabo sus deseos, sobre todo, si no trata de incorporarse á algunas asociaciones que tienen por base....

—¿La Masonería?—interrumpí.

—Tal vez la Masonería—prosiguió ; —pero lo veo casi imposible : es V. demasiado joven.

—Acaso se pueda vencer ese obstáculo ; no obstante, le digo que ni éste ni otro alguno será capaz de detenerme.

—O es V. muy impresionable, ó tiene seguridad de su fuerza,—dijo Castilla.

—No sé qué soy ; lo que sí tengo es un ansia desmedida de hollar la ridícula efigie del Catolicismo romano, cuyo solo nombre me despierta náuseas.

La conversación había tomado un matiz

altamente duro y aun peligroso. Yo iba perdiendo la poca sensatez que tenía, y si hubiese continuado, perdiérala por completo: comprendiéndolo así traté de despedirme. También debió entenderlo mi amigo del mismo modo, pues que apenas si por cortesía trató de impedirlo.—Realmente la visita había sido fructuosa: yo entré en aquella casa templado y salía encendido. Á pesar de todo, y exponiéndome á pasar por molesto é impertinente, todavía insistí antes de marchar, en saber á quién debía dirigirme para tratar de aquellas cosas que tanto me impresionaban, y que no bien había conocido cuando ya me seducían.

Quedó satisfecho mi empeño y marché.

El veneno había penetrado hasta lo más íntimo de mi alma. Sentía hervir la sangre en las venas y en la cabeza un torbellino de pensamientos que me aturdía.

Había leído un artículo de Fernando Lozano, que firmaba con el pseudónimo *Demófilo*, y lleva por título *República y librepensamiento son gemelos*; ya no tenía dudas. La Religión era un mónstruo á quien se debía

destruir á toda costa. La Iglesia, una gran fábrica de indignas supercherías. — Todo católico un hipócrita que exigía ser desenmascarado, y enterrado luego bajo el peso de vergonzosas acusaciones....

....Y la sociedad, y el mundo, el hombre, en fin, no siendo librepensador, todos, todos, pedían á voces ser destruidos, aniquilados....

¿Qué se yo? El infierno entero hacía presa de mi alma; se enseñoreaba de mis facultades.... El demonio comenzó entonces á regir mi destino.

III

Necesitaba desahogarme : vaciar aquella rabia de bestia furiosa que anegaba todo mi ser.

Estaba saturado de un fuego que comenzaba á roerme las entrañas , y me era preciso refrescar la sangre.

Cuando me ví en la calle respiré profundamente y lancé un gemido triste , angustioso : con él se fueron sin duda los últimos alientos de mi fe.

Di un largo paseo durante el cual pensé muchas cosas de que no guardó exacta memoria , pero es seguro que ninguna de ellas tenía , como decirse suele , ni pies ni cabeza.

Un tanto más tranquilo cuando volví á mi casa , si bien no por eso menos decidido , traté de ordenar un plan y de trazarme una línea de conducta para obrar en el porvenir.

—El paso que acabo de dar—me dije,—aunque impensado, no deja de tener su realidad : lo hecho está hecho, y no es posible deshacerlo. Ahora, lo que resta, es saber aprovecharme de ello para obtener un resultado positivo.

Y, de reflexión en reflexión, vine á concluir que, habiendo avanzado más de lo prudente en mi conversación con Castilla, me veía comprometido á proseguir la ruta emprendida. De otra parte, mi propio deseo no me dejaba permanecer en la inacción : y sobre esto, la perspectiva de una nueva vida llena de impresiones fuertes, de peligros, de empresas grandes, aunque condenadas y malditas, me atraía con poder irresistible.

Antes, sin embargo, de decidirme á abrazar la carrera de la impiedad, me determiné á hacer la última prueba : jugaba en ella el todo por el todo; iba á poner frente á frente el poder de Dios con el poder de Satanás, y según venciese uno ú otro así obraría. Empero, no consideraba que en aquella sazón el diablo llevaba la ventaja : ciego, no veía que era arrastrado por la fatalidad.

No obstante, hice la prueba.

A la mañana del siguiente día me fuí á una iglesia: recuerdo que era la que llamamos en Granada de la Virgen de las Angustias. El templo estaba lleno de gente, y un sacerdote, en el altar mayor, comenzaba el santo sacrificio de la Misa. Yo me coloqué en un pasadizo obscuro que conduce á la sacristía, y me senté en un escaño á meditar. Á mi mente acudían numerosos recuerdos de la infancia, entre los cuales sobresalía el de que, aun en tiempos en que menos fervoroso me sentía y menos respeto me inspiraban los actos religiosos, todavía observaba la costumbre de pedir á Dios su protección y amparo, en el espacio que media entre la Consagración de la Hostia y la del Cáliz: juzgaba que en aquellos instantes Dios escucharía mis súplicas mejor que en cualesquiera otros, y así me dispuse á recoger ó sentir en ellos aquel día, emociones y sentimientos que sirviesen de base á la resolución que hubiese de adoptar.

—Hay Dios—me decía;—hay un Criador del mundo y mantenedor de su armonía, y

es preciso que se revele ó manifieste de algún modo á sus criaturas: de estas manifestaciones ha de desprenderse cómo hayan de adorarle y servirle.... Esta adoración ó culto verdadero no es el que practica ninguna de las religiones de que tengo noticia: ¿será el verdadero culto el que ofrece y practica la religión católica? Si lo es, yo pido á Dios que, dado el intento que abrigo de no ejecutar ningún acto de reverencia, cuando llegue el instante de la Consagración, Él me mueva á realizarlo ó me haga sentir al menos alguna muestra de su poder estando en la iglesia: así conoceré que Dios santifica este culto y lo seguiré en lo sucesivo.

Me dejé poseer desde aquel momento por la indiferencia, y de ella fui víctima hasta que concluyó la Misa. Durante el sacrificio permanecí sentado, con los ojos fijos en el altar y con el pensamiento inerte, como ensimismado ó inactivo. Nada sentí; nada me movió, y ni una sola idea vino á romper aquella bestial impasibilidad en que estaba sumido.

Salí del templo llevando en el alma una ceguedad absoluta, y la convicción de que el Dios eterno, infinito y omnipotente que yo sentía regir mi vida y la de cuanto existe, nada tenía que ver con la religión católica. Desde entonces, la religión fué el principal objeto de mi odio y á la vez de mi desprecio.

Cuando estuve en la calle dirigí la vista al firmamento, admiré su hermosura, y lanzando un hondo suspiro di gracias á *mi Dios*, que no necesitaba para ser adorado, ni culto ni oraciones, ni templo ni sacerdotes.

¡Ved de qué manera el deseo de conocer la verdadera Religión me hizo enemigo de la Iglesia de Dios!.....

—¿Cómo puede ser eso?—preguntaréis quizá.—Es muy sencillo comprenderlo: yo estaba dominado por la soberbia y quise tentar á Dios; he ahí todo.

Dios ha dicho: «El que quiere ser escudriñador de la majestad será abrumado de su gloria ¹.»

¹ Qui scrutator est majestatis, opprimatur a gloria. (Prov., xxv, 27.)

Mas, la serpiente cuando se siente presa, vuelve su asquerosa cabeza y muerde. También yo mordí y despedacé cuanto pude: pero ¡miserable de mí! ¡no advertía que el mismo veneno que arrojaba me corroía á la vez las propias entrañas!

IV

Anhelando por momentos hacer algo que me señalase entre los más exaltados y furibundos librepensadores, aproveché una ocasión que se presentaba muy oportuna para ello.

El motín habido á mediados de Noviembre del 84 entre los estudiantes de la Universidad de Madrid y las fuerzas de la policía, fué esta ocasión.

El hecho tuvo resonancia en todas las provincias, pero muy singularmente en aquellas donde hay establecidas Universidades.

En Granada, ya de antiguo venían abriéndose camino con facilidad entre la juventud las ideas republicanas; y, preparado el terreno, el eco de los escándalos de Madrid hizo mella profunda en el ánimo de una

multitud de jóvenes llenos de ardor y de ambición que, con máscara de patriotismo, derechos individuales, y otra porción de cosas por este estilo, procuraban no más que poner un pie en el primer escalón de la gloria mundana y seguir subiendo si podían.

Yo no estudiaba por enseñanza oficial en aquella fecha, pero esto no impidió que me introdujese desde el primer instante, por medio de la *turba multa* de aquellos futuros regeneradores de la patria.

Al hablar de estos sucesos, no es mi intento juzgarlos, que eso, ni á mi me toca ni me importa: sólo diré lisa y llanamente lo que haga á mi principal objeto.

Al leer en los periódicos, más ó menos sensatos y juiciosos, palabras que sonaban á atropellos, burlas, coacciones, ataques, heridas, etc., ninguno de aquellos corazones dejó de alterar su ritmo, y en conversaciones privadas, en alocuciones, en discursos, de todos modos que se pudo, en fin, se manifestó la estudiantil indignación.

Los Profesores de las diversas Facultades no daban señal de alteración, y es muy debido decir que, desde el Rector hasta el último, observaron una conducta tan cuerda y digna que, no obstante las exigencias y necias pretensiones de miles de alumnos seducidos por la pasión y alborotados, ni faltaron en lo más mínimo en los deberes de sus cargos, ni dieron motivo de queja á nadie en aquellos días tan difíciles para el regular desempeño de su misión.

Se cerraron las aulas, bien que no oficialmente; se habilitaron en la misma Universidad algunos locales para celebrar reuniones los estudiantes y saber qué conducta seguirían; se nombraron juntas, mesas, comités, con todo su obligado cortejo de presidentes y secretarios; despacháronse numerosos telegramas á Madrid, se escribieron protestas, adhesiones y otras análogas boberías; y, por último, se organizaron públicas manifestaciones en que desahogar el entusiasmo ó la cólera, y allá fuimos por las calles en compacto grupo muchos cientos de jóvenes ciudadanos, patentizando

nuestra indignación contra las agresiones de que habían sido víctimas los compañeros de Madrid.

La exaltación llegó á subir de punto cuando los escolares de la Universidad Central, respondiendo fogosos á los generales clamores, dirigieron cartas á las demás y enviaron sus *representantes* para excitar á todos á sostener el derecho común. A Granada fué con este carácter Federico Deguetau que, con su verbosidad sobrada y nada respetuosa, removi6 hasta el fondo el ya agitado mar de las pasiones.

—Por una parte—decía—se nos ofende, se nos ultraja, se pisotean nuestros derechos—no sé á qué—se nos maltrata de palabra y de hecho en las personas de nuestros compañeros de Madrid : por otra parte, esto se hace bajo el amparo y á la orden de un Gobierno conservador, retr6grado, enemigo de toda libertad : manda las fuerzas opresoras un Gobernador de Madrid, Fern6ndez Villaverde, que de v6ctima algunos a6os antes en la c6lebre noche de San Daniel, se ha hecho verdugo al presente el dia de San-

ta Isabel.... y todo esto á consecuencia de un discurso leído en la apertura del curso por Morayta, en el que elevaba la dignidad del hombre, donde todo respiraba libertad, honor, fraternidad....

¿Quién podía permanecer frío ante estas palabras? Era preciso protestar, gritar, hacer valer nuestro nombre.... ¿qué se yo? Y, así se hizo: y por todas partes se clamaba y se escribía, y todo andaba revuelto y alborotado.

Pero, como á río revuelto es segura la ganancia de los pescadores, no faltó quien ganase, y mucho, de lo que iba buscando.

Yo que era uno de los tales, puse en juego toda mi actividad para sacar de aquellos sucesos el mayor partido posible. Al punto que llegó, me hice familiar amigo de Degue-tau: si hablaba él, hablaba yo; si era necesario redactar un telegrama, trazar un proyecto, tomar una determinación, allí estaba yo para hacerlo todo, para emprenderlo todo, y llevar una de las primeras voces en todas las cosas.

De aquí resultó lo que no podía menos

de resultar : pronto me vi rodeado de una multitud de mozos que me habían visto manipular sin tregua en aquellos lances, ansiosos de recoger migajas de mi conversación como antes yo las hube de otros recogido.

No sé quién ha dicho que nuestra vida social, es ni más ni menos que un juego de cucañas : es muy cierto. No se concibe un hombre sin ambición , y de entre todos, casi imposible será hallar uno en que esta pasión no tenga sus puntas y ribetes de bastarda. Allí está el palo de la cucaña ; en lo alto un bolsillo lleno de plata ; en el suelo, un inmenso grupo de gente que se aprieta , se estruja y se atropella. Al fin , alguno de tantos como hay se coge al palo , sube, resbala , vuelve á subir , aprieta las piernas, clava las uñas y pega el cuerpo con el madero , mientras devora el bolsillo con los ojos.... Si de él se apodera , le aplauden y le siguen con mil clamores : si , estando para asirlo cae , como sucede casi siempre, una rechifla acompaña á modo de responso su infortunio....

También yo tuve mi juego de cucaña, y si por un lado me pareció salir victorioso, es lo cierto que fuí derrotado en toda la línea: la inexperiencia, la vanidad y todas las pasiones se asociaron para vivir de asiento en mi corazón, y entre unas y otras repartírselo como botín de plaza tomada á sangre y fuego. Tales son las victorias que se logran en esta clase de batallas.

En aquellos días turbulentos trabé relaciones con gran número de individuos de ideas marcadamente libres, y comencé á sentir que vivía en mi elemento tan deseado: en el desorden nadie era más desordenado que yo: bastaba que se indicase una idea para que al punto, partiendo de ella, proyectase los más atrevidos y descabellados planes: todo vino á concluir en que muchos creyesen que era muchacho de alcances y de ideas generosæs y levantadas, que tales se juzgan la desvergüenza y el cinismo.—En el café, en los Círculos, en los paseos, en las plazas ó en el campo, donde quiera que estuviese, allí levantaba la cátedra: y teniendo largo y fecundo manantial

de qué extraer materia para semejantes conversaciones en *Las Dominicales* que me leía de punta á cabo sin perder un solo número, iba sembrando en todas partes la funesta semilla del liberalismo, sin que ningún respeto me detuviera.

Los hechos de que hablo, de gran influencia en mi ánimo, vinieron con sus entusiasmos á reforzar mis anteriores disposiciones, y á añadir fuego á la hoguera de impiedad y desenfreno que me abrasaba, sin dejarme descansar de noche ni de día.

V

¡Todo ha pasado ya, Dios mío!

De aquellos infaustos días no quedan en el alma sino recuerdos, amargos en verdad, pero que son poderosos despertadores del arrepentimiento.

¡Ah, Señor! ¡Qué ceguedad, qué embrutecimiento, qué vergüenza....! De hombre, me hice fiera; de esclavo, rebelde; de cristiano, impío; de racional, insensato.... y, enterrándome en un tropel inmundo de mentiras, de falsedades, de locuras y de infamias, gocé en ser la víctima de Satanás por no ser el amigo de Jesús.

Esa es la ley: suave es el yugo de Cristo; mas el hombre arrebatado por la pasión, huye de él para acogerse bajo la bandera que alza el demonio, se rodea de peligros, y pierde su alma, ganando por toda ganancia

una crecida mercancía de desengaños que se seguirán de una eternidad de tormentos.

¡Oh! ¡Si esto se comprendiera! Imposible parece que suceda, y lo estamos viendo todos los días.

El Cristianismo no exige sacrificios: ¿pues ¿por qué se le abandona? ¿Son sacrificios que no se puedan sufrir el creer lo que la Iglesia enseña? ¿Es acaso imposible ser un hombre honrado? Y ¿qué otra cosa exige la divina y sencilla profesión de cristiano, sino una legítima honradez? Todos los estados civiles que la sociedad admite en su seno, le han sido señalados por el Cristianismo: el hombre soltero, el casado, el religioso, todos son hijos de Dios, hermanos de Jesucristo.

La sociedad persigue y castiga al asesino, al adúltero, al ladrón, al rebelde á las leyes, al perjuro.... En los códigos de todos los países cultos, leeréis las penas que se aplican á estos y otros semejantes delitos. Pues bien: decidme ahora: ¿sabéis si la Religión católica os prohíbe algo que no os prohiban también las leyes sociales? Imposi-

ne preceptos,—responderéis tal vez,—que no son más que señales de su oculto y seguro dominio. Es verdad; mas sabed que la soberbia y la desobediencia, aunque no lo queráis creer, fueron castigadas en el ángel rebelde con un infierno eterno, y en el hombre, con las miserias en que ahora mismo estáis sumidos, y con las penalidades que nunca podéis apartar de vuestro lado.

Nada hay más cierto sino que la Religión no exige de cada hombre más que el cumplimiento fiel de los deberes de su estado.—Pero entonces, ¿por qué los hombres que se precian de honrados son, no sólo malos católicos, sino completamente enemigos de la Religión?

¡Las gentes que claman contra lo que han dado en llamar *preocupaciones*, no por eso dejan de tenerlas; dicen que ser católicos supone la sumisión al Papa sin condiciones, y creer sin entender los misterios de la Religión, incapaces de ser comprendidos. ¡Notable tergiversación de términos! Resisten aceptar las decisiones de la Iglesia,—por tantos títulos reconocida infalible,

—y no dudan en admitir la estrafalaria serie de patrañas y mentiras que leen en alguna novela, parto espurio de la fantasía de un desesperado. No quieren recibir lo que la Iglesia enseña, y siendo de razón harto limitada y flaca, inventan los mayores absurdos, que sólo caben dentro de su estrecho cráneo.

¡Qué aberración! Se llaman innovadores, reformadores y purificadores de la doctrina, y consiguen no más que desenterrar todo el tropel de herejías é impiedades que duermen hace siglos en el olvido de su maldita sepultura.

¡Lastimoso estado el de la humanidad que así corre á despeñarse en los abismos de la eterna condenación!

Y, si en medio de esta escandalosa algarabía de ideas tuviesen alguna satisfacción que compensara en algo sus esfuerzos, menos mal; pero, desgraciadamente, hasta eso les falta. Sacrificios, trabajos, persecuciones, penalidades de todo género tienen que sobrellevar sin remedio; ¿qué esperan en pago de tanto sufrimiento? Porque si

dicen que el católico espera una gloria de cuya existencia ellos dudan, los desgraciados, carecen aún de ésta que califican de quimérica esperanza. Justo es tomar lo cierto y dejar lo dudoso; pero dejar lo uno y lo otro por *lo que no es*, por lo absurdo, por la nada, que en su extravío pretenden ser algo, no sólo no es justo, pero ni racional.

Después adoran á la diosa *Razón*, y con orgullo se llaman racionalistas.... Está bien : no hay más sino que Dios ha dispuesto las cosas de otro modo ; y, queramos ó no, se hará su voluntad. La vida no es eterna : al fin de ella, espera al cuerpo un ataúd ; al alma no sé qué piensan que le aguarda.





EN EL CAMPO DE BATALLA

I

La persona á quien me remitió Castilla el día que le visité, vivía en una de las calles más concurridas de la población ; no ocultaré su nombre, así como tampoco los de aquellos á quienes he conocido y con quienes he cooperado al mal, por una razón, entre otras, muy sencilla : los que permanecen aún en su ceguedad, sé muy bien que lejos de ofenderse tendrán por modo de honra el que los nombre, diciendo que son unos impíos ; los que como yo hayan convertido su corazón á Dios, sacarán de

aquí nuevos motivos de reconocimiento á su divina bondad ; y en uno y otro caso, todos quedarán contentos, y yo también por dar á los hechos toda la realidad que esté en mi mano.

Esta persona, pues, J. Casso, estaba al frente de su establecimiento donde supongo que aún seguirá : era grabador en metales harto hábil á la verdad, el único que ejercía esta profesión en Granada, y muy conocido al par que muy conoedor del público que concurría en demanda de su industria á su taller.

Presentéme á él, usando como era natural del nombre de su amigo, y apenas cambiamos los primeros saludos, le hice conocer el objeto de mi visita.—Casso me miró de alto á bajo con aire de sorpresa, no sé si admirado de mi afectada candidez ó de mi provocativo descoco : y en verdad, era un tiro disparado á boca de jarro mi declaración. Yo le era desconocido ; apenas tenía diez y ocho años, y con sin igual descaro le pedía que me pusiera al corriente en lo relativo á las doctrinas llamadas del libre-

pensamiento : cualquiera otro, del mismo modo se hubiera sorprendido.—Generalmente, ha sido siempre así mi carácter : una vez decidido á cualesquier empresa, nada me ha atajado, ni consideración, ni respeto alguno detenido, lo cual prueba dos cosas : una fuerza de voluntad firme que por nada cede, y una insolencia igual tan sólo á sí misma ; mas es de advertir que, con estos dos elementos bien manejados, se sube en el mundo de mendigo á príncipe, de pechero á soberano con facilidad.

Cuando pasó la impresión primera y Casso se dió cuenta exacta de mi solicitud, dijo con frialdad:

—Siento mucho no poder satisfacer á V. en lo que pretende, y á la vez á mi amigo que le envía : yo apenas conozco algo esas cuestiones que, por otra parte, creo que son de larga explicación. Sé que en Granada hay gente que piensa de ese modo, aunque la mayoría oculta sus ideas para evitar sin duda los perjuicios que al cabo pudieran acarrearles. Por lo demás, repito,

aseguro á V. que estoy casi en mantillas en cuanto á eso se refiere.

Esta respuesta , que era poco más ó menos la que me había dado Castilla , me desconcertó algún tanto : sin embargo , como para cumplir mi afán iba decidido á arros-trarlo todo , insistí cuanto permitía la si-tuación llegando á tocar los límites de una grosera exigencia. Al fin pude alcanzar una confesión bastante explícita que , sino era lo que yo pretendía , se le acercaba mucho: Casso acabó por decir :

—Mire V., señor mío: yo hace mucho tiempo que me aparté de la Iglesia católica, porque me he convencido de que en ella todo se reduce á sacar dinero y engañar muchachos , como vulgarmente se dice. Pero, como uno tiene que vivir con todos....

—Comprendido,—exclamé haciéndome cargo de lo que significaba su marcada re-ticencia.

—Ahora—continuó cambiando el tono primero por otro más afectuoso,—si V. quiere, no tengo inconveniente en decirle cuanto sé , no sólo del librepensamiento,

sino también de otras cuestiones sumamente curiosas.

—No sólo quiero—repuse,—sino que lo deseo. Juzgue V. por el paso que doy al presentarme en su casa de este modo, si tengo crecido interés en ello.

—En ese caso—prosiguió—hablaré á V. con claridad. El librepensamiento es á mi modo de ver un gran tronco del que nacen muchas ramas que se alimentan con la sávia que mantiene un decidido espíritu de contradicción al Catolicismo romano: á su sombra viven numerosas escuelas, mas sólo una es la que sigue de cerca la verdad.

—¿Y V. la conoce?

—Por completo no: al presente me ocupo en estudiarla con detenimiento.

—Y, ¿cuál es ese privilegiada escuela?

—El Espiritismo.

—¿El Espiritismo?—repetí admirado.

—Si, señor; es la única digna de fijar la atención; la única verdadera.

—Advierto á V.—repuse—que estoy lejos de darme á brujerías.

—Brujerías le llama V., porque no le co-

noce. Mas le aseguro que en ninguna doctrina hallará nada tan racional y á la vez tan consolador. Precisamente, como le digo, estudio sus fundamentos.

—Pues me haría V. un señalado obsequio facilitándome también su estudio.

—No se venden aquí los libros de que pudiera servirse, aunque los poseen algunos particulares. Cuanto yo puedo hacer es ofrecerle los míos; ó si quiere, venga aquí en ratos que tenga libres, con lo cual nos aprovecharemos los dos de la lectura.

—Con mucho gusto: acepto desde luego. Así también podremos sacar más fruto del trabajo.

Y, dicho esto, allí mismo concertamos nuestro plan: desde el siguiente día, sin aguardar á más, dimos comienzo á la tarea. Yo iba á las once de la mañana, y mientras Casso trabajaba, leía en alta voz tres ó cuatro horas, interrumpidas tan sólo con la llegada de algún cliente, ó por las consideraciones que se nos ocurrían con motivo de la lectura que nos ocupaba.

El primer libro que leí, aunque Casso

ya lo conocía, fué el que tiene por título *La Religión al alcance de todos*.

No sé de otro alguno en que el demonio haya hecho mayores esfuerzos para combatir la Religión católica en estos últimos años. Veneno sutilísimo vierte desde la primera página, y acaba por echar por tierra la fe que se crea más firme. Es un libro hecho para *descatolizar*, pero hecho á maravilla: su estilo es fácil, la frase suelta, sencilla, fluida; los ejemplos buscados con singular tino; y el conjunto, un comentario de la Sagrada Escritura que, á quien no esté muy versado en su interpretación dogmática, le hará vacilar y aun caer en el error que allí se presenta con el carácter de irresistible verdad.—El autor ha sabido manejar bien los resortes del lenguaje para llamar la atención de los entendidos y de los rudos.

Se advierte al principio del libro que, el que lo escribió fué un día á la redacción de *El Motín* y dejó allí la obra sin dar más señales de interés por ella que si no fuese suya; y que después no ha admitido cuanto

le ofrecieron en recompensa de su trabajo. Lo edita la redacción del periódico dicho, y en un período de diez años, poco más ó menos, ha hecho otras tantas tiradas, algunas de diez mil ejemplares, que pronto se agotaron. Su cinismo llega hasta el extremo de anunciar el libro, como los demás de su infernal Biblioteca, poniendo á renglón seguido del título, el número de veces que ha sido excomulgado.

Tanta es la depravación y perversión de sentimientos é ideas que domina hoy en gran parte de nuestra sociedad, que se estima como precioso timbre de gloria el estar excomulgado, y se busca este borrón infame con tanto anhelo como si fuese un título de esclarecido honor.

II

Firmes Casso y yo en el propósito de conocer el libre pensamiento en general y el espiritismo en particular, apenas terminamos la lectura de *La Religión al alcance de todos*, emprendimos con brío el estudio de las llamadas *Obras fundamentales* del espiritismo.

Habíamos reunido un gran fondo de odiosidad hacia la Religión católica, y, por lo que á mí toca, puedo decir que me hallaba dominado en todo y por todo por esta idea: era una pasión irresistible; una furia desencadenada que jugaba conmigo á su antojo en cualquiera parte y en cualquiera ocupación.

A pesar de esto, el libro que había conocido, no llegó á satisfacerme; es cierto que

me llenó en cuanto que ataca de un modo formidable á la Iglesia, y que borró de mi alma—si es que quedaban algunos—los más remotos é insignificantes restos de la fe; pero con ellos, no me daba creencias y yo necesitaba creer algo para entretener el alma ávida siempre de una esperanza: por eso me abalancé al estudio de la doctrina espiritista que me brindaba con abundantes novedades, y con tal ansia las recibía, que en menos de un mes llegué á penetrar sus puntos más importantes.

Si he de decir la verdad, confieso que hacía aquel trabajo con buena fe, si es que buena fe se me puede suponer al obrar así: de todos modos, es lo cierto que por bastante tiempo, ha sido para mí un consuelo el espiritismo, aunque, como se verá después, no he ido en su parte práctica más allá de donde habría llegado un vulgar prestidigitador.

Sin que sea mi intento, ni mucho menos, dar aquí una idea de lo que es el espiritismo, sí creo que no es ocioso, aun para la mejor inteligencia de lo que de él diga, in-

dicar en pocas palabras cuáles son sus principales fundamentos. Es á saber:

1.° Existencia de Dios *único*, infinito en sus perfecciones, omnipotente, inmutable, eterno.

2.° Existencia del alma creada por Dios de toda eternidad: es en su principio sencilla, inocente é ignorante; lleva en sí la aptitud para todo bien que es susceptible de desenvolver indefinidamente; aunque puede retardar esta obra de su perfeccionamiento en virtud del libre albedrío, no es capaz de detenerla por la especie de atracción de que es objeto por parte de Dios, y que se llama ley del *progreso indefinido*.

3.° Pluralidad de existencias del alma, tanto en este como en los demás mundos que ocupan el espacio, y mediante las cuales se perfecciona en virtud y ciencia sin perder nunca el carácter de ser racional.

4.° Pluralidad de mundos habitados.

5.° Existencia del *peri-espiritu*, ó substancia fluídica que sirve de medio al espíritu libre para comunicarse con los seres encarnados, y para mantenerse unido al

cuerpo durante la vida terrenal. Por último, 6.º Posibilidad y necesidad de la comunicación, ya directa, ya indirecta, entre los espíritus ó almas de los que han muerto y los que aún habitan la tierra ú otros planetas.

Tales son los fundamentos más principales de la parte especulativa del espiritismo, si bien hay otros de índole secundaria, aunque no dejan de ser muy importantes.

Estas bases, con lo que de ellas deducen más ó menos lógicamente, hacen de los espiritistas mortales enemigos de la Religión Católica. Buena prueba de esta afirmación es que siempre son ellos los primeros en romper los moldes de las costumbres en lo que respecta á la realización de actos civiles de todo género. En más de una ocasión, el mismo Ramón Chies, director de *Las Dominicales*, me ha dicho:

—Amigo mío: Vds. los espiritistas parecen estar locos ó ser ciegos; pero la verdad es que hacen mejores servicios que los demás al librepensamiento.

Tan patente es esto, que en todas las po-

blaciones que he recorrido haciendo propaganda de estas ideas, he hallado niños de siete y más años sin bautizar, antiguos matrimonios civiles, y numerosos cadáveres en los cementerios neutros, unos y otros casos de espiritistas furibundos. Y, dado por ellos el ejemplo, pronto se quitan la máscara los demás librepensadores y enemigos de la Iglesia de todos matices.

En cuanto á los puntos menos capitales de la teoría espiritista, hay gran libertad para apreciarlos; hasta el extremo que, de una provincia á otra, de un centro á otro centro, y aun entre sujetos que pertenecen al mismo grupo, existen notables diferencias y hasta antagonismos.

Por lo demás, aunque todos están muy conformes en hacer la guerra sin cuartel á la Iglesia católica, no faltan muchos que admitan ciertos dogmas y enseñanzas de ella, para mezclarlos con los desvaríos de su escuela. Hay, por ejemplo, quien acepta la divinidad de Jesucristo y la virginidad de su Santísima Madre; unos niegan una de estas verdades y creen la otra; otros niegan

el dogma de la Inmaculada Concepción; otros, en fin, se oponen á cuanto la Iglesia y la revelación enseñan; y, sin embargo, éstos, y aquéllos, y los otros, van á buscar en la Sagrada Escritura fundamentos en que hacer estribar sus errores.

De ordinario, no son bien mirados los que aprueban aunque sea una sola de las dogmáticas verdades de la Iglesia: son tenidos por mixtificadores de la verdadera doctrina, y no ha faltado quien los tache de pertenecer á la tenebrosa agrupación que forman los *Jesuitas* (!). Así sucedió en Granada y Jaén, y muchos pueblos de estas provincias y de las de Córdoba y Almería con aquellos titulados *Apóstoles* que aparecieron en Madrid á fines del año 85, curanderos que se decían espiritistas, y que fueron separados de muchos Centros, por creérseles miembros ó instrumentos del *Jesuitismo*.

Así juzgan los ilustrados pensadores de la época actual, que, alucinados por la fatuidad vulgar de sus necias presunciones, culpan á la imaginaria esfinge del *Jesuitismo*,

como dicen, y que ha creado la exaltada fantasía ó el despecho amargo de algunos escritores asalariados por la misma impiedad, de las aberraciones que nacen en su propia insensatez¹.

Las comunicaciones que se toman ó reciben de los espíritus, son el principal atractivo de los que empiezan; mas, por regla general, sucede que, á medida que el tiempo pasa, se disminuye la afición por ellas,—que no por eso dejan de aceptarse, pero que no se provocan,—despertándose el deseo de estudiar la parte filosófica de la doctrina que, ciertamente, tiene mucho de consoladora.

Los libros que son más generalmente consultados, aparte las *Obras fundamentales* escritas por *Allan Kardec*, pseudónimo que adoptó León Hipólito Denizart-Rivail, gran predicador y recopilador de la doctrina, son: *Roma y el Evangelio* tomado por comunicaciones de los espíritus en el Centro de Lérida; *Nicodemo, ó la inmortalidad y el renaci-*

¹ Véase Paul Feval en su libro *¡Jesuitas!* dónde refiere el origen de la novela *El Judío de Errante* de E. Sué.

miento; Marietta y Estrella; El Espiritismo es la Filosofía; Jesús y la Religión de la Razon; El Espiritismo y el Materialismo, y otros más que no recuerdo ahora. Además, son muy útiles en las bibliotecas espiritistas las obras de Camilo Flammarion, especialmente las tituladas Dios en la Naturaleza, por lo acertadamente que combate al materialismo; Lumen, La pluralidad de mundos habitados y algunas más: se leen también otra porción de libros, opúsculos, folletos y periódicos de la comunión, tanto de Europa como de América, y como corolario, Las Dominicales y El Motin y las publicaciones de sus Bibliotecas por cuanto combaten la Iglesia Católica, idea que en los partidarios del espiritismo despierta el mayor entusiasmo.

III

Vengamos de nuevo á la historia.

Conociendo, aunque no muy á fondo todavía, la doctrina espiritista, decidí avanzar en aquel camino, por el que, sin darme cuenta de ello, volaba ya. No tardé en hacer amistad íntima con el que había iniciado á Casso en estas ideas, Sr. Luengo, militar, Habilitado entonces del Batallón depósito de Andújar, y nos pusimos de acuerdo para levantar en Granada nuestra bandera. Nos agregamos otro sujeto, hombre sencillo y de buen corazón, que era espiritista muy antiguo y tenía la facultad de ser *medium*, y, en fin, otro oficial del Batallón depósito de Antequera. Estos tres, Casso y yo, empeñados en levantar el espiritismo, hicimos cuanto nos fué posible por conseguirlo; y vencidas las dificultades, no pe-

queñas, que se nos ofrecieron, fundamos el primer Centro espiritista público en Granada, con fecha 15 de Diciembre de 1884.

Como se ve, en menos de tres meses había yo caminado lo que otros en más dilatado tiempo. Bien es verdad que tenía de mi parte al demonio, que me abría el campo para que llegase pronto á una irremediable perdición.

En las reuniones que precedieron á la constitución definitiva del Centro, habían tenido lugar algunos hechos, que no debo pasar en silencio. Uno de ellos fué el que dió motivo al nombre con que bautizamos la Sociedad. Simón Canton, que es el *medium* á que antes me referí, entre otras comunicaciones de los espíritus, tomó una que explicaba lo que había visto en un vaso de agua una mujer que era á su vez *medium vidente*: á ésta se le presentó en el agua un ángel que empuñaba una bandera, en cuya asta, al extremo superior, brillaba una luz poderosa; la interpretación que los espíritus dieron á la figura, decía textualmente: «Habéis visto el ángel de la *Caridad*, que

»lleva la bandera de la *Paz*, en cuyo extremo brilla la *Luz* de la Verdad ; la unión de estos tres símbolos ha de llenar el mundo.» Ya se comprende que las armas empleadas por el diablo para alucinarnos, no podían ser mejores : aquellas palabras, *Caridad, Paz, Verdad*, debían convencernos de que el espiritismo es la doctrina más sana y perfecta del mundo.

Otro de los hechos notables, el más notable seguramente, por sus resultados, fué el descubrimiento de mi *mediumidad*. Celebrábamos sesión una noche en casa del militar ya citado, M. Postigo, y, bien fuese por la excitación nerviosa que me producía la vista del otro *medium* al escribir, bien por otra causa que no trato de señalar, sentí con deseo de coger un lápiz.... Antes de diez minutos había escrito una comunicación.

El método ordinario que se guarda en estas sesiones, es el siguiente: primero, leída el acta de la anterior por el Secretario, el Presidente recomienda mucho silencio y unión de pensamientos, que se han de

fijar en lo que dicen las oraciones que por uno ú otro se leen ó se recitan; éstas son para pedir á Dios su protección y á los espíritus buenos su asistencia y enseñanzas, concluyendo todo con un *Padre nuestro*. Acto seguido los *mediums*, colocados alrededor de una mesa, comienzan, más ó menos pronto, según su actividad, á funcionar. Las comunicaciones obtenidas se leen después y se explican por quien el Presidente juzga que lo ha de hacer mejor, se discuten y se dispone incluirlas en un libro al efecto. Por último, se circula un saquito donde los concurrentes depositan sus proposiciones escritas, ó sus limosnas para los pobres de la población; se tratan los asuntos administrativos ó de otro género, si los hay pendientes, y después de dar gracias á los espíritus, se levanta la sesión.

En resumen: tres ó cuatro horas de recreo que, si no se gastan en públicos y escandalosos pasatiempos, se ocupan en privadas tonterías.

Cuando me convencí que en el Centro no sa hacía otra cosa que lo marcado por los

espíritus en las comunicaciones, me propuse explotar la credulidad de los asistentes; y, en efecto, en muy breve tiempo se dieron por mi conducto una porción de avisos y de instrucciones, conducentes todas á la realización de un fin que á todos pareció atrevido en un principio: dar á la sociedad que formábamos carácter oficial y público. Si se quiere más claro, mi afán de ganar terreno y subir en la consideración de aquellas gentes para hacerme un puesto entre otras, me inducía á aguzar el ingenio durante el día para dar por la noche comunicaciones que á todos asombraban, y plantear proyectos que no habían de tardar en realizarse. Pronto, pues, con estas reuniones preparatorias, los cinco individuos que formamos el primer núcleo fuimos haciendo numerosos prosélitos, y aun recogimos bastantes espiritistas antiguos, que alguna vez se reunían, por acaso, á celebrar sesiones de las llamadas familiares; con los que llegamos á fundar, como ya he dicho, el Centro que se llamó «Luz de Verdad», en la fecha indicada.

Celebrábamos nuestros conciliábulos al principio, indistintamente, en la casa de alguno de los socios ó hermanos, teniendo sesión ordinaria los lunes y jueves, y extraordinaria, siempre que se juzgaba necesario.

Uno de nuestros primeros acuerdos fué dirigir nuestra cartita de adhesión á *Las Dominicales*, que al punto fué publicada en la sección que este periódico dedica al objeto.

La noche del 25 de Diciembre, célebre por los terremotos que ocasionaron tantas desgracias en el país, estábamos reunidos en sesión. Al comenzar aquellas tremendas oscilaciones, creímos que los espíritus malos habían invadido la casa: pronto caímos en la cuenta de la realidad de los hechos, y en honor de la verdad debo decir que nadie, ni aun las señoras que concurrían, se asustó poco ni mucho; antes bien continuamos como si nada hubiese sucedido, hasta acabar como siempre, confiando en que Dios y los buenos espíritus velaban por nosotros.

Esta confianza ciega, este fanatismo ab-

surdo, es el que lleva al alma el espiritismo: enloquece porque seduce; arrastra porque consuela; y al cabo domina en todo y por todo sobre las facultades del hombre, haciéndole víctima del error más craso: sin embargo, el espiritismo nunca hará locos furiosos; mas con frecuencia hace maniáticos.

Cinco días después de esta triste y memorable fecha partí al teatro de las catástrofes causadas por los temblores de tierra, de donde no volví hasta Febrero del año siguiente. Durante mi ausencia acaecieron notables modificaciones en el Centro Espirita, pero antes de relatarlas debo hacer conocer cuáles eran mis intentos respecto del uso del espiritismo.

IV

El fin principal que me movió á aceptar y seguir con verdadero frenesí el espiritismo, fué sin duda, porque se avenía perfectamente con mi modo de pensar, y me ofrecía numerosos elementos de combate contra la Religión Católica. Por otra parte, sus hechos provocados, por mí mismo á medida del deseo, alimentaban la fantasía de mi imaginación.

Predispuesto como estaba á todo lo que fuese zaherir y molestar á la Iglesia, por la lectura de *La Religión al alcance de todos*, repetida muchas veces, conseguí sacar de los libros de los espíritus armas que á más de un católico han vencido, y á otros han parecido formidables. Por lo demás, el prestigio que entre mis correligionarios adquirí mediante las comunicaciones con que *me*

favorecían los espíritus me obligaba á figurar en las avanzadas filas de los más exaltados.

Una vez satisfecho de que en el Centro se escuchaban como si fueran palabras de un oráculo las comunicaciones que obtenía; y de que se me creía un *medium* portentoso, me decidí á utilizar estas circunstancias y sacar de ellas todo el fruto posible. Estudié el carácter más general de los procedimientos usados en otros Centros de que tenía noticia, y á la vez analicé hasta lo más íntimo los deseos é inclinaciones de la gente que en el nuestro se reunía; vi cuales medios darían mejor resultado para la propaganda, y coleccionaba materiales de todo orden para ulteriores fines, que utilizaba al par en las comunicaciones que daba: de donde que, en todo, no venía á hacerse sino mi exclusiva voluntad.

De las diferentes maneras que, según la doctrina pueden comunicarse los espíritus, es una, ocasionando en el *medium* un género de síncope durante el cual habla; lo que habla es la comunicación. De aquí sa-

qué gran partido: unas veces, con los rudimentos que alcanzaba respecto del idioma francés, á fuerza de paciencia, traducía en esta lengua comunicaciones que antes escribía en castellano, y las aprendía de memoria para después recitarlas en una sesión: como entre los concurrentes había algunos que poseían bastante bien el francés, y por todos era sabido que yo no entendía de él poco ni mucho, pronto eran las tales comunicaciones traducidas y á la par ¡admiradas! Otras veces las aprendía en castellano; las recitaba precipitadamente para que no pudiesen ser copiadas, y cuando *salía del sueño* oía las lamentaciones de todos por no haber podido conseguir la escritura de mis palabras: entonces nos poníamos á rogar al espíritu que se había comunicado que lo hiciese de nuevo, yo *volvía á dormir* y repetía lo dicho anteriormente con pausas que permitían que fuese escrito.

¡Esto les parecía prodigioso!

Otra causa de asombro para los tales, era que yo escribiese, medianímicamente se entiende, estando sin luz, ó interponiendo un

objeto opaco entre los ojos y la mesa; pero, si me hubiesen visto en mi casa pasar horas enteras ensayando este juego, á buen seguro que se habrían convencido de que la costumbre puede en esos negocios tanto como sus decantados espíritus. Lo mismo sucedía respecto del hecho de escribir con la mano izquierda, y al de pronunciar algunas frases y casi llevar adelante cualquiera conversación en tanto que tomaba una comunicación escrita.

No pretendo yo negar que alguna vez el demonio, transformado en ángel de luz, se valga de estos procedimientos ú otros análogos para mantener su fatal reinado sobre el género humano; pero sí digo que jamás he observado ningún fenómeno que me convenciese de la materialidad de los hechos: lo que ejecutaba en aquellas ocasiones, lo he repetido después muchas veces sin estar en sesión. Por otra parte, el argumento tan removido de que hombres rudos y sin instrucción alguna, tratan materias y cuestiones que están muy sobre sus alcances, no merece ni ser escuchado: esos hom-

bres nunca dicen más de lo que saben, y si acaso hablan ó escriben de lo que no entienden, lo hacen así, como de lo que no entienden: desbarrando á cada paso ó diciendo mil tonterías y ridiculeces sin sentido.

Á pesar de todo, como el resultado de estos manejos era siempre favorable á mis designios, y entendía además que todo ello era un poderoso atractivo para las gentes, lo hacía con toda mi voluntad: cada nuevo individuo que se nos unía era un enemigo más que se levantaba contra la Iglesia.... ¡esto me ponía contento! ¿Para qué quería más retribución?

En otras noches de sesión tenía yo visiones. Juro que nunca he visto nada: pero, ¡es tan fácil hacer comulgar con ruedas de molino á los hombres! Con sólo quedar inmóvil, fija la vista en un punto y sin pestañear durante un largo rato, estaba terminado el asunto: pasada la primera impresión, algo molesta, que ocasiona el contacto del aire con el globo del ojo, podía permanecer ya buen espacio sin mover los

párpados. ¡ Ahí estaba el secreto , y así creían á pies juntillas cuanto les contaba!

Si ocurría que alguien pretendiese una comunicación de algún individuo que fué de su familia, para mí desconocido , yo procuraba con maña averiguar el nombre del muerto de tal modo que , ni el mismo que pedía la comunicación lo advirtiese: decía ó escribía después lo que suponía que había de complacer más al sujeto, y al final largaba el nombre que llevó la persona evocada. Y allí eran de ver los pasmos , las exclamaciones de asombro de propios y extraños que se deshacían en alabanzas á mis extraordinarias facultades.

Si alguna vez , y sucedía pocas , no podía saber el nombre que me era tan necesario , eludía el lance haciendo que alguno de *nuestros espíritus familiares* respondiese que el que se evocaba estaba encarnado ya , bien en la tierra bien en otro planeta, con lo cual quedaba á salvo mi situación.

Todos estos detalles , no pueden ni con

mucho hacer conocer cuántos eran mis amaños en esta clase de obras : empero, para el fin que pretendo en este libro , creo que son suficientes , aparte de que más minuciosidades cansarían al lector.

V

La primera vez que me pidieron que viese á un espíritu señalado y diese detalles de su fisonomía y aspecto para convenirse el interrogante de la verdad de los hechos , me vi en grande apuro : después me fué esto la cosa más fácil. Se puede decir de estos casos lo que los prestidigitadores dicen de la gente que los ve trabajar: « aquel que mira más, aquel ve menos ». En efecto : el que se crea más taimado y listo, cae en esto de las apariciones , como yo lo hacía al menos , con grandísima facilidad.

Voy á explicarme.

De ordinario , lo primero que dice el que desea que se vea la persona á quien llama, es su nombre , y si no lo dice , se averigua : ya se colige el sexo , como es natural, y muchas veces hasta la edad , porque es

muy común que empleen los diminutivos al dar el nombre del muerto si es un niño; otras veces dicen : « mi hijo, mi hermano, mi padre , etc. » , y dada la edad calculada del que hace la pregunta , se puede aproximar la del evocado. Estos datos , al parecer inseguros , son muy suficientes para comenzar. Si se trata de un hombre , lo mejor es decir que no se distinguen completamente las facciones ; en otro caso , cualquier cosa que se diga está bien , porque el rostro de las mujeres y de los niños , se presta á todas las descripciones : en el primer supuesto , emocionado el que consulta cuando oye decir que ya está allí su deudo, pero que no se aparece con claridad, sin saberlo , abre camino al punto para proseguir :—« Mire V. si tiene bigote.... ó barba.... ó tal otra cosa.... » ; comunmente , lo que dicen es lo que tenía el que murió.—Dando datos muy generales se obliga insensiblemente á los peticionarios á precisar detalles que se les devuelven rodeados de misterios , y de una en otra palabra que pronuncian de asentimiento ó de negación , y

por sus ademanes , por sus gestos , etc., es muy sencillo obtener un buen resultado.

Recuerdo que estando en una sesión en Madrid, casa del Sr. Diez, Comandante de caballería, uno de los concurrentes pidió que se apareciese Carmencita.—Al momento quedé extático, y á poco *¡se me apareció una niña!* El buen señor se llenó de alborozo al saber que yo veía á su hija; me hizo una porción de preguntas á que yo contestaba en nombre de la aparecida, hasta que llegué á especificar que la niña tenía una pequeña cicatriz en la pierna derecha ¡y un abanico en la mano!.... Ya el padre había dejado escapar lo de la cicatriz; y lo del abanico.... ¿qué niña aunque sea de tres años, no ha tenido un abanico con que hacía fiestas á su papá cuando él la acariciaba?

Tal vez serían estos resultados efecto de *mi práctica* en el arte, ó quizá en nuestro Centro, por haber yo formado, digámoslo así, á aquellos hermanos, se amoldarían á este modo de obrar; y en otros á que asistí, acaso predispuestos por mi fama verían

lo que yo dijese: sea de ello lo que quiera, es la verdad que con mis *mediumnidades* he obtenido siempre notables triunfos en cuantos Centros he tenido ocasión de visitar.

Con el prestigio, pues, que me daba el ser uno de los mejores *mediums* de todo aquel país, y el que me procuraba dando instrucciones y consejos sacados de las mismas comunicaciones y libros espiritistas más celebrados, llegué á ser el *factotum* de la sociedad que, subía ó bajaba según yo concurría más ó menos frecuentemente; los periódicos de la comunión se ocupaban de mí con alabanza, y mis comunicaciones se reproducían en muchos de ellos, seguidas de comentarios ruidosos, así de los que se publican en España como en los de otras naciones de Europa y de América.

No eran bastante, á pesar de todo, estas victorias que lograba en el campo del espiritismo para llenar el vacío que existía en mi alma. Ansiaba más, y por eso trabajaba sin descanso para llenarlo, para ocupar con alguna cosa el hueco horrible que la pérdida de la fe había dejado en mi corazón.

Con todo, yo creía en el espiritismo, si es que se puede juzgar así: en cuanto á su parte práctica jugaba con ella á mi antojo, haciéndola servir de cebo para atrapar secuaces, para restar fuerzas á la inmensa falange del Catolicismo romano, y, si es verdad que se puede tener por gala luchar aunque se salga derrotado, cuando el enemigo es poderoso, yo me honraba porque luchaba aquí con la Iglesia. Cada individuo que conseguía separar de la comunión católica me ofrecía con este motivo un rato de regocijo inexplicable. En cuanto á la parte filosófica de la doctrina, me tenía hasta cierto punto satisfecho: y así se daba el incomprensible ejemplo de hacer objeto de superchería y engaño, lo mismo que era pasto del alma.

No hallo frases con qué dar á entender semejante contrasentido que, en buena lógica se llamaría absurdo; pero es lo cierto que así he vivido algunos años, teniendo entretenida mi razón con las propias falsedades y patrañas que inventaba.

Y es natural que no llegase en realidad á estar nunca satisfecho: dad á un ave por

todo medio de vida el agua de un lago, y morirá ; dad al insecto por todo alimento un trozo de carne, le veréis morir antes que trate de devorarlo ; dad á un alma racional, á una inteligencia por toda religión un conjunto de mentiras y de imposibles más ó menos bellos, pero imposibles al fin, y veréis que en tanto que de ellos se nutre vive una vida raquíica y miserable ; y al cabo, ó muere con la desesperación en la locura ó en el idiotismo, ó sale fuera del radio en que evoluciona para ir á buscar en otro lugar su verdadero alimento.

Para concluir diré que la incertidumbre rige en todo y por todo la vida de cuantos siguen el error, y que más tarde ó más temprano, siempre despierta la conciencia. ¡Desgraciados los que no escuchan su voz, y la hacen dormir de nuevo á la sombra de ese eterno manzanillo del egoísmo!

IV

Á mi regreso de la expedición que hice á los lugares que tanto padecieron con los terremotos, venía decidido á hacerme masón. Uno de los compañeros de viaje, condiscípulo mío que fué, se me declaró en el camino, y tales cosas me dijo y tan extenso campo donde combatir me pintó dentro de la Masonería, que, apenas llegué á Granada, comencé á practicar las gestiones necesarias para lograr mi deseo.

Toda la aspiración de mi vida se reducía por entonces á luchar sin tregua, en cuantas formas me fuese dado hacerlo, contra la religión. Padecía sin duda una especie de fiebre voraz que no se calmaba con más género de quinina que el gritar de continuo enormes impiedades; y procurando sanar de ella, vomitaba á cada paso

torrentes de atrocidades, coronadas con la baba de la pasión por espuma.—Tenía por mi mejor amigo al que me daba noticia de un libro antirreligioso, al que me apuntaba una idea de este orden, ó al que me hacía adelantar en la vertiginosa y desesperada carrera de la condenación.

Al vislumbrar en el seno de la Masonería libertad bastante y ayuda poderosa para realizar mis designios, adoré la Masonería. Era otro campo de maniobras; eran más hombres á quien fanatizar; era otro banderín de enganche para llevar fuerzas á las filas de los revolucionarios y mixtificadores de la religión.

Mucha gente había acudido durante mi ausencia al Centro espiritista, y casi toda formaba en la Masonería: también yo me hice masón el 24 del mismo mes de Febrero de aquel año, y durante mucho tiempo he tenido la noche de mi iniciación por la más feliz de mi vida. Cuando me ocupe de la Masonería en particular, daré detalles de este suceso, que aquí holgarían.

A partir de aquella fecha, leí con avi-

dez cuantos libros lograba , que se ocupasen de esta sociedad , y en poco tiempo conocí la Orden mejor que muchos de los que habían sido mis maestros. Las obras en que la veía ensalzada me llenaban de gozo ; las que la deprimían por ser enemiga de las instituciones religiosas , me entusiasmaban hasta el delirio.... Yo era sin duda maniático. Por no rozar el manteo de un sacerdote dejaba la acera por donde iba caminando , y me echaba al fango que ocupa el centro de la calle : por no pasar frente á una iglesia , daba un rodeo : por no fastidiarme hablando bien ni mal de la Religión , huía muchas veces la compañía de los amigos.

Estaba loco.

Entretanto mis triunfos de espiritista adelantaban : á ellos unía las victorias que alcanzaba en la Logia con los trabajos que hacía , de modo que mi fama iba subiendo entre la gente librepensadora.

Mi hermano aún no había entrado de lleno por aquel camino ; permanecía indiferente. Algunas veces se admiraba de mi correspondencia, de mis amistades, de mis vi-

sitas.... llegó á sospechar si tendría yo talento. ¡Pobre Juan! Yo he sido la causa de todo su mal. Lo hice espiritista; pero bien pronto su imaginación de fuego, su entendimiento clarísimo, le hicieron comprender la simpleza de aquella doctrina: más, había perdido la fe; era un alma grande, un corazón de gigante, y buscaba con qué llenar el hueco que la idea de Dios perdida había dejado en él. Lo llevé á la Masonería; era muy jóven y no pudo ser iniciado. No obstante, mis gestiones y solicitudes, que fundaba en preceptos de la Constitución porque nos regíamos, dieron por resultado que fuese admitido como hijo adoptivo de la Logia.... y, la misma noche del Viernes Santo del año 85, fué recibido como tal. ¡Qué noche! ¡Cuánto se gritó contra la Iglesia católica! ¡Cuántas impresiones se grabaron en el alma de aquel niño que más tarde había de morir queriendo matar al Confesor que le enviaron!

No censuréis que me deje llevar del sentimiento. Á ejemplo de Agustino, quiero y necesito desahogar el pecho oprimido por

el recuerdo de una criatura que amé con toda mi alma : yo le había enseñado á dar los primeros pasos en el camino de la impiedad, se penetró de ella hasta los huesos, y murió en ella. ¡Era una voluntad de acero; no disparó un revólver contra el sacerdote que fué á su lado cuando estaba en la agonia, porque no halló fuerza en sus manos, heladas ya por el frío de la muerte, para oprimir el disparador!

¡Cuánto sufro, Dios mío, recordando estos tristísimos sucesos! Me pesan en la memoria, como inmensa mole de plomo que gravitara sobre el pecho y no me dejase respirar!—¡No entiendo cómo aquella criatura, dulce, cariñosa, franca, caritativa y modestísima, verdadero paño de lágrimas de cuantos le conocían, cerró de tal manera su corazón á la fé!

VII

Se hizo un Reglamento para el Centro espiritista, y á la verdad, él ha servido de modelo para otros de muchos Centros; poco tardó en ser presentado al Gobernador de la provincia, y éste menos en aprobarlo, dando lugar este hecho á que el Arzobispado de Granada se ocupase seriamente de la cuestión, y por su Gobernador S. P. se dirigiese á los fieles un documento en el *Boletín Eclesiástico* advirtiéndoles del peligro. En este escrito, que tengo á la vista, su autor, el Dr. D. Juan Muñoz Herrera¹, cita estas palabras del célebre P. Perrone: «El magnetismo animal, el sonambulismo y el espiritismo, no son en su conjunto más que la

¹ Actualmente Obispo de Avila.

»restauración de la superstición pagana y
»del imperio de los demonios.» Y sigue lue-
go el Sr. Muñoz, aceptando la posibilidad
de los fenómenos, de este modo: «¿Serán es-
»los espíritus buenos? Imposible. Sus ense-
»ñanzas son heréticas; los dogmas negados
»por el espiritismo son: la existencia de los
»demonios, la eternidad de las penas, la re-
»surrección de los cuerpos, el pecado origi-
»nal, la revelación cristiana, y, por consi-
»guiente, la divinidad de Jesucristo.»

«Si pues los espíritus, causas de tantos
»fenómenos, no pueden ser espíritus bue-
»nos, forzosamente han de ser diabólicos:
»ya habló el Apóstol (I ad Timoth. 4) de
»aquellos tiempos en que los hombres se
»separarían de la fé atendiendo á los espí-
»ritus del error y á las doctrinas de los de-
»monios, y en que éstos, haciendo señales,
»prestigios y falsos milagros, seducirían á
»los hombres.»

Hasta aquí el juicioso y razonado escrito
del Sr. Muñoz; mas, á pesar de todo lo ya
realizado, juzgábamos mi hermano y yo
insignificante el escándalo que se daba, y

procuramos aumentarlo por todos los medios imaginables.

Por entonces conseguí el encargo de organizar el archivo de la Logia á que pertenecía, y en él encontré una porción de documentos y datos curiosos, que utilicé á mi arbitrio. Compuse unos versos—por cierto, muy defectuosos—en que ponía á los ministros de la Religión, desde el Soberano Pontífice hasta el más humilde clérigo, como no digan dueñas; empero, la gente de todos colores los admiró, aun siendo tan malos. En una imprenta de Alcalá (Jaén), se hizo una enorme tirada de ellos y se repartieron hasta ocho mil hojas en seis días: como tuve el descaro de poner mi nombre al pie, merecí la censura de todas las personas piadosas; en cambio, mi desvergüenza fué considerada como una heroicidad por los amigos, y con ello subió de punto mi fama y mi prestigio.

Ya estábamos los espiritistas de Granada en relación con los de toda España, y singularmente con los de Andalucía, y en muchas partes tenían noticia de mis habilida-

des. En 18 de Marzo recibimos una invitación para asistir á la sesión magna que al día siguiente celebraban, como todos los años, los espiritistas de Loja, y Cantón y yo fuimos enviados en representación del Centro.

Nos recibieron con extraordinaria alegría. La sesión magna era como todas, sólo que duraba todo el día. Comenzó la preparatoria la noche anterior, y desde las ocho de la mañana del 19, la que pudiéramos llamar oficial, con asistencia de representantes de muchos Centros. Entre los de la localidad y los invitados seríamos unos ciento treinta individuos, más bien más que menos, contándose casi un tercio de señoras.

Durante todo el día hubo siempre cinco ó seis *mediums* ejerciendo sus facultades en medio de un silencio profundo. A las doce comenzaron á salir por grupos los asistentes para comer, y era de ver cómo se disputaban mis paisanos el honor de llevar á su casa algún forastero para agasajarle.

No se debe omitir, por lo que importa,

para conocer hasta dónde seduce el espiritismo, un hecho por demás notable. Entre los que vinieron de otros Centros, había unos pobres hombres que eran de un pueblecillo de la provincia de Jaén, distante de Loja más de veinte leguas; es el de Frailes. Pues bien; estas buenas gentes, sin más patrimonio que el jornal diario ganado á fuerza de brazos, abandonándolo todo, vinieron á pie todo aquel camino, por entre charcos y lodazales, calados hasta la carne con el agua que llovía, y todo por asistir á aquella reunión. Caras se hace pagar el diablo sus devociones.

El fruto de aquel conciliábulo se redujo á un número considerable de comunicaciones, á cual más disparatada; consejos, instrucciones y resoluciones, conducentes, en su mayoría, á robustecer el odio que todos teníamos á la Iglesia.

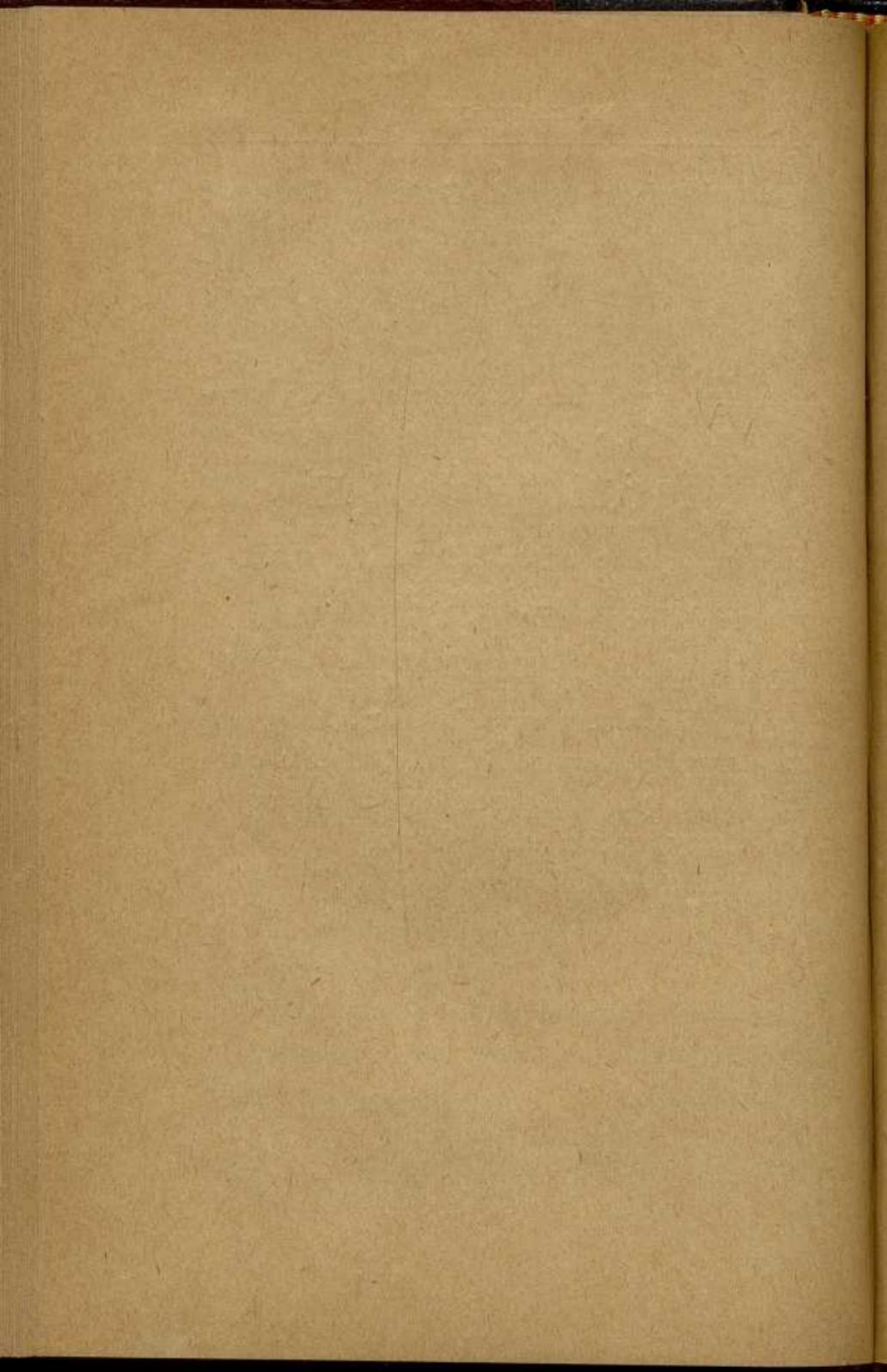
Después de los entusiasmos, llegó la hora de marchar. Hasta la estación del ferrocarril nos acompañó un nutrido grupo de correligionarios para darnos el último adiós.

Un detalle. El General Segundo Cabo de

la Capitanía general de Granada, iba en el mismo tren á que nosotros subimos. Al saberlo, del grupo que nos acompañaba partió un grito de ¡Viva la República!, que fué contestado por mil voces. Asomóse el general con sus ayudantes á una ventanilla apresuradamente, y entonces se oyó decir, no sé por quién:—«Son espiritistas.—¿Espiritistas? ¡Bah! No hay cuidado.» Y, así diciendo, aquella autoridad militar volvió á ocupar tranquilo su departamento.

Algunos días después de nuestro viaje, leí las comunicaciones que había dado en Loja publicadas por varios periódicos, que me colmaban de parabienes. ¿Qué más quería? Pero ya me parecía pequeño aquel Círculo, y procuré ensancharlo.

Veamos cómo lo llevé á efecto.





DE PROPAGANDA

I

Sobradamente se habrá convencido el lector de que con facilidad se pierden los estribos en materia de Religión cuando el hombre se arroja al campo de sus delirios sin otro freno que la propia razón. Parece que hay seres predispuestos á seguir la huella de todas las herejías, y nada les detiene en su movimiento, ni ningún cuidado les ataja: antes bien, los obstáculos les exaltan y las contrariedades les fortalecen. Esto que sucede en todas las esferas de la actividad humana, sucede también en la en

que obran los impíos, que jamás se vuelven á mirar el rastro nauseabundo que dejan tras de sí.

Sin dificultad se comprende que la gran masa de gente que no recibe más instrucción que la que se da en los clubs y en las columnas de la prensa puesta al servicio de las ideas antireligiosas, no es quien señala, ni mucho menos, el terreno que ganan tales ideas. Á esa gente, al pueblo, no precisamente al pueblo que trabaja el sustento diario, sino al pueblo de la inteligencia, del saber, á la plebe de los bachilleres, llamémosle así, á ese se le conduce, se le lleva: él no marcha. Se me dirá acaso que en hablando de librepensamiento á ese pueblo en cualquiera región de España, responde siempre con conocimiento de causa. Hasta cierto punto, objeto yo. Y voy á probarlo.

Suponed que uno de estos modernos predicadores de doctrinas que dicen nuevas, y que á veces no tienen de nuevo ni aun el nombre que llevan; suponed, digo, que uno de estos va á Cataluña, por ejemplo, á hacer lo que podríamos llamar una misión: otro va

á Murcia : otro, en fin, á cualquier punto del reino de Aragón.—Todos tres, ciertamente, no dejan de hablar á catalanes, murcianos y aragoneses del librepensamiento en sus diversas formas; pero lo más cierto es que cada uno aprovecha las particulares circunstancias del país en que está para dar fuerza á sus razones. Si el que habla á los catalanes deja ir alguna frase por la que descubra que lo que se les dice no es compatible con una política que favorezca la industria regional, y así de cada uno de los casos propuestos, unos y otros pierden el fruto de su tarea. Porque, en realidad de verdad, las ideas del libre examen llevadas á cualquiera parte, son completamente estériles por sí mismas : y esto, refiriéndome tan sólo á la parte material, objetiva de la vida en su relación con ellas, que si nos elevamos á considerar la parte filosófica, en este sentido, la animosidad sube de punto. En prueba de ello, me remito al clamoreo que se levantó en la primavera del 88 con motivo de haber publicado Ramon Chies en *Las Dominicales* un artículo que olía á espiritismo el más

declarado; entonces se llenó la redacción de quejas y de lamentaciones que levantaban los que no eran espiritistas; y así acuden cada día éstos, y los otros, y los de allá, cuando se publica un artículo que al satisfacer á los unos es forzoso que incomode á los otros.

¿Hay un solo librepensador que se dé el trabajo de leer periódicos católicos? Seguramente que no. —Y, entre los librepensadores, ¿hay quién lea los de otra fracción que no sea la en que ellos se incluyen? Tampoco. —Todos leen *Las Dominicales* y *El Motín*, porque son los baluartes más firmes de la prensa escandalosa; por lo demás, no transigen con nada ni con nadie.

Por otra parte, el librepensamiento muy prodigado, cansa y aburre: y si la publicación de los dos periódicos citados fuese diaria, pronto disminuiría el número de sus adeptos; esto se observa con *El Motín*, que, además del número que da los domingos, reparte otro, que llama extraordinario, todos los jueves. Si estos periódicos desapareciesen, en cinco años no quedaba en Es-

pañã ni la décima parte de los librepensadores que hay en el día, que con su lectura se alimentan.

Es muy de notar lo que hace á la transigencia de unas fracciones de estos sectarios con otras : convienen en el punto capital de hacer guerra á muerte á la Iglesia católica, pero en lo demás se miran como verdaderos enemigos.

Los socialistas , que son muy anticatólicos , no leen , ni se ocupan para nada del espiritismo ; éstos , hacen otro tanto con las publicaciones de las demás escuelas ; y todos , en fin , rechazan recíprocamente lo que no les acomoda. Yo advertí esto , porque vi que llamaba la atención á muchos amigos míos de diferentes ideas , cuando iban á visitarme , lo que llamaré mi biblioteca. Al ver *El Universo social*, de Heriberto Spencer, junto á las *Obras fundamentales* del espiritismo , ó la *Morfología de los organismos* , de Ernesto Heckel , al lado de la *Historia de la Humanidad* de Laurent , se llenaban de extrañeza.—¡ Qué amalgama !—decían—Y ¿ V. lee cosas tan

opuestas?—¡Y se admiraban más todavía cuando yo, de propósito, les señalaba las obras de Víctor Hugo junto á las de A. Dumas, las *Memorias auto-biográficas de Garibaldi* á continuación de la Biblia anotada por el P. Scío de San Miguel, ó el *Pío IX ante la Historia* de Leo Taxil rozándose con la Encíclica *Libertas* ó la *Humanum genus* de León XIII, y á éstas quizá, colocadas sobre el abultado tomo de una Biblia de las llamadas protestantes!

Y es que esta gente librepensadora que se cría en España, es gente de ocasión, ni más ni menos. Aparte los espiritistas, dudo que entre los demás haya uno de cada ciento capaz de mantener sus ideas si se le lleva al terreno. ¡Ah, si fuese posible hacer la prueba!

En resumen: el librepensamiento en España, no es más que el eco de la voz del gran imbécil que se llamó Gambetta, que dice: «El clericalismo: he ahí el enemigo.»

Preguntadles por qué son enemigos de la Iglesia, y no os sabrán responder: y cuando más, repetirán alguna frase hecha

muchos años ha , quizá siglos , por este ó aquel sectario ó hereje de reconocido ingenio , y que tras no ser por lo mismo original , la expresan defectuosamente.

Tratan de sofocar la Iglesia , de ahogar la voz del Sacerdocio , de destruir la Religión sea como sea...; pero es una monstruosa intransigencia pedirles que se descubran al pasar el Viático. ¡Qué!—dirán:— ¿ estamos acaso en los tiempos de Torquemada?

Entretanto, se hacen el honor de trabajar por el establecimiento de la enseñanza laica , y por la separación de la Iglesia y el Estado.

Para terminar este párrafo , debo hacer notar que , hasta hace poco tiempo , yo he sido uno de tantos que señalo. ¿ Hago traición al hablar así de mis antiguos colegas? Creo que no. En todo caso , si como tal lo juzgan , que me acusen si lo que digo es falso : y si les molesto al descubrir sus flacos , libre es la discusión : ¡ á defenderse !

II

Contaba yo con la seguridad de hallar numeroso y entusiasta auditorio si al fin me decidía á emprender un trabajo de propaganda. Pero, ¿cómo daría principio á la tarea? Muchos medios podía utilizar, es cierto, algunos que ofrecían buenos resultados: mas, como en aquella época entendía yo que era muy noble, y muy de mirar que los que viniesen á mi bando lo hicieran con toda su alma, con firmeza, con energía, me fué preciso estudiar cuidadosamente un plan de campaña.

En un viaje de este orden se me ocasionarían disgustos, molestias, malas voluntades y hasta peligros; á la vez, quizá no conseguiría traer sino unos cuantos de tantos como me escuchasen; pero, en cambio, pocos ó muchos, los que fuesen quedarían

bien prendidos en la red. Respecto á sufrir incomodidades ó peligros, hacíame la cuenta de que «el que algo quiere, algo le cuesta». Además, la satisfacción de ver aumentar el ejército de los enemigos del dogma, la tenía por sobrado pago de todos mis trabajos.

Mas, ¿cómo empezar? ¿Qué decir? ¿Qué atacar y qué defender?—La raza de los ignorantes, como la de los ilusos, es igual en todas partes: esto ya era una ventaja. Verdad es que yo era un ignorante, pero podía aprender: estudié y aprendí. ¿Era bueno ó malo lo que aprendí? No traté de averiguarlo: me bastaba saber que logré un verdadero tesoro para derramarlo á voces entre los que sabían aún menos que yo. ¡Qué arsenal de argumentos y de frases reuní!

Una Biblia de Valera, esto es, protestante, me dió pasajes numerosísimos, que, interpretados según la necesidad, eran de gran valor; y llevar bajo el brazo semejante libro, llenos los márgenes de las hojas con notas y borrones, y con algunos regis-

tros de colores varios, hacía mucho efecto. *La Religión al alcance de todos* me enseñó á fabricar ejemplos con propiedad y exactitud; y como corolario, *Las Dominicales* traían buenos fondos de que hacer uso, y no pocas rechiflas á la Sagrada Escritura en sus *Notas de estudio*; todo lo cual, unido á las censuras que á la conducta del Clero recopila *El Motín* con sin igual descaro, constituía un magnífico arsenal puesto á mi uso.

Quizá choque á alguno esto de manejar á la vez los textos de la Escritura y los desvergonzados comentarios que Chies hace de ellos, firmando con el pseudónimo de Eduardo de Riofranco; á este tal baste saber que los auditorios no ven nunca más allá de donde quiere el que les habla: y de mí y de otros sé decir que, más de una vez, con una sola frase expuesta de una manera, y después de otra, hemos cambiado el juicio del concurso en el sentido que más nos convenía. El mismo texto bíblico con que he apoyado una idea, lo he puesto en ridículo á reglón seguido; y no por eso

mis oyentes han dejado de decir en uno y en otro caso que tenía razón.—Tales son los hechos, incomprensibles y absurdos, si bien se miran; pero así son: explíquelos quien pueda.

Verdad es que acaso tropezaría con sujetos más ilustrados que pudieran ponerme en grave aprieto, si me descuidaba: también me preparé para este caso. Darwin, en su *Origen de las especies*; Heckel, Flannmarion, Pezzani, Spencer, Volney, Releux, Tylor y otros se habían tomado el trabajo de pensar, y de escribir lo que pensaron, de modo que mi tarea se reducía á leerles despacio..... ¡Ah! Os aseguro que me hacía temible, y aún los tenidos por doctos ¡inocentes! se maravillaban. Sobre todo, si acudía á Víctor Hugo, era cierto el triunfo. ¡Digo! ¡El gran genio del siglo XIX! ¡Ahí es nada! En *Nuestra Señora de París*, escribió: «Esto, matará á aquello.» ¡Cómo estiré la frase! Es verdad que otros me habían precedido; pero, ¿lo sabían acaso los que me escuchaban? Tal vez, si el autor de *El hombre que ríe* y de *Los miserables*, no hubiese hecho

señalar con una mano á su Claudio Frollo hacia una de las torres de *Notre Dame*, mientras apoyaba la otra en aquel libro, salido de los primeros moldes ideados por Guttenberg, sino que le hubiera colocado indicando otro monumento ú objeto distinto; tal vez, entonces, los alambicadores de frases no habrían podido sacar partido de aquel hermoso apólogo de la Arquitectura y de la Historia, que, si bien es cierto que llena el alma de melancolía, es cierto también que conmueve hasta las más duras fibras del corazón. Empero los genios, que, aunque raros, también los hay á veces entre los impíos, no alcanzan siempre el uso que de sus jigantes creaciones han de hacer los pigmeos del arte de engañar: tienen vista de águila, y debieran tenerla de microscopio.

Puse por remate á este edificio de mis estudios algunas noticias y pasajes de los *Vedas* y del *Libro de los muertos*; añadí los horrores que en su infame libro refiere Teodoro Llorente, último secretario del Tribunal del Santo Oficio en España; el articula-

do de la celeberrima *Mónita secreta*, que se atribuye á la organización de la Compañía de Jesús; las ciento treinta y cinco notas del libro *Los jesuitas pintados por sí mismos*; y con todo este caudal de embustes y calumnias me eché á *apóstol* del librepensamiento y del espiritismo. Realmente, para semejante obra eran las mejores bases. Si yo hubiese sabido hasta dónde llegaba la gente con quien había de tropezar, no habría leído tanto; no obstante, más que dolerme de ello, me alegro haberlo hecho, porque siempre queda algo de estas cosas aprovechable, aunque lo que quede tenga sus visos de desengaño.

Por último : añadiendo á este estudio la experiencia corta, sí, pero exquisita, que tenía de lo que puede la voz que aturde por lo gruesa ó por lo incomprensible ó desconocido que expresa, me hallé en aptitud de obrar ; y sin más detenerme, comencé.

III

En Abril de aquel año, 1885, marché á Loja. Allí era conocido y podía ser secundado.

Efectivamente. En Loja hizo raíces el espiritismo hace más de veinte años, como consecuencia de la revolución de ideas que siguió á la política del 68 : la *gloriosa* envolvió en su rastro una gran parte de la población de España, ya de un modo ya de otro ; en aquella localidad se sintieron mucho más los trastornos, tal vez por darse la circunstancia de ser natural de ella D. Ramón M. Narváez ; y, de escalón en escalón, vino á quedar el espiritismo dominando en medio de otras ideas no menos libres y descabelladas.

Por lo que dije que allí nos ocurrió el 19 de Marzo, se podrá venir en conocimien-

to del entusiasmo con que fúí recibido : hiciéronme objeto de todos los agasajos y atenciones. Yo correspondía á tantas muestras de afecto prodigando sin tasa conferencias, en que me extendía profusamente sobre los fundamentos de la doctrina, y dando á cada paso comunicaciones, que eran el encanto de todos. — Aunque, como digo, reina de antiguo el espiritismo en Loja, los resultados obtenidos hasta entonces no valían gran cosa : más, desde aquella fecha, creció tanto el afán, que ha dado márgen en posteriores ocasiones á notables sucesos. Aumentó de un modo considerable el número de los adeptos ; se echaron las bases para organizar una sociedad de librepensadores ; y de soldados de cuartel, por decirlo así, logré hacer campeones esforzados para la lucha.

• Por aquella época, aún no había tenido lugar la conversión de Leo Taxil, aunque estaba próxima. En Barcelona se había establecido el Comité central de la Liga librepensadora anticlerical universal, á cuyo frente figuraba Bartolomé Gabarró, sacerdo-

te apóstata y concubinario, y traté de dar á conocer á todos las grandes ventajas que proporcionaría á nuestro fin afiliarse á la Liga. Hiciéronse al efecto las gestiones necesarias, que fueron facilísimas, puesto que yo estaba ya en relación con Gabarró y su gente ; mas con todo, hasta Abril del 86 no se constituyó definitivamente la sociedad librepensadora anticlerical en Loja.

Allí me detuve pocos días, porque mi objeto principal era llevar la semilla al terreno donde no existía. Me informé de los lugares que estaban en esta situación, y marché sin detenerme. Al considerar que había muchos pueblos que conservaban aún las *añejas preocupaciones* del catolicismo, no era dueño de mí. Me sentía movido por impulso extraño y poderoso, y partí.

No creo necesario dar detalles de estas romerías, tanto porque me haría interminable, cuanto porque, dicho lo acaecido en un punto, está dicho todo, con escasa diferencia. En general, sí debo hacer constar que en estas idas y venidas, todo lo sacrificué á la maldita causa que sustentaba: yo viajé

de día y de noche, á pie y á caballo, en todo género de vehículos utilizables, y nada perdonaba.

Ordinariamente, en cuantas poblaciones estuve no conocía de antemano á persona alguna; mas llevaba para ésta ó aquélla cartas ó recomendaciones, á veces nada más que el conocimiento de su nombre, y con esto sólo me presentaba á ellas. En otras ocasiones, fingía una comisión cualquiera, y á su sombra, indagaba quién ó quiénes sostenían las ideas liberales; una vez esto sabido, allá me iba á proponer reuniones y á alucinar tontos.

Tres ó cuatro días en cada localidad bastaban comúnmente para lograr el resultado que se buscaba. Y no era necesario más tiempo, á la verdad, para mover un océano de pasiones, ni conveniente al par, ya que en algunas de ellas las autoridades llegaron á tomar cartas en el asunto, viéndonos obligados á reunirnos en edificios situados fuera de las mismas poblaciones, y puestos al cuidado de vigilantes que avisasen el peligro, si lo llegaba á haber.

Siempre, sin excepción, estos trabajos eran seguidos de un completo triunfo: aquellas buenas gentes eran terreno muy abonado para que mis predicaciones fructificasen con rapidez y sin esfuerzo. De tal modo ocurrió así, que seis meses después de mi visita á algunos pueblos, dominaba el censo de los librepensadores al de los que permanecían fieles á la Religión. De este orden fueron los resultados de mi viaje. Cuando regresé á Granada, vi que ascendía el total de los afiliados de ambos sexos en las listas que hice de los que por mi causa lo fueron, á la enorme cifra de cuatro mil seiscientos once; y estoy seguro que este número no cesa de aumentar desgraciadamente, pues si bien algunos se entibian y flaquean, quedan firmes la mayor parte; y en cambio de los que se van, llegan nuevos elementos, que reparan su pérdida con exceso.

Es evidente que mi trabajo era grande. De una parte, estaba obligado á hablar á los grupos, cuidando siempre de presentarles las cuestiones de modo que pudiesen digerirlas; por otra, tenía que contestar, ya en

general, ya en particular, á las dudas de muchos ; estaba amenazado á cada instante por los efectos impertinentes de la gramática parda de otros ; había de animar á los descontentos y tímidos ; sostener numerosa correspondencia, y satisfacer y resolver las cuestiones que en ella me proponían, no sólo relativas á la doctrina, sino también á los procedimientos y conducta que habían de observar públicamente ; relacionarles con los grandes Centros de la impiedad, procurarles libros, y, en fin, otras mil cosas por el estilo, que me llevaban el tiempo, sin darme un solo punto de reposo.

De este modo, las provincias de Granada, Jaén, Córdoba y Málaga fueron mi campo de operaciones.

Por el pronto, estaba satisfecho ; no había creído yo al comenzar el viaje que pudiera alcanzar resultados tan lisonjeros, si bien después me he convencido de que, á haber sido mejor estudiada mi táctica, hubieran sido mayores. — Sea como quiera, sobraba para lo que por entonces apetecía : de cuantas poblaciones visité se dirigieron

cartas de adhesión á *Las Dominicales*, se protestó pública y privadamente contra la Religión católica, se realizaron actos civiles numerosos, y se hacía gran propaganda por todas partes, todo lo cual era más, mucho más, de lo que hubiera podido esperar.... ¡En aquel mes de Junio cumplí diez y nueve años, y apenas hacía ocho meses que me declaré partidario de la impiedad!



IV

Yo no estaba afiliado todavía á ningún partido político : sin embargo , el lector supondrá, y con razón, que si acaso daba á conocer alguna vez mis ideas en este sentido, nunca me manifesté amigo de la monarquía. En Alcalá Real fué donde me decidí á colocarme en las filas de los acaudillados por Ruiz Zorrilla.

Es tan digno de mención lo que allí ocurre, que no lo pasaré en silencio.

Alcalá tiene por término medio 16.000 habitantes. Hasta hace ocho ó diez años, apenas si se conocía alguno que otro individuo que se hubiese puesto en abierta oposición con la Iglesia ; de manera que, cuando así llegó á suceder, se promovió un grave conflicto.

Al principio, sólo tres personas se decla-

raron en público librepensadoras; pero era bastante. Se trataba de un profesor de Medicina, Miguel Ruiz Matas, muy acreditado y querido; Alejandro Moutón, escribano conocidísimo, y Germán Gonzalez, médico primero de Sanidad Militar.

Al reunirse estos tres elementos, constituyeron una fuerza poderosa. Ruiz Matas de talento é ingenio notables, es la actividad personificada; Moutón es un anciano, tipo de la bondad y la paciencia; González es un ejemplo vivo de la fogosidad y el entusiasmo. Me es forzoso decir que todos tres tienen un corazón de oro, y que he conocido pocos hombres tan apreciables como ellos.

No tardaron mucho en reunir en torno suyo otros sujetos decididos, y sin pérdida de tiempo fundaron una revista quincenal espiritista, que titularon *La Luz del Cristianismo*. La tempestad que despertó esta publicación fué grande: el Ilmo. Sr. Obispo de Jaén lanzó sobre ella una excomunión, y este fué el punto de partida de las grandes luchas, y, lo que es más sensible, de las grandes victorias. Los librepensadores fue-

ron censurados, sirvieron de mofa hasta á los chicuelos vagabundos de la ciudad, estuvieron á pique de ser víctimas del excesivo celo de algunos, que intentaron en varias ocasiones asesinarlos, y sus casas fueron apedreadas.—Aún no hace mucho tiempo que ocurrió lo que relato : todos viven, y ni los de uno ni los de otro bando me dejarán mentir.

A tales muestras de escándalo y animosidad, ellos contestaron con el silencio y con la práctica metódica de los principios que se habían propuesto desenvolver : á los tres años dominaban la población, y hoy, como desde el año 85, Alcalá está moralmente regida por el librepensamiento!

Dos hechos citaré tan sólo en apoyo de esta afirmación.

Pocos días antes del 11 de Febrero del año 1886 me invitaron para que con ellos celebrase una fiesta que disponían en conmemoración del XIII aniversario de la proclamación de la república en España. El día señalado, acudieron algunos amigos políticos de otras poblaciones y lugares cercanos:

contábase con el permiso de las autoridades locales, y se había proyectado un banquete en el salón más espacioso del Círculo de librepensadores.—Pues bien : á las diez de la mañana del mismo día 11 de Febrero, fué preciso solicitar permiso del Alcalde para reunirnos en el cerro llamado de San Marcos, distante más de un kilómetro, porque no era posible que en ningún edificio de Alcalá cupiesen los que se habían congregado : ¡y en el cerro de San Marcos se reunieron á comer aquel día casi ochocientas personas! El banquete bajó á ser una comilona.

Al llegar el medio día, Germán González subió á un montón de piedras que se había dispuesto á modo de tribuna, y nos hizo un discurso furibundo; después subió otro, y otro, y no sé cuantos más, y todos vociferamos lo que nos fué posible en contra de la institución monárquica. En cualquiera otra ocasión, la más templada de nuestras frases nos hubiera abierto la puerta del presidio. Mas allí todo permaneció *en orden* : á última hora, ya terminada la reunión y cuando iba á disolverse, unos pocos de los

concurrentes organizaron algo así como una orquesta; y hasta que dentro de la ciudad comenzó á aglomerarse la gente á nuestro paso, bajamos del cerro siguiendo los animados aires de la *Marsellesa* y el *Himno de Riego*.

Al fin la manifestación aquella se terminó con algunos gritos más ó menos subversivos, y en el ánimo de todos quedó el convencimiento íntimo de que la república y el librepensamiento habían tomado carta de naturaleza, *por derecho propio*, en la población.

El otro hecho tuvo lugar pocos días después del referido : el 5 de Marzo.

En la madrugada de este día murió, fuera del seno de la Iglesia, uno de los principales miembros de aquel grupo, orador de la Logia allí establecida, señor de edad muy avanzada, con hijos casados civilmente y nietos no bautizados. Como se puede suponer, tratamos de que no fuese inhumado en el cementerio católico : mas, tropezábase con la dificultad de que no había otro en la población. Entonces, Ruiz Matas, médico

forense que era á la sazón, hizo saber al Alcalde su propósito de que las prescripciones legales dictadas para estos casos se cumpliesen severamente en todas sus partes ; para lo cual, si no había cementerio civil, y siendo, como había sido, voluntad expresa del finado que no parasen sus restos entre los de los católicos, se vería precisado á conducir el cadáver al cementerio neutro más próximo que hubiese, pues no podía permitir ni que se contrariase el deseo del individuo, siendo él uno de sus albaceas, ni que estuviese sin sepultar después de las veinticuatro horas del fallecimiento, dado el carácter oficial que por su facultad poseía.

El resultado de esta declaración fué inmediato : en una finca de que era dueño el mismo Alcalde, se demarcó el terreno para el cementerio que se pedía, y se enterró el cadáver, que ya tiene junto á sí otros muchos desde entonces.

Apuntaré que el ataúd ostentaba algunos signos y emblemas masónicos ; que, bien por gusto, bien por curiosidad, acompañaron al cadáver más de seiscientas

personas, y que hicimos, antes de darle sepultura, algunos discursos.

Ninguna religión intervino para nada en aquel acto. La viuda é hijos del difunto, durante la conducción del cadáver, repartieron dos mil panes á los pobres de la ciudad que fueron á la casa.

Basta, á mi juicio, para demostrar la preponderancia del librepensamiento y el espiritismo en Alcalá, el relato que acabo de hacer de estos dos hechos.

El descaro con que sus partidarios y sostenedores obran, es inaudito : González construyó una casa de campo no muy apartada del pueblo; en el frente que da á la carretera, principal vía que une á Alcalá con la capital de la provincia , mandó pintar, y se pintaron, los símbolos más significativos de la Masonería. ¿Qué más se puede pedir?

*Bien pueden estar, como están, orgullosos de su obra. Cuantas protestas y clamores se han levantado contra ellos, han sido ineficaces. Bien es verdad que su vida pública y privada les defiende, atendiendo al concepto que de ellas hace el mundo.

V

En la gran agrupación librepensadora caben los secuaces más ó menos ilustrados de todos los sistemas filosóficos: es la Babilonia de los desesperados y de los ambiciosos; el gran bazar de las conciencias anchas.

Sé de muy pocos católicos que al abandonar su religión hayan ido á engrosar las huestes de las sectas protestantes cristianas: en cambio, con lamentable frecuencia se les ve dejar su religión para alistarse en las filas del librepensamiento. Y no es realmente que adviertan en aquélla deficiencias ni modificaciones que á dar este paso les obliguen, no; el cristianismo puro es siempre igual: lo que cambia y se modifica es la ambición, la soberbia de las criaturas.

Basta, á veces, un ligero rozamiento

entre el penitente apasionado y el confesor estrecho, para que al punto, aquél se determine á enviar su cartita de adhesión al eje de la máquina, *Las Dominicales*: está en moda este género de correspondencia.

Sin embargo, he podido advertir que, las personas que de antiguo pertenecen á una escuela determinada y parecen firmes en sus ideas, hacen poco caso de este movimiento contrario á la Iglesia. Creo que no dan valor al hecho, y hacen bien.

Los librepensadores, que á primera vista tanto abundan en España, no se conocen con facilidad: son un montón.

Al decir que no se conocen, no quiero expresar que no se puedan conocer: no se sabe cuántos miles de ellos hay, por eso digo, que son un montón. En todo el país, los que pueden llamarse así con fundamento, acaso excedan poco en número á los dedos de las manos.

Porque, ¿cómo se hace un librepensador?—Un carácter frívolo; algo de lectura y escritura arropado con el conocimiento de que ha existido la Inquisición, y de que en

el siglo pasado tuvo lugar la Revolución francesa; vestigios de republicanismo, ya que bajo el dominio de la República se han llevado á efecto mil bárbaros desmanes contra la Iglesia y las Ordenes religiosas; un poco de cinismo recogido al leer en cualquier libro una cita de Voltaire; mucho odio al culto y al clero, y cuando más, alguna carta de Chies, Nakens ó F. Lozano, obtenida después de muchas impertinencias....; nada más. ¿Os extraña el boceto? Pues quizá haya dicho algo que también les falte: con todo, se tienen por sabios y llaman á boca llena *ignorantes* á cuantos no piensan como ellos. No creo ofenderles si les devuelvo el calificativo, antes al contrario, á la inmensa mayoría haga grande justicia. De cada ciento, los noventa y cinco, tal vez, no saben ni aun los rudimentos de ciencias, literatura ó historia que alcanza un chico de la más humilde escuela; y, sin temor ninguno, desafío desde ahora á uno y á todos, á que prueben lo contrario. Y esta crasísimas ignorancia los ciega y ensoberbece hasta el punto de hacerles blasfemar lo más

sagrado:—«¡Yo, adorar una imagen tallada en madera ó pintada en un lienzo! ¡Dar un real para sostener al Papa, cuyo palacio es el asombro del mundo! ¡Doblar la rodilla ante otro hombre! ¡Tenerle por infalible, siendo un hombre como yo! ¡Crear lo que no puedo abarcar con el entendimiento!..... ¡Imposible! ¡Eso es absurdo! ¿Para qué tengo la razón?» Esta es la constante cantinela que se escucha en los Círculos y en las conversaciones de los librepensadores.

Algunos van más allá, sobre todo, si creen la existencia de Dios; porque, aunque parezca paradójico, algunos de ellos creen en Dios (!).

—«Supongamos—dicen—que un amigo, á quien debo mil atenciones, me regala un reloj de oro; yo, en vez de usarlo cuidadosamente, lo arrojo lejos de mí con desprecio, ó lo encierro en el más oscuro rincón de casa....; luego mi amigo debe ofenderse, debe sentirse indignado contra mí. Ahora bien: Dios al crearme, entre otros dones, me dió la razón, que me ha de servir para

regir y ordenar mi vida; si de ella hago caso omiso, y pienso y creo, y obro sin analizarlo cuanto me dice la Iglesia, *que se tiene* por infalible, el más insignificante de sus preceptos que sea, dejo de hacer uso de mi razón; luego Dios debe ofenderse é indignarse, porque desdeño el don más precioso con que me quiso adornar.....» ¡Lógica librepensadora! Está muy en boga este ejemplo, que puso Ibarreta en su libro *La Religión al alcance de todos*.

Para gentes sin fe, sin virtud y sin Dios; para gentes, cuyo freno no rebasa jamás los límites del capricho, de la imaginación ó del entendimiento, está bien: así lo utilizan y así obran. No he de censurarlo yo: mas nadie me puede impedir que lamente con todo mi corazón el tristísimo estado de los que así viven. ¿Entienden ellos mismos lo que hacen? ¿Saben lo que dicen? No. Pero, no importa. Siguen diciendo y obrando sin fundamento; siguen alborotando contra la Religión católica, y esto les basta para atraerse las miradas de un vulgo más ignorante todavía, y los aplausos de las turbas

maliciosas.—En vuestros juicios, ¡oh, libre-pensadores de todas clases!, en vuestras palabras, en vuestros procedimientos, no hay una sola apreciación exacta, ni un solo principio racional: vuestros gritos levantan mucho estrépito, pero no dicen ni enseñan más que el imposible y su hija natural la mentira. Cierto es que no sabéis por qué ni con qué fin lo hacéis; pero, entonces, es decir, cuando se ignora, los hombres honrados callan, para no exponerse á mentir. Cuando, pues, vosotros ignorando, habláis para injuriar, yo, que no ignoro lo que sois, os justifico diciéndoos una vez por todas la verdad.

De este tenor son los demás fundamentos en que hacen hincapié más de cuatro para saltar del campo del Catolicismo. En el libro de Ibarreta otras veces citado, hallan muchos un argumento, que tienen por inexpugnable: trata, en cierto lugar, de los atributos que la Iglesia católica reconoce y confiesa como exclusivos de Dios, y al hablar de la omnipotencia, la combate con el razonamiento siguiente: tendríais por todo-

poderoso á un Señor cuya voluntad, ya tácita, ya expresa, en todo y en todas partes se cumpliese ; así juzgan los católicos de su Dios, á quien suponen omnipotente : sin embargo , si al pasar el Viático por la calle yo no quiero descubrirme ó arrodillarme, no lo hago ; con lo cual resulta que el omnímodo poder del Dios del Catolicismo, se estrella contra la oposición de un simple deseo de mi voluntad : luego esa omnipotencia no existe : luego ese Dios no existe, ya que carece de ese carácter tan propio y tan exclusivo de la divinidad.—¡No se puede dar mayor absurdo, si es que lo absurdo puede ser mayor y menor!—Ved un hombre que con sus palabras de ahora destruye lo que dijo antes, y lo que dirá después; porque, en efecto : ¿el hombre es libre, ó no es libre? ¿Tiene ó no tiene libre albedrío? ¿Tiene ó no tiene voluntad?—Si su albedrío, si su voluntad, en ningún caso y de ningún modo pudieran resistir á la omnipotencia divina, caeríamos en el más grosero fatalismo, seríamos máquinas.... Y, esto es lo que se desprende de una omnipotencia

comprendida bajo el aspecto que la quiere presentar uno de los más furibundos enemigos del Dios omnipotente, y que se llama y es tenido por *librepensador*.

¡Qué horrible contrasentido! ¡Lo imposible, divinizado; el error, en la cátedra; lo irracional, lo ilógico, lo absurdo, en fin, puestos en el trono desde donde se rigen los destinos de la creación!

¡Oh, siglo XIX! ¡Has recogido los despojos insolentes de la sabiduría de tu antecesor, y los has vestido con ropas de carnaval! ¡Qué vergüenza!

Con frecuencia los librepensadores echan mano á un libro titulado *Dios ante el sentido común*, que algún loco escribió con el pseudónimo de Juan Meslier; digo loco, porque en juicio sano no cabe idear un título como el que el libro lleva: «Dios ante el sentido común.» Es decir: vamos á analizar la luz del sol, y para disipar la obscuridad de nuestras pupilas, cegadas por tan gran foco luminoso, nos auxiliaremos con la mecha encendida de un candil de hierro. —Sea esto bastante para tener idea de tal

libro, en donde, si es cierto que se ve á Dios víctima del furor que trata de destruirle, el sentido común que era de esperar, no aparece por ninguna de sus hojas.

VI

Cuanto llevo dicho no obsta para que los librepensadores se tengan por muy satisfechos y convencidos de la verdad de sus principios ; y respecto de los espiritistas, no hay que decir : no tanto se marca en todos, sean de la fracción que sean, el convencimiento mayor ó menor de sus ideas, cuanto la seguridad de que el Catolicismo es la suma de todos los errores y de todos los imposibles. — De mí se decir que, aun en los momentos en que me veía asaltado por dudas, que no dejó de suceder alguna vez, era incapaz de aceptar, siquiera en hipótesis, la posibilidad de que la Religión católica tuviese el más ligero viso de verdad.

Recuerdo que cuando fui á Baza por última vez, en Febrero del 89, para asistir á una velada fúnebre que celebraban los re-

publicanos con motivo del fallecimiento del brigadier D. Manuel Villacampa, ocurrido en el presidio de Melilla el 12 del mismo mes, asistí á otra reunión que tuvo lugar algunos días después en el mismo Círculo Republicano, y en ella repetí por centésima vez en mi vida lo que siempre me conquistaba entre aquellos hombres el aplauso y la estimación más delirantes; yo decía, pues, así que me había esforzado en echar sobre la Religión toda la rabiosa baba de mi soberbia:—«Si yo algún día tuviese la debilidad, ó cometiese la torpeza de ir á formar entre los que siguen cualesquiera de las llamadas *religiones positivas*, tened entendido que jamás llegaría á las puertas de la Católica Apostólica Romana: antes me haría mahometano, judío, ó cualquier cosa, que católico».... ¡Seis meses después de esto, hice los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio!

Ya me parece que os oigo decir, al leer lo que precede:—«¡Traidor! No todos somos iguales á tí.»—Es muy cierto: no hay muchos que tengan la suerte de ser movi-

dos como yo lo fui por la divina gracia al arrepentimiento, y sobre esto, no todos tienen valor para decir, como yo digo, que hice tales Ejercicios. Después de alardear mil obscenidades impías; después de gritar muy fuerte en los clubs y en las Logias; después de vomitar mil suciedades contra la Iglesia, á veces falta el ánimo para murmurar un ¡perdón!, ó para confesar que estuvimos equivocados.

Este es el secreto.

El ejemplo de San Agustín cunde poco; quizá porque no hay dos docenas de librepensadores que sepan lo que fué, y lo que sucedió á San Agustín. Cuando más, conocen como caso de conversión singular la de Leo Taxil, y eso porque hasta muy poco antes dió Taxil grandes escándalos con su propaganda anticlerical.

La equidad de estas gentes llega á conservar las publicaciones del Taxil condenado, mas no á conocer uno solo de sus escritos publicados después de la conversión; algunos, la mayor parte, ignoran hasta que ha existido Taxil en sus días. Por eso no

extraña que tampoco sepan que Paúl Feval ha escrito más que algunos folletines graciosos; alaban la ocurrencia de San Ignacio de Loyola al fundar la Compañía de Jesús, porque da mucha carne de jesuíta que morder y destrozar, y están enterados de que existieron Clemente XIV y Carlos III. ¿Para qué más? El nombre de Pío VII no resuena en sus labios. Por lo demás, rinden culto á la diosa Justicia.

Triste es decirlo, pero en todo caso la verdad se impone; el espectáculo que ofrece España bajo la dirección de estos partidarios de doctrinas insensatas, desgarrar el alma. Se ha creado en nuestra nación por esta gente liberal una situación violenta y ficticia con sólo echar á volar entre las masas del pueblo unas pocas palabras que nada real expresan; todo es un clamoreo sin objeto determinado; arrebatos de las pasiones encendidas por el libertinaje; voces que piden sin tregua libertad y justicia, mientras la una y la otra son pisoteadas por las turbas, ébrias de furor. Yo no lo entiendo; la contradicción es la norma de mis conciuda-

danos; ellos piden libertad para pensar, para creer, y para obrar; y es lo cierto que háyansela dado ó no, piensan, creen y obran á su antojo; entretanto, ejercen la intransigencia más absoluta y bestial contra el Catolicismo, y en sus conciliábulos condenan como criminal al que abandona el estúpido espantajo de sus ceremonias y deserta de su escandalosa compañía: mas ésta es mi justificación; quien sepa cuál es la vida de estos hombres libres, tendrá por gloria padecer ante ellos como culpado, ya que es verdadero delito ser alabado por tales jueces como inocente.

Acaso no tarde mucho en sobrevenir la catástrofe, porque la catástrofe es inevitable; y entonces, cuando se vean las calles invadidas por el pueblo hambriento y desesperado; cuando los que imprimieron en la mente de esos grupos extraviados ideas de ambición absurda y de venganza feroz; cuando los vean arrollar, y hundir, y saquear, y quemar, y destruir todo lo que se oponga á su ansia brutal, se espantarán de su obra, y se arrepentirán de su delirio; pero

será tarde; en esa ocasión no habrá más salida que la que dé al alma el hacha del verdugo suspendida sobre el cuello, ó el puñal del asesino que amenaza al corazón!

VII

Comenzó el cólera á hacer numerosas víctimas por Junio de 1885.

Distribuyóse el servicio facultativo en Granada por parroquias, y yo fuí destinado por el Municipio á prestar servicios en la de la Magdalena primero, y en las de San Gil y San Pedro después. En esta última permanecí hasta el 23 de Septiembre, y en su Junta de Sanidad logré introducir varios miembros del Centro espiritista y de mi Logia, que no desperdiciaron la oportunidad de hacer gran propaganda, mezclada con algunas obras de caridad.

Á fines de Septiembre marché á Jaén, donde la epidemia hacía rápidos progresos, y allí serví primero bajo las inmediatas órdenes de la sociedad de *Amigos de los Pobres*,

constituida por la Masonería, y más tarde bajo las de las autoridades gubernativa y municipal.

La popularidad alcanzada con motivo de aquellos tristes sucesos, fué un auxiliar poderoso de que me valí para extender cada día, por entre montones de gente ignorante y bulliciosa, las ideas del espiritismo, y siempre hallaba la tierra en sazón.

Empero las diversas y encontradas vicisitudes porque en aquel tiempo atravesaron mis propios y particulares asuntos, no permitían que me extendiese por otros lugares siguiendo la propaganda. Redújeme, después de terminar la epidemia, á visitar en breves días algunos de los puntos conocidos, y con gran satisfacción los vi engolfados en la práctica de las enseñanzas que les predicara : érame de grande y á la par grata sorpresa, ver que sin cesar aumentaba el número de los adeptos, y que nada era capaz de hacer cejar en su empeño á aquellos fieles campeones.

Así medió el año 1886. Mis operaciones hasta aquella fecha sólo habían alcanzado á

las provincias de Granada, Córdoba, Jaén y Málaga, y aunque comprendía la utilidad que para el desarrollo y propagación del espiritismo podían reportar nuevas excursiones, bien solo ó con algún amigo que compartiese tan penosas tareas, es lo cierto que me sentía cansado y me fatigaba pensar en proseguir una obra que, aun en aquel tiempo, me espantaba. Por otra parte, como ya he dicho, mis negocios reclamaban más atención, por lo cual me decidí á abandonar un género de vida tan molesto.

Entonces marché á Madrid.

Madrid es el gran centro donde se fabrican religiones y sistemas filosóficos y políticos que el correo se encarga de repartir por toda la Península y por las posesiones ultramarinas : allí hubiera podido hacer mi agosto , como decirse suele , cooperando á la confección de los *grandes ideales que han de regenerar al hombre* , que á tanto decir llega la enfática altanería y hueca petulancia de nuestros pensadores. Me limité á afiliarme á una Logia , á asistir á las reuniones de la Sociedad Espiritista Es-

pañola, y á presentarme á los prohombres del librepensamiento.

El modo cómo trabé relaciones personales con Ramón Chies, es curioso. Ya he dicho que, una vez propuesto á obtener un fin, nada me detiene: cuando quise conocer al director de *Las Dominicales*, viendo que nadie me podía poner en relaciones con él, fuí directamente á la redacción del periódico. Eran las seis de la tarde próximamente, y al yo llamar á la puerta, Chies la abría para salir.

—¿Don Ramón Chies?—pregunté sin figurarme quien era.

—Servidor de V.—me dijo.

Yo quedé cortado un punto, porque, á la verdad, ¿qué quería con él?

—Si me permite V. hablarle algunos instantes....—dije balbuceando.

—Pase á mi despacho—repuso.

Chies comenzó á andar, y yo le seguí maquinalmente. No pensaba más sino en que era imprudente el paso que daba; pero, ya en él, tenía por precisión que seguir adelante. Cuando entramos en el despacho, me

hizo sentar; dominé mi emoción, y, resuelto á todo, le dije así:

—Ruego á V. que perdone, si es atrevido, este paso que doy al venir á distraerle: mi objeto no es otro que conocer á V. personalmente, y ofrecerme como su más seguro servidor; yo soy José Huertas, natural de Granada, y mi nombre le será conocido por haber firmado algunas cartas que se han enviado á esta Redacción.

Ó á Chies le cayó en gracia mi atrevimiento, ó un exceso de cortesía le movió á contestarme con agrado: sea de ello lo que quiera, es el fin que, desde aquel día, quedó establecida entre ambos una cordial amistad y franqueza; cuando nos separamos aquella primera vez que nos vimos, eran las nueve de la noche, y en tan largo tiempo le puse al corriente de la situación que nuestras ideas atravesaban por Andalucía. Sucesivamente conocí á Lozano (Demófilo), á Antonio García-Vao, que fué asesinado la tarde del 18 de Diciembre del mismo año; á los hermanos Nakens, propie-

tarios de *El Motín*, y á los demás corifeos de más ó menos bulto.

Pronto advertí, no obstante su natural amabilidad que, «una cosa es predicar y otra dar trigo»: digo esto, con motivo de las verdaderas decepciones que sufrí al conocer la discordia que reina entre las principales figuras de unos y otros bandos, á quienes suponía unidos por estrechos vínculos. Baste decir que cada cual se juzga una potencia, ante la que debe rendirse todo el mundo; y, si la soberbia fuera mérito, rendiríamos culto merecidísimo á más de cuatro personas muy populares entre los partidarios del liberalismo al uso.

Los principios políticos, las ideas religiosas y sociales son tantas, cuantos son los que de ellas se ocupan: sólo existe unidad en los fines de derrocar la Monarquía y acabar con la Iglesia.—La gente de postre-ras filas, el ejército de los ilusos, alaba á un figurón, teniéndole por buen filósofo, al otro buen político, al de allá notable polemista, al de acullá orador, á ese escritor juicioso, á esotro apóstol infatigable; pero

es porque ignora el secreto de su ciencia; si los ve de cerca, se desencanta: yo sé de muchos desencantados que me darán la razón.

A principios del 88 hablé con uno de tantos, á quien se aplaude de continuo en sus repetidas conferencias, con ocasión de haberle visto coordinar apuntes en el café de San Antonio de Madrid para un discurso que había de pronunciar dos horas después en el Fomento de las Artes.

—¿Así es como se prepara V.?—le pregunté.

—Y sobra, amigo—me dijo.—Voy á ocuparme de Antropología, y estoy seguro que saben poco de ello los que van á escucharme. Con citar una que otra vez á Darwin, á Molesschot, á Buchner; con referir alguna anécdota de Buffon ó traer á cuento tal cual historieta del Jardín Zoológico de Londres; con hablar de que el cráneo no es del mismo tamaño en todas las razas y hacer alguna alusión picante al Génesis si digo algo de Geología, tengo bastante para llenar una hora, que es lo que aguanta la paciencia del auditorio.

—Es V. atrevido,—le dije.

—¡Bah!—me contestó:—de poco se asusta V. Si añado á lo que le he dicho varios períodos muy altisonantes y pomposos, el triunfo es seguro. Ya leerá mañana los elogios que hace de mí la prensa.

En efecto : al día siguiente los diarios de la mañana le llamaban elocuente, sabio, erudito y una porción de cosas más.

Así ha llegado J. F. á ser conocido en poco más de seis años : una novela, un drama, dos ó tres juguetes cómicos, y muchos discursos y artículos religiosos y políticos, forman con mayor ó menor justicia (porque de todo hay en la botica), el pedestal de su gloria.

Como él hay muchos... Mas guardaré silencio, porque tal vez acabaría por plagiar la tan conocida fábula de la zorra...

VIII

Muy de capa caída va en Madrid el espiritismo. La *Sociedad Espiritista Española* tuvo su período brillante allá cuando la frecuentaba el general Bassols y otros personajes de importancia; pero, de algunos años á esta parte, todo se reduce á las sesiones de los lunes, en que se lee un trozo de tal ó cual libro que hay á mano, ó se hace un discursito por alguno de los miembros de la Sociedad.

No faltan entre sus asiduos concurrentes algunas personas de alta posición que han tratado de reanimarla; pero no lo han conseguido: los esfuerzos de la marquesa de Navarres; de Ferrari, coronel de Sanidad militar; de Álvarez, coronel de infantería; de Sellés, (Salvador) de Huelves Temprado, y de otros muchos que no cito por no alargarme, entre

los cuales hay militares, médicos, magistrados, títulos y demás, se han estrellado sin saber en dónde, y su esterilidad ha sido bien manifiesta. Esta sociedad tiene extensas relaciones en la nación y en países extranjeros, y publica una revista quincenal que titula : *El Criterio Espiritista*. Porque, ¿quién no tiene hoy un periódico?—Cierto es que —al menos cuando yo lo conocí— Miranda lo dirige, Miranda lo escribe, y Miranda lo lee ; pero fuera de España, y aun en las provincias, el periódico es siempre el periódico ; es decir, el *órgano* con que sueñan los espiritistas madrileños. No quiero decir que haya en Madrid pocos espiritistas ; hay muchos : pero son espiritistas *sui generis*, que nunca logran entenderse ; andan repartidos, en sus peculiares ocupaciones, y sin cuidarse gran cosa de la doctrina ; cuando más, se reúnen *en familia*.

Con mi llegada recibió algún impulso la idea, puesto que llevaba preparado un *batallón* de espíritus para dar comunicaciones : pronto pasó la impresión primera, y todo volvió al mismo ser y estado que an-

teriormente. Sin embargo, yo no permanecía ocioso : en el último trimestre del año 86, me ocupé en coleccionar algunas de mis notas, y publiqué un extenso folleto tratando el espiritismo bajo el punto de vista científico, en cuanto el asunto lo permite. Este trabajo fué causa de largas y reñidas disputas, y aun de desavenencias, porque algunos suponían, nada menos, que yo quería reformar la teoría de Allan-Kardec.

Adelanté bastante, sin embargo, un estudio comentando las *Obras fundamentales*, y otro de recopilación de textos de la Escritura Sagrada, que podrían, en una ú otra forma, servirme para lanzar un montón de diatribas contra la Iglesia católica : ambas cosas han ido al fuego sin concluir.

En estos últimos tiempos, el espiritismo me causaba empacho. Huía las ocasiones de asistir á los Centros, no por virtud seguramente, sino porque me había cansado de seguir adelante tanto manejo de titiritero : ya no tenía paciencia para estudiar bobadas que relatar después, y el tiempo me hacía falta para trabajos más serios.

Esta determinación me ha proporcionado algunos disgustos, y el resentimiento de muchas personas, dolidas de mi flojedad: por entonces, no podía declarar la causa de mi indiferencia, ni atender á la satisfacción de sus instancias con el mismo afán que en otras épocas. De semejante situación hubiera sido consecuencia necesaria un rompimiento, á no haberse modificado mi manera de pensar.

Bueno es hacer notar que, si á primera vista parece como que iba cediendo en mis ímpetus, no sucedía así realmente: pero, aleccionado por la experiencia, gastaba menos pólvora en salvas y me preparaba para más serios combates. Á buen seguro que los mismos que empezaban á censurar mi frialdad se hubieran holgado después con mis nuevas obras: yo quería proporcionarme un golpe de efecto con aquel aparente silencio. Con esta conducta, aunque no fuese más, se me discutía: después llegarían mis libros, llenos de veneno antirreligioso, y al exaltar los ánimos de unos y otros, los de acá y los de allá me

empujarían hacia arriba; me hacía la cuenta de que, como dicen, á Roma se va por todos los caminos, y tomé el que me pareció más conveniente: y en verdad que, sin sospecharlo, á Roma me ha traído, aunque no como yo pretendía.

Para terminar cuanto he de decir del espiritismo, expondré cómo se halla en España en la actualidad.

En general, apenas nadie que no sea de la comunión se ocupa de él. Las regiones donde cuenta más número de adeptos son Andalucía, Cataluña, Valencia y una buena parte de Aragón: en las provincias del Norte y en Extremadura, aunque no son raros, pero no abundan tanto estos descendientes putativos de los convulsionarios de Saint-Medard y de Mesmer: en ambas Castillas hay bastantes, pero no son tan decididos como los demás.

En lo que hace á lo substancial de la creencia, los libros de Allan-Kardec sirven de base, aunque no todos les dan la misma interpretación: entre los espiritistas, unos hay que cultivan la parte que pudiéramos

llamar moral de la doctrina, y se ayudan en sus tareas de los libros *Roma y el Evangelio*, *Nicodemo*, *Marietta*, etc.; otros, la parte científica, utilizando *La pluralidad de existencias del alma*, de Pezzani; *Jesús y la Religión de la razón*, de Uranga; los *Diálogos* sobre el espiritismo y el materialismo, de Soriano, etc.; por último, otros, la parte práctica, apoyándose en lo que dicen *El libro de los Espíritus*, *El libro de los Mediums* y *El Espiritismo en la Biblia*, que toman de las obras fundamentales de Kardec.

Tanta diversidad de pareceres, pone bien de manifiesto el desacuerdo que reina entre los sectarios del espiritismo, y que se reconoce apenas se visitan media docena de Centros. Mas, á pesar de todo, el espiritismo vivirá mucho todavía: porque aunque, como un adagio dice: «Ya murió la madre de los tontos», sus hijos vivirán casi tanto como el mundo.



ENTRE EL COMPÁS Y LA ESCUADRA



I

Voy á ocuparme de la Masonería.

Como advertí al comenzar este libro, no trato aquí de revelar uno por uno los que se han llamado *secretos* del masonismo; porque, aparte de que la índole de mi trabajo no permite la extensión que reclamarían esas cosas tan dilatadas, hay publicadas obras varias en que, con gran exactitud, se describe, aunque falta mucho por decir, lo que ocurre en el seno de la Orden.

Ya creo haber dicho que ingresé en ella la noche del 24 de Febrero de 1885; y con

tanta ventaja, que en breve tiempo logré la confianza de la Logia. Hiciéronme á los pocos días secretario adjunto ó suplente, y actué como si lo fuese en propiedad por ausencia del que desempeñaba el cargo; tuve, pues, necesidad de instruirme bien de mis deberes, con lo que pronto vine á estar, como por fuerza al nivel de los que manejaban aquella que parecía complicada máquina. El archivo de la Logia, que me encargaron ordenar, estaba revuelto, lo mismo que los demás asuntos que la pertenecían, por virtud de los disturbios ocasionados con motivo de un desfalco de 3.500 pesetas habido en el tesoro.

Este suceso había determinado largas discusiones, y como consecuencia, se impuso una grave excisión; á tal punto llegaron las animosidades, que poco faltó una noche para que, con pretexto de la renovación de cargos ó elecciones, que se hacen en Diciembre todos los años, anduviesen *fraternamente* á tiros aquellos caballeros. Yo no había conocido aún la Orden cuando esto ocurrió, pero hago mención de ello, porque

aún estaba la cuestión sobre el tapete cuando fué iniciado.

Diré cuatro palabras de mi iniciación, que fué sencillísima.

Teníamos constituida una tertulia varios espiritistas en el café Suizo en Granada, y entre ellos había algunos masones. Indiqué alguna vez en general mi deseo de ser uno de tantos, pero ni una sola hablamos concretamente del asunto. A mi vuelta del viaje que emprendí cuando los terremotos del 84, venía decidido á hacerme masón, y lo manifesté á mis amigos: me contestaron con alguna vaguedad, y así permaneció todo, por estar yo embebido casi enteramente en el estudio del espiritismo. Un día, en que paseaba con uno de ellos, me entregó un papel impreso, advirtiéndome que lo leyese despacio y que por la noche le diese cuenta del juicio formado de tal lectura: hícelo así, y me pareció muy bien; se trataba de la promesa que todo el que se inicia subscribe con su nombre cuando está en la *Cámara de reflexiones*.

En esta situación las cosas, y después de

haber tomado nota de mi edad, estado y demás circunstancias personales, la noche del 24 de Febrero advertí que al separarse de la tertulia los que de ordinario lo hacían cuando tenían sus reuniones, quedó uno de ellos con nosotros; no reparé gran cosa en esto, pero á poco tiempo transcurrido, me dijo:

—¿Quiere V. que demos un paseo?

—Como V. quiera,—contesté.

Salimos, y fuimos andando indiferentemente de una en otra calle, hasta llegar á una plazoleta obscura y solitaria que hay á la espalda de la catedral, y donde está la entrada pública á la capilla llamada de los Reyes Católicos. Lo que más lejos estaba de mí era pensar que se tratase de llevarme á la Masonería, por lo que, cuando mi amigo me indicó que iba á ponerme unas gafas opacas, quedé sobrecogido de espanto; mas, como la impresión fué tan violenta é inesperada, yo permanecí en silencio, lo que él tomó, sin duda, por inequívoca señal de asentimiento: púsome las gafas, que impedían por completo el paso á la luz, y asién-

dome de un brazo, me hizo caminar en direcciones encontradas. Después me sentí solo; á poco me tornaron á coger, á soltar de nuevo, á asirme otra vez, y por último, habiendo perdido la idea del lugar en que estaba, sentí que penetrábamos mi incógnito guiador y yo en una casa. Subí y bajé escaleras, atravesé patios, habitaciones, corredores, y al fin me dejaron sentado, avisándome que cuando oyese golpear una puerta junto á mí, me quitase las gafas. Cuando sonaron los golpes me descubrí, y encontréme en una habitación que apenas tendría tres metros cuadrados de extensión, cubiertas sus paredes de paños negros, y, sobre éstos escritos varios, emblemas masonicos, calaveras, un esqueleto, un ataúd sobre una mesa, y en otra pequeña de forma triangular, tintero, plumas, papel y un reloj de arena. Del techo colgaba una lámpara parecida á las que se colocan en las tumbas de los cementerios, y su luz apenas permitía descubrir los objetos.

Me hallaba en la *Cámara de reflexiones*. Entonces no sabía su nombre, ni para qué

servía, y considerando que el paso en que me hallaba era apurado, más que de reflexionar, traté de reponerme del susto; encendí un cigarro y me senté: en último término, hube de reflexionar, porque mi permanencia en aquella habitación se prolongó más de una hora, durante la cual fui molestado con ruidos extraños, voces lejanas, golpes, choque de espadas y otros. Repuesto del miedo, tomé los papeles que había sobre la mesa, y los leí: eran la *promesa* análoga á la que algunos días antes me habían hecho conocer, y el testamento; en éste se han de escribir algunos conceptós, por donde se viene en conocimiento del modo de pensar del candidato, y que forzosamente marcan, con las ampliaciones que más tarde se hacen, la línea de conducta que con él han de observar, y la que le barán seguir. Para mayor claridad, pongo un modelo :

TESTAMENTO

Nombre.....

Edad.....

Patria.....

Estado.....

Profesión.....

Religión.....

¿Qué debe el hombre á Dios?

¿Qué se debe á sí mismo?

¿Qué debe á sus semejantes?

Lo importante de este documento está en la contestación que se dé á las tres preguntas encerradas en el triángulo: porque, ordinariamente, aunque se tienen muchas noticias de lo que es la Masonería, la contradicción de pareceres reinantes pone en apuro al pretendiente que tiene que decidirse. Yo me limité á poner algunas ideas abstractas que dejasen el camino fácil para echar por uno ú otro lado, según las circunstancias. El otro papel lo suscribí sin prevenciones, puesto que el todo se reduce á *prometer* libre y espontáneamente y sin coacción alguna, guardar los estatutos, constituciones y reglamentos de la Orden, defender á los hermanos, aun con manifiesto peligro de la vida, siempre que nada padezca en ello la justicia, y socorrerlos en cuanto pueda, si tienen necesidades materiales. Como se ve, el primer paso no es comprometido: no obstante, la fórmula concluye de este modo: «y preferiré que se me corte el cuello, antes que faltar á la promesa que acabo de hacer.»

Había transcurrido más de una hora

desde que me dejaron solo : al cabo se presentó un hombre cubierto con una hopa negra y un capuchón que le cubría la cara; llevaba una enorme espada en la mano derecha, y en la izquierda un cajoncillo, donde me hizo depositar el dinero, armas y objetos metálicos que tenía sobre mí; con estos despojos y los papeles se marchó, para volver á los diez minutos. Me puso de nuevo las gafas, me ofreció un refresco, que no acepté, y por fin me invitó á seguirle. Caminé, guiado por el desconocido, atravesando nuevamente una porción de lugares diversos, hasta que al fin llegamos al salón de la Logia, llamada *templo* en el simbolismo masónico. Después de una larga serie de ceremonias, que por entonces no veía, y de hacerme numerosas preguntas, todas conducentes á conocer el fondo del alma, y de advertirme que la Asociación estaba excomulgada por muchos Sumos Pontífices, á lo que contesté tan sólo que «nada me daba ni me quitaba en ello la Masonería, porque yo también estaba excomulgado»; después de esto, digo, se me dió *la luz* : es decir, se

me quitaron las gafas opacas y me vi rodeado de espadas, que tenían en la mano algunos miembros del *Taller*. Así que pasó la impresión primera que causan, ya la emoción, ya las luces que hay repartidas por la sala, me trasladaron al *Oriente*, presté la promesa y juramento de ritual, análogos á lo que había firmado antes, y concluí por sentarme al lado del Ven. . Maest. ., honor que se dispensa á todos los iniciados. El orador de la Logia hizo un discurso á propósito del acto, tomé el nombre de guerra ó simbólico, y acabada la *tenida* «con los signos y baterías de costumbre, nos retiramos los Obreros contentos y satisfechos». Concluída la reunión me instruyeron en los signos, toques, marcha y demás zarandajas del gr. . 1.º, y me fui á casa reventando de gozo. ¡Ya era masón! Es decir, ya estaba ligado á una Sociedad secreta, donde sólo caben hombres de gran corazón, valientes y decididos á todo.... ¿Seré yo valiente? Porque, la verdad es—me decía—que yo no advierto en mí valor, ni esas tremendas cualidades que se exigen á un masón.... En fin,

ellos sabrán lo que se hacen.... ¡Ya soy masón!

No me pareció la cosa tan mala como algunos la ponían ; por lo menos me habían tratado con mucha cortesía, y si es verdad que me hicieron preguntas de tal género, que me obligaron, sin yo poderlo remediar, á poner en claro hasta los secretos más profundos de mi alma, no pasaron á amedrentarme con ideas de asesinato, regicidio y otras.... Nada : los que atacan la Masonería, no saben lo que se dicen.... ¡Ya soy masón!

Bien pronto, sin embargo, conocí íntimamente la idea fundamental del Masonismo ; de ella me ocuparé dentro de poco, aunque, como ya he indicado, no me extenderé mucho en ello. Mas, quiero antes hacer un ligero bosquejo de la situación de la Masonería en España, que tal vez no será del todo inútil.

II

Las logias que existían en Granada en el tiempo que yo me inicié eran: *Lux in excelsis*, número 7; *Alianza*, número 159; *Hijos de la Luz*¹, y *Numancia*, número 202, del Oriente llamado de España; la *Alianza* de 1817, número 112, y *Beni-Garnata*, número 170, del Or.: nacional de España. Yo fui iniciado en la *Alianza*, número 159, y como decidido espiritista que era entonces, tomé por nombre simbólico Allan Kardec; diré algo de cada uno de estos *talleres*.

Todavía, cuando yo ingresé, se hacía sentir en mi Logia el efecto de la travesura de los 14.000 reales de que hice aprecio, y

¹ No pongo el número de esta Logia, porque no lo recuerdo, y no conservo entre mis documentos alguno que la mencione.

sobre esto vino un nuevo *incidente* del mismo linaje á empeorar la situación. Recibíamos con mucha frecuencia grandes cantidades de dinero, que Logias de otros puntos remitían con destino á socorrer los habitantes de los pueblos destruidos por los terremotos; la mayor parte de las sumas se invirtió justamente en este objeto, mas no se sabe por qué mágicas artes algunas de ellas desaparecieron, ó, mejor dicho, no llegaron á poder del encargado de administrarlas. Tratábase de una cantidad crecida que las logias del Brasil enviaban, y causó honda impresión su extravío. Levantóse con este motivo una recia tempestad, que amenazaba acabar en deshecha tormenta; se incoharon numerosos procesos; se inhabilitó á varios individuos; se expulsó á otros; se castigaron en distintas formas muchos, pero esta es la fecha en que se ignora á punto fijo quién fué el autor de la *broma*, y cuál el paradero de las pesetas.

No obstante las dificultades que para la marcha regular de los demás asuntos ofrecía este anómalo estado de la administra-

ción, la Logia Alianza realizó en aquellos mismos días un acto de importancia, si bien sólo consiguió prolongar una vida de agonía, que acabó pocos meses después.

Este acto fué el establecimiento de la Logia de adopción; Logias de adopción se llaman las constituidas por mujeres, ó las en que hay afiliados como hijos adoptivos de la Logia, individuos menores de diez y ocho años. Á pesar de nuestros deseos, sólo nos fué posible admitir como tales hijos adoptivos á algunos jóvenes de corta edad, y entre ellos fué uno mi hermano Juan, que á poco tiempo, aunque no tenía la edad necesaria, fué iniciado. Se preparó la *tenida* para la noche del Viernes Santo de aquel año, el 85, y se llevó á efecto con gran lujo y esplendor; invitóse á las demás Logias; asistieron muchas señoras, bastantes sujetos, que no eran masones, pues la sesión fué pública, y algunos extranjeros que, sabedores del caso, quisieron presenciario; eran masones todos ellos de nuestro rito.

Para conseguir que mi hermano fuese iniciado á los diez y ocho años no cumpli-

dos aún, hice un escrito dirigido al Gran Maestro, que era entonces el Excmo. señor D. Manuel Becerra, fundando mi pretensión en un artículo de las Constituciones, que permite á los hijos de los masones ser iniciados en esta edad; para los demás se exige la de veintiún años, si bien yo fuí admitido cuando todavía no contaba los diez y nueve. El escrito fué despachado favorablemente, y desde entonces mi hermano y yo manipulamos en la Logia á nuestro antojo.

De poco hubiera servido á la nuestra el prestigio recogido en la fiesta que he mencionado, si no llegara la epidemia colérica. Ante el tristísimo espectáculo que presentaba la ciudad castigada por el terrible azote, los masones todos de Granada, como un solo hombre, se dedicaron á mitigar en la medida de sus fuerzas los estragos del mal, en que hicieron realmente prodigios de valor. De todos, sólo uno murió: Antonio Raso. Tenía el grado 1.º, pero se hizo un expediente de su fallecimiento, según prescriben las Constituciones, y se obtuvo que á su viuda é hijo se librasen por la

Gran Logia Simbólica y la *Cámara de Ritos* algunos miles de reales.

Yo temé el grado 3.º la noche del 21 de Septiembre; marché á Jaén al siguiente día, y al separarme de mis colegas dejé la Logia algo más repuesta que la encontré al ingresar. Desde esta fecha hasta Mayo del 86 anduve por diversos puntos, ocupado, como dejo escrito, en la propaganda del espiritismo: hablaba de la Masonería en todas partes siempre que se ofrecía ocasión, y mantenía con mi Logia algunas relaciones por correo.

Cuando tomé este grado que he dicho, cambié el nombre simbólico que tenía, atendiendo á que más de una vez había sido objeto de crítica para mis compañeros: desde aquella noche me llamé nada menos que el *Hermano Universo*. Una ó dos veces visité la Logia antes de ir á Madrid en el mismo mes de Mayo del 86; y tres meses más tarde supe que había sido disuelta con grandé escándalo, aunque jamás he conocido los detalles del acontecimiento.

La Logia *Luz in excelsis*, la más antigua

que en Granada cuenta el Oriente de España, tuvo, siendo de ella Venerable el Sr. Vazquez Baños, su período de florecimiento, y llegó á contar entre sus miembros lo más alto de la sociedad granadina, en Ciencias, Artes, Literatura, Foro, Comercio, etc.; muerto el Sr. Vazquez, le substituyó el Sr. García Alvarez, Catedrático de Historia Natural del Instituto de la provincia, darwinista acérrimo: mas, debido sin duda á su falta de salud, y sobre todo de la vista, y unido esto al desencanto de muchos, actualmente esta Logia lleva una vida miserable.

La de los llamados *Hijos de la Luz*, constituida en su mayor parte por el elemento militar, bajo la dirección de Fernando Manzano, nunca ha tenido, ni ahora tiene, importancia alguna.

La *Numancia* estuvo formada casi por artesanos y obreros, singularmente en sus primeros períodos. Tuvo en una de sus mejores épocas por Venerable al Magistrado D. Marcelino Martino, y después á D. José Rubio Linares, médico. Más adelante han formado parte de ella individuos de todas

las clases sociales, desde las más elevadas hasta las más humildes: á esta Logia se afilió mi hermano después de la disolución de la Alianza, y yo también cuando volví de Madrid á Granada el año 88 en el mes de Junio. De todas las del Oriente de España, es la única que trabaja realmente por los intereses de la Masonería: en el último periodo de mis trabajos en ella, la dirigía el Sr. Gómez Cano, que tenía por primer Vigilante á D. Gonzalo F. de Córdoba, jefe del Cuerpo de Estado Mayor; yo era orador del cuadro, y entre casi doscientos individuos que asistían á sus trabajos, había, como dije, algunos personajes *de peso*.

En la Alianza, donde fuí iniciado, he conocido por Venerables á D. Antonio Ocete, médico, hoy jefe del partido ó fracción *salmironiana* en Granada; á J. T. Barthroli, músico, y á M. Pareja, actual juez de no se qué distrito en la provincia de Almería. La disolución de esta Logia tuvo lugar cuando la dirigía D. Andrés Arroquia, subjefe de la estación telegráfica central de la provincia de Granada.

Respecto de las Lógicas del Oriente Nacional, la *Alianza de 1817*, número 112, merece especial mención, tanto por ser la más antigua, como por haber sido objeto de gran persecución en los primeros años de su establecimiento: fué sorprendida en la que hoy es casa número 9 de la calle de Aguado, por delación de la mujer de uno de los que la componían, y de resultas de esto nueve de sus individuos fueron ahorcados el año 1819, lo que supone que no les hallarían con las manos vacías ¹. Después de numerosas alternativas, esta Logia la forman actualmente bastantes sujetos: de una parte, bajo la dirección de D. Jorge Lombarte, Jefe de la Administración general de Contribuciones y Rentas de la provincia, está casi todo el personal de las oficinas de

¹ D. M. Menéndez Pelayo, en su obra *H. de los Heterodoxos*, tomo III, página 526, nota 2.^a, dice:

«En 1825, fué descubierta una Logia en Granada que se reunía en un cármén no lejano de la Alhambra. El jardinero los delató y fueron sorprendidos por el juez Pedrosa, en ocasión en que recibían á un adepto. Sin darles tiempo ni para quitarse los mandiles, fueron conducidos á la cárcel en medio de la rechifla popular, y ahorcados á los pocos días.»

Hacienda pública; de otra, hay gran número de obreros, tan sencillos como entusiasmados. La situación de este grupo, aunque valiosa, no alcanza ni con mucho á ser lo que fué en épocas anteriores.

Por último, la *Beni-Garnata* pudiéramos decir que es una Logia aristocrática; la dirige Manuel Lacasa, médico bastante reputado, y en su mayoría está formada por médicos, abogados, individuos del Cuerpo de obras públicas, militares, y así los demás.

Yo calculo que en Granada, cuya población apenas llegará á 85 ó 90.000 habitantes, entre los masones que hay en trabajos activos y los *durmientes* ó retirados, su número ascenderá á unos tres ó cuatro mil.

Más tarde, con ocasión de otros hechos, habré de volver á este punto: ahora diré algo del estado general de la Masonería en toda España.

III

Á poco de llegar á Madrid el año 86, me afilié á la Logia *Humanidad*, núm. 111 del Or.: de España.

Por aquella época se libraban grandes y reñidas luchas en el seno de la Masonería española, cuyo resultado ha sido harto beneficioso para la Orden: á consecuencia de ellas, en las que se puso de manifiesto todo el cieno que remueven la envidia y el odio, se ha descartado de algunos elementos revoltosos y perjudiciales al fin común. Después de muy largos debates, de crudas batallas y sangrientas escaramuzas, no todas de la mejor ley, se encuentra constituida en esta forma ¹:

¹ La organización de la Masonería ha cambiado bastante desde que se escribió este libro hasta que sale á luz, y por no retardar más su publicación no se

1.º *Oriente Nacional de España*, el más antiguo, puesto que su primer Gran Maestro fué el celebérrimo conde de Aranda, que lo importó de Francia, instituyendo la primera Logia en Madrid con el nombre de *Matritense*, núm. 1, al Oriente de Mantua Carpetana, allá por los años de 1780 :

2.º *Oriente de España*, de origen más moderno y no bien definido :

3.º *Oriente Lusitano Unido*, importado de Portugal en estos últimos años :

4.º *Gran Logia Catalana-Balear*, fundada en 1882.

5.º *Oriente Español*, establecido en 1887 :

6.º Logias independientes.

La situación respectiva de cada uno de estos grupos en la actualidad, es :

El Or.º Nacional, después de la muerte del Sr. Marqués de Seoane, que lo presidía, ocurrida el año 86, no sé que haya vuelto á elegir Gran Maestro : se dice regido por un

subsana el defecto ; tampoco se advierte, por lo demás, gran diferencia, y siempre los fines son los mismos.

Tribunal superior, pero lo cierto es que este tribunal no existe; sólo se conoce el nombre de su Secretario que, á la verdad, es quien todo lo hace, y es tan buen masón *como buen católico*: tan pronto se le ve de una en otra iglesia, como firmando los documentos del Oriente Nacional, donde se le conoce por el nombre de Eduardo Caballero de Puga, Moreto, gr.: 33. Sin embargo, el Oriente Nacional está recibiendo un gran empuje actualmente, pues se ve que reorganiza y funda numerosas Logias, y que á ellas pertenece lo más elevado del foro, de la política y de la administración de la nación.

El llamado Oriente de España, después de una lucida historia, está en decadencia. Tuvo su época de florecimiento, que acabó con Romero Ortíz, Sagasta (D. Práxedes) y Manuel Becerra, después de los cuales Rojo Arias ha presenciado los últimos pasos hacia la ruina: en el período de tiempo, desde fin del 86, que Rojo Arias presidió, se marcaron indelebles señales de la caída, y hoy vive en casi toda España una vida

miserable. No poco ha contribuido á ello la fatal conducta del que por muchos años ha sido su Secretario General, D. Juan Utor y Fernández, que con ella ha echado grandes borrões sobre la historia de su Oriente. A principios del año 87, el Sr. vizconde de Ros se separó de él con una fracción: mas sólo ha conseguido aumentar con su disidencia la angustia en que ya vivía el Or. de España, sin haber logrado prosperar en su intento.

El Or. Lusitano Unido tiene en España, relativamente á los demás, pocos sujetos: son, sin embargo, los que se mantienen en mejor armonía y obran con más decisión.

La Gran Logia Catalana-Balear, es un grupito constituido en Barcelona, que sólo se extiende á algunos puntos del Principado.

El Oriente Español se formó con los elementos menos pervertidos en su género que salieron vivos de las tempestades del Or. de España. En muy poco tiempo se ha organizado bastante bien bajo la dirección, más aparente que real, de Morayta, que es

su Gran Maestre, y se ha extendido con facilidad por la Península y por América ; es la fracción que cuenta con más medios de vida, y si no ocurre algún percance, está llamada á absorber los otros grupos ¹.

Las Logias independientes son varias, y de ordinario se declaran tales, cuando la llamada Gr. . Log. . Simb. . del Or. . á que pertenecen no satisface sus muchas veces injustas pretensiones , ó cuando, desengañadas de los extravíos que ocurren en ocasiones en los grandes centros, quieren vivir por sí y sin sumisión á los caprichos de las altas regiones : de todos modos, siempre pierden, puesto que se aislan, y acaban por consunción.

De intento no he mencionado lo que se llama *Gran Logia Independiente* de Sevilla, por otro nombre *Oriente de Pérez*, porque merece decirse aparte lo que con ella ocurre. No es más que una gran disidencia habida por los años 66 ó 68 en el Oriente de Es-

¹ Este percance ha ocurrido ya, y el Oriente Español, ó mejor, el Sr. Morayta, está completamente desprestigiado entre la generalidad de sus colegas.

pañã, que aún se mantiene, y que se ignora cómo vive; lo cierto es que, por temporadas, hace bastante ruido.—Un Antonio Pérez, hermano á lo que se cree del albeitar Rafael Pérez del Álamo que tanto dió que hacer á todos en la revolución del 68, fué el que realizó esta disgregación del cuerpo masónico general.

Á lo mejor, la Logia Independiente de Sevilla publica órdenes, censuras, avisos y documentos de toda especie, en los cuales reconoce ó anatematiza á los otros Orientes: á veces remueve con tanto ímpetu el fondo de la Masonería que, hasta la superficie inocente llega el furioso traqueteo del oleaje.—No obstante, pocos se cuidan de saber qué es y qué será esta pequeña porción, á la que no se da grande importancia.

De lo referido se desprende, por lo menos, que la Masonería está extendida en toda España; allí donde no alcanza un Oriente, llega otro: la red es completa. En el fondo, todos son iguales, como probaré después; el mismo Código los rige, sólo varían los procedimientos. El rito en todos

es el escocés antiguo y aceptado, excepto el Or.: Lusitano, que sigue el rito francés.

Antes de 1886, el Gr.: Or.: Nac.: de España estaba gobernado de la forma siguiente:

Gran Maestro, Gran Comendador : Excelentísimo Sr. Marqués de Seoane, gr.: 33, senador inamovible, vicepresidente del Senado.

Gran Maestro adjunto : Camacho, gr.: 33, ex director de Hacienda.

Gran Canciller : Pantoja, gr.: 33, escribano del Tribunal Supremo.

Gran Tesorero : Víctor Teijón, gr.: 33, abogado.

Gran Capitán de Guardias : Sr. Vizconde de Moratas, gr.: 33.

Gran Secretario General : Eduardo Caballero de Puga, gr.: 33, literato, miembro de una de las Asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús establecidas en Madrid.

El Sup.: Cons.: del gr.: 33 del Or.: de España, se regía por un

Soberano, Gran Comendador y Gran Maestro—por este lugar han pasado los se-

ñores Llano y Persi, Romero Ortiz, Sagasta, Becerra y Rojo Arias, después de otros muchos.

Gran Maestre Adjunto: D. Sergio Martínez del Bosch.

Gran Secretario: D. Juan Utor y Fernández, ex diputado á Cortes, miembro de la Liga de los Amigos de la Paz.

A éste último se dirigía la correspondencia, bien á su domicilio, Espejo, 14, ó á las oficinas de la Secretaría, Atocha, 68, principal, Madrid.

IV

La tendencia que en la actualidad se marca en los distintos grupos de la Masonería española, es unir sus medios de acción. Entiéndase bien que esta unión no se procura con el fin de formar un sólo Oriente, lo cual nunca podrá realizarse, sino para conseguir con mayor facilidad el objeto que á todos es común.

A este efecto, los masones se han colocado bajo el amparo de la Constitución y de las leyes, presentando por una parte al Gobierno, y por otra á las autoridades regionales, sus Estatutos, Constituciones y Reglamentos, que uno y otras se han apresurado á aprobar, con lo cual aquellos han dado un gran paso en su carrera. Las ventajas alcanzadas son muchas: por un lado, la emulación les obliga á realizar actos de im-

portancia práctica, que les traen numerosos adeptos; por otro, cuentan con apoyo fuerte para sostener su criterio en todas partes, desde los Cuerpos legislativos de la Nación, hasta el Ayuntamiento de la humilde aldea. Así, pues, la masonería es en España, como en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Portugal, y algunas otras potencias europeas, el árbitro de los asuntos públicos, ya en lo que respecta á la política, ya á los negocios financieros, ya á la legislación.

Por si alguno ó algunos juzgan atrevida esta declaración, haré una que otra reflexión sobre ello, que bastará á satisfacer sus dudas y á convencer su ánimo.

En términos generales, puede decirse que hay dos masonerías, y, por tanto, dos clases de masones; hablaréis con muchas personas, y es lo común, que al tratar de esta cuestión, os la presentarán siempre por su lado halagüeño.

—En la Masonería—dicen,—caben los individuos de todas las ideas religiosas y de todas las clases sociales: guiándose en todo

caso por la razón pura, y alejando de sus procedimientos y de sus determinaciones cuanto es preocupación y respeto infundado, reina entre ellos una armonía fraternal; veréis quizá una Logia presidida por un obrero, y á sus órdenes trabajar hombres eminentes, ricos industriales, famosos banqueros, y unos y otros, al cumplir los deberes que su cargo ó su grado les imponen, mantienen en vigor sus derechos de hombres, de ciudadanos libres. El más moderno y el más antiguo, merecen el mismo respeto y son acreedores á la misma consideración. A nadie se violenta para que piense de este ó del otro modo, y todos, en la medida de sus fuerzas, y según su capacidad, contribuyen al fin general de levantar á la sociedad, postrada por la bárbara opresión del dogma y de las supersticiones, estableciendo entre sus miembros el reinado absoluto de la caridad y paz universales. Tan levantado fin se ve combatido por las ambiciones y pasiones ruines de los hombres; y de aquí que la Masonería se haya visto obligada en los tiempos de la domina-

ción obscurantista ejercida por la Iglesia, á encerrarse y ocultar el secreto que promueve sus virtudes, iniciando en él tan sólo á las personas de corazón generoso y espíritu esforzado... Todo lo bueno está oculto: ya lo ha dicho un poeta cuando escribió:

« Sólo se halla virtud en los hogares;
El astro tras los altos horizontes;
El oro en las entrañas de los montes,
Y la perla en el fondo de los mares »....

.... Cuanto se dice de la Masonería contrario á esto, hijo es de la pasión ó del despecho!

Y, aquí teneis, digo ahora, el cebo del anzuelo que vienen á morder multitud de jóvenes llenos de entusiasmo, inexpertos, que no encontrando en todo este programa límite marcado á los anhelos de una edad llena de vigor, ven por el contrario un campo vastísimo para realizar sus aspiraciones. Si son hombres ya los que tal escuchan, también lo aceptan; porque no todos los hombres se hallan exentos de la petulancia y el orgullo.

Mas, aunque la masonería fuese en rea-

lidad como en las frases anteriores se pinta, no pasaría de ser un imposible. Ideas abstractas y generalísimas más ó menos hilvanadas, eso es todo. En sana filosofía, y aun en cuanto hace relación con la vida del hombre, todas las cosas tienen forzosamente que ir dirigidas á un objeto ó á un fin determinado: la razón humana no puede proceder de otra manera: propuesto el objeto ó fin que desea, le falta ordenar los procedimientos para alcanzarlo y ponerlos por obra; no hay otro remedio, ni otra faz se puede hallar á la vida humana. Ahora bien: la Masonería debe tener, como todo, un fin, un objeto. Supongamos por un momento que éste sea el indicado de *regenerar* al hombre y con él á la sociedad: ¿cómo trata de conseguirlo? Es dicho común de todos conocido que, si á un pintor, por ejemplo, ofrecéis para trabajar un cuadro los instrumentos que utiliza en sus tareas un carpintero, aunque sean muy nuevos y muy bien dispuestos, para nada le servirán, y recíprocamente; porque los medios que se han de emplear para conseguir un fin determinado,

no pueden ser otros que los que reclama la naturaleza del fin.—Aplicando ahora esta verdad indestructible á la Masonería, digo : En las tenidas comunes que celebran los masones, *nunca, nunca, jamás, jamás*, se trata de otros asuntos que los propios de una de las reuniones que con el nombre de Ateneos, Academias, etc., celebran á cada paso cualesquiera hombres y cualesquiera sociedades.—Después de unos cuantos golpes de *mallette*, palabras del formulario, y lectura del acta ó *plancha* de la tenida anterior, se circula el *saco* ó *tronco de proposiciones*, donde se recogen las que cada uno hace cuando quiere, bien sean para presentar un candidato, bien denunciando un hecho, bien pidiendo socorro para tal ó cual familia : se da cuenta de las cartas recibidas de otras Logias, cuando las hay ; se presentan las cuentas de gastos de luz, alquiler de casa, sueldo del h. : sirviente y otros por el estilo, en la primera sesión de cada mes ; se hace la iniciación si algún pretendiente la espera ; se concede la palabra, en bien de la Orden en general y de la Lógia en particu-

lar, de que nadie usa, y, en fin, se cierran los trabajos, retirándose los obreros contentos y satisfechos.

No sé que de la continuación de tales tenidas salgan las soluciones de esos tremendos problemas sociales que la Masonería se propone resolver, ni creo que nadie supondrá tal cosa, á no ser que le flaqueé el seso.

Esta no es la Masonería; es la máscara más ó menos seductora con que la Masonería verdadera se cubre para obrar en seguro: es la sociedad que, con estas ó aquellas ceremonias más ó menos acertadas, pero siempre vanas y alguna vez ridículas, se presenta ante el mundo haciendo obras de caridad, abriendo escuelas, y demás por el estilo. Sin embargo, no la veréis acudir á los templos católicos, ni admitir en su seno un solo rastro de religión: admiten á los partidarios de todas las ideas, á los hombres de todas las religiones, pero bastará que uno parezca ser católico para que lo rechacen. ¡Cuántas veces he librado yo grandes luchas siendo orador de la Logia Numancia en casos de esta especie!

Pero si ésta no es, ¿cuál es la verdadera Masonería? Así preguntará cualquiera después de leer lo que antecede, y observando en ello la falta de todo lo prudente y lógico que se desprende de las consideraciones hechas. Voy á contestar en pocas palabras, porque para decir mucho no tengo espacio, y porque otros han declarado largamente el asunto : querer yo en breves renglones decirlo todo, sería no probar cosa alguna, intentando probar demasiado.

Si alguien desea saber qué es *Masonería*, busque en la política revoluciones, atentados ; hombres notables hoy que nada eran ayer ; leyes absurdas ; proyectos insensatos ; tratados de comercio ruinosos....

Busque en los negocios agentes sin fondos conocidos ; bancarrotas como las de 1887 y 1888 ; sociedades anónimas ; traspasos incomprensibles ; contratos absurdos....

Busque en los tribunales sentencias inesperadas , condenas criminales , litigios donde se juega con las partes....

Busque, finalmente, en todo, lo injusto, lo irracional, lo que no se entiende....

Y, allí, hallará la verdadera Masonería ; allí encontrará siempre la fuerza oculta, el poder escondido, que sólo se revelan por sus funestos resultados....

Con todo, bien puede decirse que los masones, acusados de este ó el otro delito, de este ó el otro sacrilegio, no tienen nada que ver con la Masonería tal como la acabo de presentar. Me explicaré.

El masón, como hombre que es, en sus relaciones con la sociedad civil, sufre todas las influencias de los sucesos que en el seno de la misma se desarrollan ; como hombre que es, tiene defectos, abriga pasiones y comete faltas : esto puede acarrearle más de una vez particulares ocasiones que habrá de atravesar, como otro cualquiera, por los medios que tenga á su alcance ; y si para ello comete una acción punible, la Masonería no es ni puede ser responsable de ello. Digo esto, porque con frecuencia se atribuye el carácter de masón á tal ó cual individuo que, arrebatado por la pasión en un momento de ceguedad, comete un crimen ; por ejemplo : se ha dicho que

Juan Oliva Moncoussi y Pedro Otero del Rey, que intentaron asesinar á D. Alfonso XII, eran masones; se ha dicho que lo era el tan conocido cura Merino, que trató de hacer otro tanto con Doña Isabel II; se ha dicho, en fin, que Cayetano Galeote, que asesinó al Ilmo. Sr. Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá, lo era también: no es cierto; probablemente ninguno de estos individuos habría pisado jamás una Logia, ni su nombre estado en ninguna lista pública ni secreta de la Masonería. Un sencillo razonamiento de analogía, si así puede decirse, bastará para probarlo. En Rusia, con notable frecuencia, se realizan atentados contra la vida del Emperador por los afiliados al nihilismo; los reos son presos, son atormentados, son muertos, y de sus declaraciones, las autoridades obtienen al cabo noticias exactas respecto de las tramas, escondrijos y documentos del partido: buscan y hallan. En España, como tampoco en ninguna otra nación, estos reos de tan graves delitos han acusado jamás á la Masonería; de sus confesiones, nada posi-

tivo se ha encontrado contra ella ; y , sin embargo , éstos , como los otros , son presos , en una ú otra forma atormentados , y muertos también . Nada se ha encontrado , porque no hubo motivos para buscar .—¿Es que las autoridades están dominadas por la Masonería ? También el nihilismo vive poderoso en el palacio , acaso en la misma Cámara del Czar .—No ; la Masonería nada tiene que ver con tales hombres ; los masones , en concepto de tales , no hacen lo que se les atribuye .

Ahora bien : ¿ es la Masonería inocente ? No . El espíritu del masonismo mueve todas las ruedas de la vida de muchas naciones europeas , de casi todas , y de casi todas las de América . Desde el más humilde Ateneo que un grupo de jóvenes forma , con objeto , á su entender , de distraer sus ocios , hasta el cuerpo político , administrativo , militar , ó financiero de la nación , todo , todo , va envenenado por el soplo de la Masonería .—Veis aquí un comerciante que quiebra ; allí un telegrama mal traducido , que ocasiona una perturbación ; acá un edificio incendia .

do ; acullá un carruaje que, arrastrado por un caballo furioso, hiere al personaje que va dentro, ó lo mata ; por este lado un buque que naufraga sin saber cómo ni por qué ; por el otro un alto empleado depuesto de su cargo por fútiles motivos.... El comerciante , y el traductor del telegrama , y el incendiario , y el cochero , y el oficial del buque , y el autor del traslado , son instrumentos de la Masonería, las más de las veces, más pueden no ser masones. La Masonería es por eso criminal ; es , y no vacilo en decirlo , la causa del 85 por 100 de los desastres , ó de las fortunas que no tienen fácil explicación.

El espíritu masónico, repito, vive hoy en todo. Veis á cada paso constituirse sociedades con uno ú otro nombre, en las que desde el opulento banquero hasta el modesto menestral son admitidos : buscad, y el origen de ellas está en la Masonería ; porque la Masonería se aprovecha de todo para conseguir sus dos fines capitales : acabar con el trono ó con el altar.

Y si no, ¿hay caso de que alguna vez se

haya sostenido agrupación alguna, ó se haya realizado acto alguno de importancia para la sociedad común, en que no haya intervenido el masonismo? Si hay alguno, raro será. Hasta las sociedades católicas mismas cuentan en su seno tal cual vez al hipócrita espía. ¡No hay nada libre del hábito maldito de este engendro del infierno!

V

Mas, sabe muy bien la Masonería que sus esfuerzos serían inútiles si se diese á las violencias. Cauta y precavida, marcha con seguros pasos, sin que las contrariedades la amilanen.

En una población es disuelta una Logia y sus miembros acusados y vituperados.... ¿Qué importa eso á la Masonería?

Sale mal un proyecto que serviría de apoyo á tal ó cual golpe de estado.... ¿Qué importa cosa tan pequeña á la Masonería?

Se convierte este ó aquel individuo activo, trabajador, y declara sus fines horribles y espantosos.... ¿Qué la importa?

¡Cuántas Logias disueltas, cuántos trabajos perdidos y cuántos masones arrepentidos desde que se trató de arrojar del trono á Don Pedro en el Brasil!.... ¿Qué ha impor-

tado eso á la Masonería? Ella , sobre escombros de Logias , sobre restos de trabajos inutilizados, sobre la memoria de masones que fueron , ha caminado con paso firme , hasta llegar junto al Emperador para decirle :

—Señor : la opinión pública es hoy muy otra de la que era cuando V. M. subió al trono ; os veis amenazado , si no abandonáis el carácter de príncipe , porque la nación entera ya no ve en el Monarca al emperador Pedro , ve al tirano ; el ciudadano de hoy , no es el hijo de la patria de ayer : distinga V. M. entre esta situación y las pasadas , y verá cómo el Brasil no tiene espaldas para sustentar el trono.... La República pesa menos.... Y Don Pedro se va : no obstante , otro hombre de más carácter , en su lugar , si hubiese permanecido en el Brasil ; habría sido asesinado. ¿Por la Masonería? Sí , y no : por las turbas de patriotas furiosos que , siendo ó no siendo masones , son instrumentos del masonismo.

Y no es que , en particular , tenga siempre sus órganos en todo lugar ; no hace falta tanto. Pero hay , pongo por ejemplo , en

tal población un sujeto que estorba para la realización de tal ó cual proyecto....; se le inutiliza, ¿Cómo? Si es empleado se le traslada, y en este concepto caben los individuos de la magistratura y del orden jurídico en todas sus formas, de los cuerpos militares, ó de los cuerpos facultativos, y otros. ¿Es comerciante? Pronto lo arruinará un agente de la Administración pública que se encargue de ello. Y, por el contrario, allí donde haga falta un sujeto de determinadas condiciones, se le envía. Ya se comprende cómo dos ó tres docenas de hombres repartidos en las Direcciones generales ú ocupando cualesquiera puestos elevados en uno ú otro de los ramos del comercio, de la banca, de la política ó de la administración, pueden con gran facilidad estremecer en breve tiempo la vida íntima de una nación cuando lo necesiten.

Por otra parte, la Masonería se ayuda extraordinariamente de un elemento, que desde hace algún tiempo se desarrolla con inusitada fuerza: la enseñanza laica. Mirad qué género de enseñanza existe hoy en España;

el laicismo, en el sillón de cuero del maestro de escuela; el laicismo, bajo el birrete del doctor universitario; el laicismo, hasta debajo de la mantilla de la remilgada directora del colegio de señoritas.....

Nadie negará que nos gobiernan actualmente los hijos más ó menos legítimos de los atropellos, de las revoluciones de hace veinticinco años; y no creo que nadie se hará la ilusión de esperar de ellos el remedio del mal. Desde el año 68 hasta ahora, los chicos que anduvieron juntos en la escuela, se han reunido, apenas han sabido leer y escribir, en la sociedad tal ó cual, ribeteada de club; apenas han sabido pensar, pasaron á las columnas de la Logia..... Pocas esperanzas ofrecen también de remedio..... ¿Dónde iremos á parar? ¡Dios lo sabe! ¡Por semejante camino, y sin más esperanzas de cordura y piedad en los que disponen de las cosas públicas que las que hacen presumir los pensadores libres de ahora, que nos gobernarán mañana, no parece que vamos sino al fondo del abismo!

Empero, ¡Dios no muere!, como dijo un

ilustre gobernante americano ¹ al caer exánime bajo el machete con que le hería la Masonería peruana. ¡Dios no muere!, repito con alegría, con júbilo, cuando pienso que los Neronés, Decios y Dioclecianos, del montón de cenizas de hombres que habían asesinado, vieron surgir la Fe y la Religión renovadas, y llenas de vigor y fortaleza..... ¡Dios no muere!, repito con alborozo, cuando pienso que de las ruinas en que envolvieron al corazón humano los filósofos del último siglo, han brotado llenas de lozanía la Fe y la Religión..... Y, cuando la catástrofe á que nos empujan haya pasado á ser un hecho histórico, y el eco de sus horrores haya pasado también en alas de los vientos á ser no más que un lamento triste de los desgarradores gemidos de otros días, ¡Dios no muere!, gritaré de nuevo con el corazón rebosando de entusiasmo, al ver que de los despojos humeantes y sangrientos surgen más poderosas, más brillantes,

¹ El Excmo. Sr. D. Gabriel García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, asesinado en Quito el 6 de Agosto de 1875.

más hermosas y puras la Fé y la Religión, como testimonios vivos que el Omnipotente ofrece al mundo, de la infalibilidad de sus palabras: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam*¹!

¹ Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (la Iglesia). (Math. xvi, 18.)

VI

Cuanto de la Masonería he dicho, sabido es de todos: nada nuevo descubro en estas declaraciones; mas es tan grato al alma este desahogo, que, á pesar de todo, no he querido privarme de él.

Mi último período de vida masónica terminó en Abril de 1889: durante él trabajé con decisión y firmeza como nunca.

A fines de Diciembre de 1887, mi hermano Juan fué enviado á Madrid en representación del Comité provincial republicano progresista de Granada, del cual era secretario, aunque sólo tenía diez y nueve años, á la velada que el 31 de dicho mes celebraba la Asamblea del partido en honor de Ruiz Zorrilla. Para entonces, ya me había hecho yo un lugar en el partido, porque en 9 de Julio del

mismo año publiqué en el periódico *El País* un largo artículo en que pedía el indulto del brigadier D. Manuel Villacampa , y por el que estuve á punto de ser condenado. Mi hermano, pues, ocupando el lugar que ocupaba en el partido de la provincia; yo en Madrid relacionado con casi todos los que figuran á su frente , y sirviendo de conducto para transmitir y recibir cartas, ya á París á D. Manuel , ya á puntos de la Península que de él venían con todos los disfraces imaginables, estábamos en muy buena disposición para ser útiles al masonismo , á la vez que de él podíamos utilizarnos en justa retribución de nuestros trabajos. Juan estuvo á punto de ser condenado á diez años y cinco meses de prisión correccional que el Fiscal de la Sala de lo Criminal de la Audiencia de Granada pedía para él por uno de los llamados delitos políticos; fué absuelto por sentencia de 12 de Enero de 1888 , pero el Fiscal apeló de la sentencia al Tribunal Supremo; sin embargo , la apelación se extravió NO SE SABE CÓMO antes de llegar á su destino, y todas hubiesen corrido la misma

suerte si se hubiesen enviado. Por este tiempo, Juan era orador de la Logia *Numancia* dentro de la Masonería; su ocupación en la sociedad civil, secretario particular del Excmo. Sr. D. Luis de Rute y Giner, diputado á Córtes por Vélez Málaga é ingeniero jefe de Obras públicas de la provincia de Granada.

En 7 de Mayo del mismo año 88 murió mi hermano á consecuencia de una enfermedad brevísima : la primera noticia de su estado grave y de su fallecimiento las recibí simultáneas en Madrid por cartas del jefe del partido republicano progresista de Granada, Sr. Jiménez, y por telegramas que publicaron los periódicos de la mañana el día 8. Al punto traté de trasladarme á Granada, pero las reflexiones que por escrito me hizo el dicho Sr. Jiménez me detuvieron. Y, á la verdad, nada conseguía con el viaje que proyectaba : á mi llegada, el cadáver llevaría algunas horas enterrado, y mi situación habría sido más angustiosa aún.

Durante el curso del mal, Juan había sido

objeto de las más exquisitas atenciones y cuidados por parte de sus amigos políticos, y me complazco en repetirles aquí mi gratitud. El Sr. Rute, llevando su afecto hasta lo incomprensible, hizo que le condujeran á su domicilio, y en él, y en la misma cama de su jefe, dió el último aliento mi pobre Juan!....

No me quiero detener en estos recuerdos que me ahogan: bastante he dicho de esta muerte en otro lugar.

Me apresuré á expresar al Sr. Rute el reconocimiento profundo á que le era deudor, y él, no satisfecho con haberse mostrado como amante padre con mi hermano, al contestarme, fué llamándome á ocupar el puesto que él dejó, si para ello no tenía inconveniente. Aunque lo hubiese tenido, nada hubiera sido bastante á impedirme aceptar, para corresponder en la forma que me hubiese sido posible hacerlo á tan señalados obsequios: acepté y en Junio volví á Granada, donde la memoria de Juan vivía en los corazones de todos.

Al punto que llegué me afilié á la refe-

rida Logia Numancia, tomando el cargo de Orador que mi hermano dejó vacante; desde entonces, me sentí dominado como nunca por las ideas liberales: era un torrente desbordado que todo lo destroza, que todo lo arrolla; era el último grado de la demencia.

No sólo trabajaba en la Logia hasta el extremo de que su influencia se hizo sentir en toda la población, sino que en cualesquiera lugar donde estuviese, allí obraba sin descanso. Citaré solamente un hecho, porque de lo contrario sería interminable.

Se realizó en 30 de Diciembre del indicado año 88 el banquete oficial que en esta época celebra la Masonería. Un número crecidísimo de individuos nos reunimos á comer en el hotel de los Siete Suelos, en la Alhambra, aquel día; las dos presidencias ó cabeceras de la mesa principal, pues no fué posible colocarnos en una todos, las ocupaban D. Rafael García Álvarez, venerable de la logia *Lux in excelsis*, y el secretario del gobierno civil de la provincia D. Juan Flores; allí se habló en todos los tonos, no obstante la presencia de esta autoridad, que,

en su discurso se manifestó más decidido que todos, y, por último, el *banquet* que llenaba el centro de la mesa, fué llevado por una comisión nombrada al efecto, á la señora del gobernador, D. Eugenio Sellés, que lo recibió en su palco del teatro aquella misma noche.

Ninguna prueba más evidente puede darse de lo que el masonismo hace é influye en aquellas regiones; ningún orden de autoridad se halla fuera de su acción; la gubernativa; la municipal, puesto que, si no el alcalde, los concejales en buen número forman en las logias; la judicial, la administrativa y la militar, todas en suma, son miembros de la Masonería. Bastante digo con esto para que se entienda hasta dónde alcanza su poder.

Viniendo ahora á lo que á mí respecta, tuve en este período, como he dicho, ocasiones múltiples de manifestar mi furor antirreligioso; mas en donde resaltó fué en tres conferencias ó discursos que hice, uno en la Asociación de Maestros y dos en el Fomento de las Artes. De estos dos, sobre

todo el segundo, debo decir algo: el primero versó sobre el tema «La imprenta, su historia y su valor como elemento de civilización.» Aquí fuí desbarrando á mi antojo por las varias vicisitudes que el arte de imprimir ha atravesado, y vine á hacer la apología más exaltada del género de libertinaje más ó menos impúdico que ha regido y rige, por desgracia, en este ramo de la industria puesto el servicio de la impiedad y del error. El segundo fué sobre el tema «Emigración é inmigración», y aproveché las circunstancias tan deplorables porque nuestro país atravesaba á este respecto, para lanzar todo linaje de injurias contra un sistema de gobierno que no puede atajar la horrorosa emigración que existe, y contra la Iglesia y las órdenes religiosas,—únicas inmigrantes,—que van poco á poco penetrando en el corazón de la patria, hasta apoderarse de él. No obstante mis esfuerzos, no se pudo ocultar el fin que pretendía, y al día siguiente, *La Nueva Prensa*, periódico que á sus principios fué furibundo socialista, y á los pocos números se hizo *ecléctico*, si así se puede

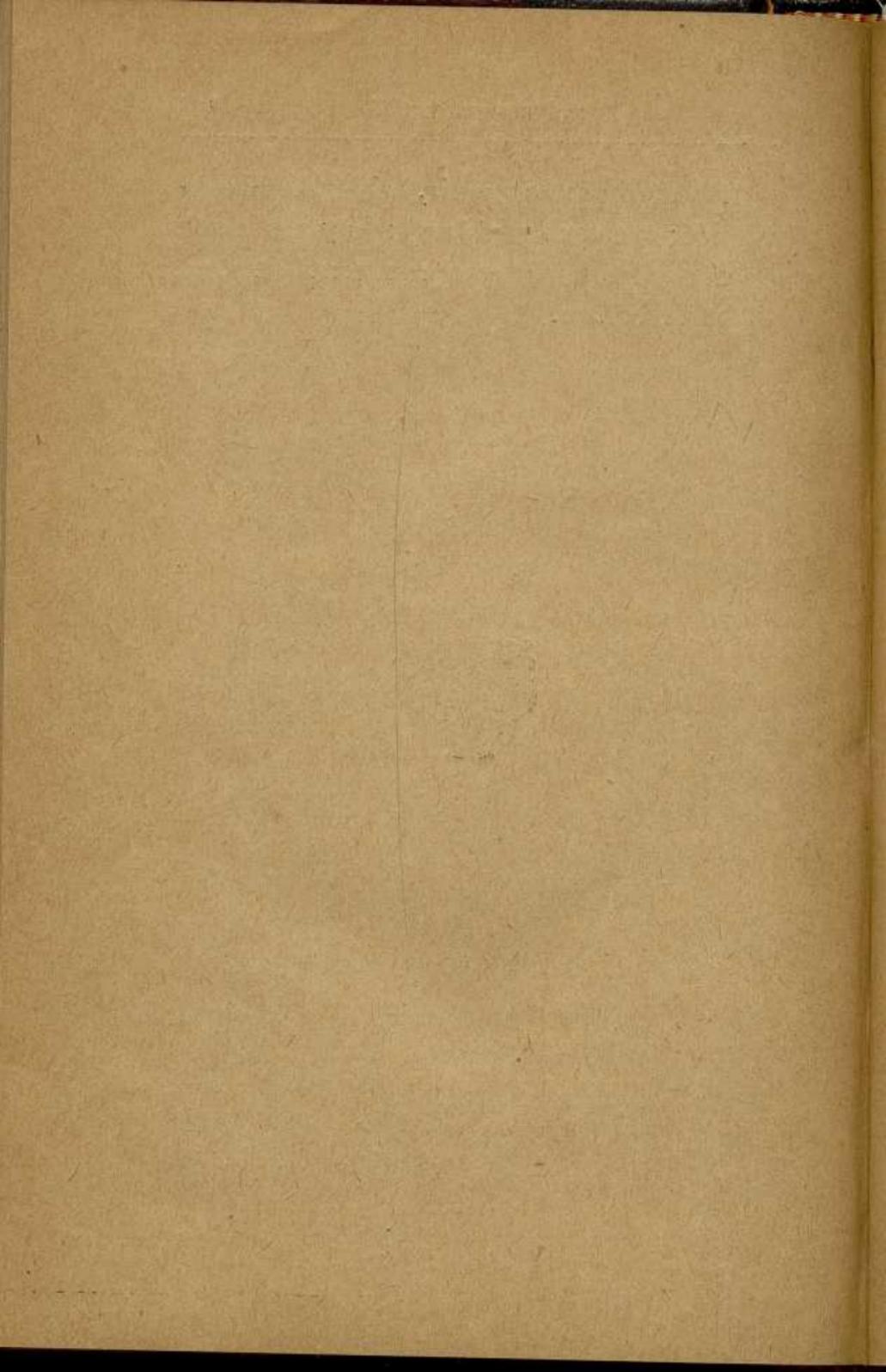
decir, publicó un escrito de seis columnas, en que un joven amigo mío, católico acérrimo, me ponía como ropa de pascua; me limité á contestarle en veinte renglones algunos conceptos, que eran verdaderas groserías, y él tornó á replicar en tono más fuerte: entonces tomé más en serio la cuestión y traté de contestar en forma, aunque no tenía tiempo de qué disponer; mas no podía buenamente prolongar el silencio; escribí un largo artículo, lo leí al director del mismo periódico, pues en él quería yo que se publicase, ya que en él habían salido los ataques; pero no pude por buenas conseguir que admitiese: no oponía más, sino que le iban á excomulgar el periódico, y á mí esto me importaba poco; mas, como en otra ocasión anterior estuvo á punto de ser denunciado por un artículo mío titulado «Verdades amargas», que, en realidad, fué muy amargo para muchos sujetos de alta clase, no quise insistir; sin embargo, mi intención era la de citarle ante los Tribunales por haber admitido el primer escrito y el segundo, en los que personalmente se me

ofendía, y no querer publicar mi defensa. Estos proyectos no llegaron á realizarse, porque atenciones muy graves me desviaron de ellos. Acabaré este punto indicando que, entre los trabajos que me ocupaban, uno era la confección de un poema que titulaba «Desafío lanzado al Supremo Hacedor por un Réprobo: escrito en el Infierno, sección 2.ª, caldera núm. 6, con permiso especial de Lucifer»: nada más horrible que este título, y nada puede ser tan feroz como lo que aquellos versos decía; por fortuna, no lo concluí, y con otras cosas parecidas ha ido al fuego, digno remate de todas ellas.

Forme juicio el lector de mi situación de ánimo y de mis intentos en esta época, por el sucinto bosquejo de mi vida, por entonces, que hago. Y, uniéndolo á cuanto en las páginas de este libro dejo escrito, vea si en cuatro años ó poco más de vida libre-pensadora, ha habido muchos hombres que hayan llegado á los extremos que yo llegué. No quiero indicar ni una idea sobre ello, porque todo cuanto dijere sería nada, comparado con los hechos.

Fáltame, para concluir, hablar de mi conversión; tampoco seré largo; hay cosas que no se pueden hacer comprender: si existen, no se describen.







LA VUELTA AL REDIL

I

Al caer la tarde del 6 de Abril de 1889 moría el Excmo. Sr. D. Luis de Rute en Granada. Yo había ido siguiendo paso á paso el curso del mal de que fué atacado la noche del 30 de Marzo anterior, en que regresaba de un viaje á Madrid, y vi con desesperación que era inevitable la muerte. Aquel suceso, harto doloroso para mí, fué uno de los puntos de partida del cambio de mis ideas; porque, cuando reflexionaba sobre él, siempre sacaba en consecuencia que la vida es más inestable y fútil de todas las ilusiones del

hombre; y aunque es verdad que muchas veces había leído y había pensado esto, nunca, como entonces, me impresionaba tanto. Ya no me defendía con el espiritismo, ni me embriagaba con los absurdos de las demás escuelas...., tenía cierto miedo vago, cierto temor indeciso, que en algunos momentos me oprimía; pero no pasó por entonces de ahí. En Mayo siguiente torné á marchar á Madrid, con el fin de hacer las oposiciones que se abrieron para cubrir vacantes en el Cuerpo de Sanidad de la Armada; como era natural, acudí en demanda de auxilio á mis cohermanos de la Masonería, y de ellos recibí un cruel desengaño: se me dijo que á pesar de todos mis esfuerzos, nunca obtendría una de las plazas á que aspiraba: que eso sería arrancarme de donde estaba haciendo falta, y que debía sacrificar mi propio gusto á la conveniencia general.... ¡Duro me fué no contestar á semejantes palabras con otras más expresivas! No obstante, hube de bajar la cabeza y callar, la razón es obvia: callando y obedeciendo, viviría en Madrid á mi antojo con medios

sobrados y con esperanzas de lograr un lugar en la política; de desobedecer, todo lo perdía. No dejé por eso de hacer las oposiciones; pero estaba muy desanimado y frío: al fin de ellas, vi efectivamente que se realizaba lo que se me había anunciado: se me aprueban los ejercicios ventajosamente, pero se me coloca en una sección que, teniendo derecho á ocupar vacantes cuando las haya, está en el arbitrio del Ministro resolver, si ha de ser así ó no: por una parte, los jueces no pueden menos de reconocer la aptitud; por otra, la fuerza masónica obra sigilosa, como siempre.... Renuncié todo derecho y di un adiós á mi esperanza. La vida civil me absorbió ya, pero era muy otro mi estado: el despecho y el desengaño me afligían.

Los que ignoraban el secreto de los hechos no cesaban de animarme; tenían por cierto que mi tristeza dependía del resultado de las oposiciones, y si bien así era, pero no bajo el punto de vista que ellos presumían.

Vivía yo en Madrid, en casa de la viuda

del teniente Ventura, fusilado por revolucionario en Barcelona el año 66, poco antes de los sucesos políticos de Julio, y esto agravaba mi tristeza: aquella buena señora era una leona con traje femenino, y con singular empeño me empujaba por la pendiente: en aquella casa se fraguaban planes tremendos; en aquella casa se conspiraba sin límites; de aquella casa, en fin, han salido muchos de los horrores que han assolado estos últimos tiempos á la nación. Yo sufría atrocemente: no sabía qué partido tomar, porque la ira de un lado, y de otro el frenesí anticatólico y revolucionario, me solicitaban con violencia en opuestos sentidos. Todos mis amigos de Madrid, excepto uno, me los debía á la política avanzada ó al masonismo: estaba rodeado por todas partes de lo mismo que quería huir. Es verdad que, habiéndome violentado un poco, hubiera dominado la situación; y dejando correr el mundo, como dicen, tarde ó temprano la ganancia era segura: empero, ya Dios me llamaba, aunque yo no lo conocía, y me llamaba de aquel modo, tanto más suave,

como que parecía disposición pura del acaso, lo que era traza de la Providencia.

El amigo á que hago referencia, era un amigo de los que no se comprenden: yo creo que era la voz de Dios. Le había conocido incidentalmente el año 86, y aún de un modo originalísimo, y siempre me manifestó un afecto cordial; yo, en cambio, siempre le pagué su cariño con ingratitudes y desdenes.—Uno de estos días en que, casi desesperado, paseaba sin objeto resolviendo en la mente miles de ideas diversas que pasaban como torbellinos, le encontré: me preguntó la causa de mi pena, y yo le contesté que tenía pena, porque no tenía alegría.

Antonio, que tal es su nombre, trató de distraerme; paseamos, y al fin me llevó á su casa: vivía entonces en un cuarto de soltero, en la calle de San Marcos; su familia reside en Ayamonte, en la provincia de Huelva.—Cuando me despedí de mi amigo, estaba más tranquilo; la causa la ignoro. Yo siempre le había tenido por un muchacho infeliz, muy bueno, pero que

como era católico hasta la médula de los huesos, nunca llegaría á ver dos dedos más allá de sus narices.—Mas al día siguiente, ya fuí á buscarle; había encontrado consuelo á su lado, y un género de instinto me hizo llegarle á él de nuevo. Por entonces, Antonio se ocupaba en confeccionar una especie de álbum que dedicaba á la Santísima Virgen con motivo de una festividad próxima á celebrarse en Ayamonte: le hallé trabajando, y después de saludarme, me pidió que le escribiera un prólogo para el álbum; semejante solicitud me hizo soltar una carcajada.

—Estás loco—le dije—cuando me propones que yo escriba tal cosa.

Por toda contestación, Antonio puso ante mí papel, me dió una pluma, y

—Escribe—me dijo;—haz este obsequio á la Virgen y á mí.

—Escribiré—repuse maquinalmente;—pero ten en cuenta que no respondo de escribir cien herejías.

—No importa; escribe, y salga lo que salga.

Escribí sin saber lo que hacía: después

he leído mi escrito impreso sin modificar ni una palabra ; no firmé.

Salí de aquella casa embobado : ni una sola idea clara y precisa pude ordenar en el resto del día : la noche la pasé en vela, ensimismado, aturdido. Y, al siguiente día, sin querer, fuí á buscar á mi amigo.

—No se que es esto—le dije ;—estoy triste, apenado, no me puedo aguantar yo mismo.... Sólo el rato que estoy contigo me creo más tranquilo....

—Es la conciencia que se despierta, Pepe,—me respondió ;—tú no crees que la conciencia pueda hacer eso ; pero lo real es que puede, y como puede lo hace.

—Bien,—dije ;—demos que sea la conciencia. Pero cuando busco la causa de mi estado, no la hallo ; y cuando la conciencia grita, su causa tendrá : yo no tengo por qué la conciencia me atormente....

—Eso mereces : que tu conciencia calle siempre y que su silencio no se rompa ni aun al borde de la sepultura. A los que piensan como tú, no se les debe otro género de misericordia....

—Si yo fuese católico, Antonio, estaría condenado.

—Sin serlo, lo estás: pero, puede más la gracia divina que tu desesperación.

—Sufro mucho, Antonio; sólo cuando hablo contigo disminuye mi angustia.... Parece como que me voy á volver loco; ¡si supieras cuantos disparates pienso! Yo creo que hay Dios, pero no sé lo que es: lo siento dentro de mí, lo adivino en todas las cosas, pero tengo vacío el corazón, y ni pensando en Dios se llena este vacío.... Mas, no, no, de ninguna manera; Dios no tiene nada que ver conmigo!.... Nunca me hizo falta Dios, ni ahora tampoco!.... Tú, y todos los católicos, sois unos hipócritas!

—Muchas gracias: veo que razones como un legítimo librepensador.

—Perdona si te digo algo que te sepa mal: no sé por qué me es difícil pensar; tengo la cabeza aturdida....

—Cálmate, amigo mío,—dijo Antonio;—salgamos á la calle, y todo pasará.

Salimos, paseamos no sé por donde, y me dejó en la puerta de casa al fin. Duran-

te el resto del día, más sereno, me entretuve en pensar lo que era de mí: al cabo hallé solución á todo, pero, ¡ qué solución!

—Antonio,—medije,—querrá que yo vaya á hablar con algún cura que apacigue mi ánimo, según parece haberme insinuado.... Está bien: probablemente será algún jesuita quien se encargue de ello.... Mejor: conoceré al jesuita de cerca y hallaré por dónde meterle el diente.... ¡ Ah, entrar de lleno á la máquina que forja el jesuitismo! Esto va bien.

Cuando vi de nuevo á mi amigo, yo mismo procuré llevar la conversacion al objeto; y, como sospechaba, Antonio me aconsejó consultase con algún Padre de la Compañía de Jesús. Al principio fingí tener escrúpulos de dar semejante paso, mas poco á poco me dejé vencer.... Supe dónde y cómo podría ver al *jesuita*, y durante dos días estuve pensando cuál sería mi conducta: resuelto á ir hasta lo más avanzado que pudiese, me decidí. Engaño por engaño: el *jesuita* me enñagará para atraparme: yo le engañaré para saber á punto fijo lo que *eso* es.

La mano de Dios, misericordiosa, me llevaba: querer yo decir cómo iba, será difícil; mas lo intentaré. Yo decía poco más ó menos:

El *jesuitismo* lo ha tratado de definir M. Cruveilleir-Fleury en Francia, presentándolo ante el público que leía el *Diario de los Debates*, allá por Marzo de 1845; lo ha tratado de definir M. Michelet en su obra *Del sacerdote, de la mujer y de la familia*, y á ambos le ha salido un retrato fiel de la Masonería, tal como la he visto y como la he servido: uno y otro nombre tienen el privilegio de levantar por todas partes el odio, de provocar todo linaje de insultos y de engendrar todo género de errores: hay en litigio, pues, un verdadero fenómeno moral, y en cuanto alcance trataré de hallarle explicación. La Masonería y el Jesuitismo, para la gente que no conoce á la sociedad sino bajo el prisma que se la han presentado las novelas de Zola y los folletines de Javier de Montepín; que ha estudiado el corazón humano según se lo presentaron Sardou, Echegaray y Leopoldo Cano en sus

abortos dramáticos, no son más que dos tenebrosos grupos de hombres, que tienen por fin esencialísimo conseguir el monopolio de la conciencia, del capital y de la sociedad: yo conozco la una; conoceré el otro, y de este juego, en que llevo cartas dobles, siempre he de salir ganancioso..... Vamos, pues, á ver al *Jesuita*.

Mi amigo Antonio, al instarme á que tratase con un jesuita, me dió los nombres de dos ó tres de ellos, y me indicó la casa en que moraban.

Llegué frente á un modesto edificio de la antigua calle del Lobo: reparé varias veces la fachada, como si á través de ella hubiera de ver algo de lo absurdo que de los jesuitas se presume, y al fin entré. De los nombres que llevaba *en cartera*, el primero que se me ocurrió fué el del P. Pedroso: pregunté por él en la portería, y me dijeron que habitaba en el piso principal de la izquierda. Subo; llamo, tirando con mano inquieta del cordón de la campanilla; aparece un hombre de edad avanzada; le pregunto por el Padre; me contesta que espere un

momento.....; y pasado ese momento, se abre la puerta del piso principal de la derecha, en cuyo dintel veo al mismo hombre que dice:

—Pase V.

.... ¿Cómo no ha de haber aquí gato encerrado? Me escuchan por una puerta, y el mismo que me escucha me hace entrar por la de enfrente..... No se oye á nadie..... Esta casa parece habitación de muertos..... Cuadros de santos en las paredes..... Esteras que ahogan el ruido de las pisadas en el suelo..... Silencio por todas partes..... ¿A qué vengo yo?..... De repente, el jesuíta, casi calvo, de estatura elevada, algo vencida hacia adelante, con una sonrisa que no se acaba de declarar, entra andando con paso mesurado.....

—¿En qué puedo servir á V?—me pregunta.

—Yo no lo sé, señor mío;—le respondo.

El Padre me miró de alto á bajo, con cierto aire de sorpresa : me hizo sentar, él se sentó á mi lado, y repitió:

—V. me dirá en qué puedo serle útil.

—Padre mío,—contesté,—difícil es decir á V. algo de lo que busco, porque, á ciencia cierta, yo mismo lo ignoro.... Estoy muy desconsolado, sufro mucho, soy un impío, y trato de hallar la tranquilidad perdida.

Mis proyectos caían con esto por tierra; no obstante, no podía decir más ni menos que lo que decía : era una máquina. El Padre lo comprendió sin duda, y fué abriéndome el camino hasta llevarme á hacerle una completa declaración de mi estado. ¡Gracias á Dios que la hice, pues con ella logré el remedio de mi angustia!

Sin embargo, en medio de la confianza que abrigaba, sostenía una terrible lucha. El pasado me abrumaba con el peso de una sucesión de impiedades y de locuras : el presente me brindaba con una vida sosegaday tranquila ; pero á trueque de abjurar de todas mis creencias, de cambiar la faz de mi existencia, de abandonar á todo un mundo de esperanzas y de ambiciones.... Y, en el porvenir, lo ignorado, lo desconocido.... ¡Sea lo que Dios quiera! Entremos,

que alguna vez hallaremos la salida ; y, en último término, siempre queda el recurso de volver á mi antiguo género de vida....

Tres ó cuatro días consecutivos visité al P. Pedroso : durante el rato que permanecía con él, me sentía arrastrado á cumplir punto por punto sus consejos ; cuando me separaba, me reía de ellos, y volvía á mis furores impíos, á acariciar mis insensatas intenciones de engañar al *jesuita*.

Al fin me propuso hacer los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio : yo no rehusé, porque estaba preparado á no dejar entrar en mi ánimo un solo pensamiento contrario á los que siempre abrigara. Después de varios pareceres, me indicó que fuese á hacerlos en el Colegio de la Compañía de Jesús, de Talavera de la Reina ; y decidido á llegar al último extremo, marché á Talavera el 11 de Agosto de 1889, sin dar noticia á nadie del viaje, ni de los intentos que llevaba.

Por el camino fuí reuniendo ideas y recordando los hechos, para adoptar una conducta que respondiese á los fines que lleva-

ba : conocer de cerca el jesuitismo y no dejarme coger de él. Era una conducta la que necesitaba, de refinada hipocresía y de gran perspicacia ; porque, aunque yo ignoraba qué fuesen los tales *Ejercicios*, suponía que debían influir notablemente sobre el hombre, cuando me los proponían para cambiar mi modo de ser : me era necesario, por lo tanto, armarme para resistir su influjo, y de otra parte, discurrir por ellos lo bastante para dar cuenta de mí al que estuviese encargado de dirigirme.

Con todas estas prevenciones y preparativos, llegué á Talavera : me hice conducir desde la estación del ferrocarril á la casa de los jesuítas, y pronto me hallé en aquel lugar, en aquel antro, tan discutido, tan calumniado, y tan digno, sin embargo, del más profundo y singular respeto.

III

Un sabio y prudente sacerdote jesuita francés, refiere de este modo las impresiones de llegada á una Casa de la Compañía de Jesús ¹ :

«Un hombre, cansado del mundo...., fué
»á llamar á las puertas de la Compañía de
»Jesús.—Lo primero que más le encanta,
»al penetrar en su religiosa morada, es la
»paz que reina en ella. El aspecto de aque-
»llas paredes silenciosas, el modesto porte
»de sus habitantes, el rumor de sus pasos,
»que resuenan como en un desierto, el or-

1 P. Ravignan, *De la existencia y del Instituto de los Jesuitas*, cap. II, pág. 75, 7.^a edición.

»den la pobreza que se ve en todos lados,
»la afable acogida y los modales afectuosos
»del Hermano que le guía, la dulce grave-
»dad del Padre que le recibe, un cierto
»perfume de suavidad y pureza que respira,
»como si Dios estuviese allí más íntima y
»familiarmente presente; todo en aquella
»casa, cuando por primera vez la pisa el
»mísero náufrago que viene de playas le-
»janas, todo produce una impresión inde-
»finible, que bien puede llamarse la huella
»de Dios en el corazón. Percíbese allí un
»principio desconocido, un espíritu bené-
»fico que alivia los pesares, que repara las
»fuerzas, y que da como un anticipado sa-
»bor de nueva y dichosa vida....»

Esto, y mucho más que esto, sin comparación, se siente, se percibe y aun parece que se infiltra en el alma cuando se llega por vez primera á la morada del Religioso: pero, sería difícilísimo decirlo tan claro, tan exacto y tan conciso como lo dice el P. Ravignan, si no se usara de sus propias palabras.

Apenas puse el pie en aquella casa, una vaga conmoción recorrió todo mi ser; me sentí dominado por algo que era puro espíritu, dulce, sutil, delicado, tranquilizador, que jamás había conocido.

Estaba cambiado; pronto, sin embargo, me recobré: la afabilidad exquisita con que me recibieron, me impresionó como lo demás, empero pasé sobre aquella impresión, y volví á regocijarme con mis proyectos... Mas, había sido vencido en el primer encuentro, y, á pesar de todos mis esfuerzos, debía ser vencido en los demás: Dios no se deja vencer en su misericordia cuando es su voluntad, ni por la más obstinada y dura pertinacia.

Hiciéronme ocupar una modesta habitación, blanca, limpia, donde lo preciso era cómodo y lo innecesario estorbo, y me dejaron solo. Mas tarde me visitó un sacerdote, el encargado de dirigirme en los Ejercicios, y sin más que algunos consejos y advertencias aquel día, me preparó para comenzar en el siguiente.

No debo pasar en silencio que, al llegar

la noche, llevado de una preocupación necia é infundada, aseguré la puerta de la habitación con una mesa, y con prolijo cuidado fui haciendo un registro de paredes y rincones, hasta asegurarme de que por ninguna parte se podía mirar al interior y de que ningún hueco ó escondrijo existía desde donde se me pudiera espiar.—Me acosté sin desnudarme, y puse junto á mí bien al alcance de la mano, un tremendo cuchillo de monte que era mi inseparable compañero hacía mucho tiempo.

Bien se ve por lo que antecede que, si por una parte mi alma sentía influencias que pudiesen hacer flaquear mis convicciones, por otra me disponía á disputar el terreno palmo á palmo.

Amaneció el día siguiente, y en él aparenté comenzar los Ejercicios: como estaba solo casi siempre, me ocupaba en leer los libros que pusieron á mi disposición; así pasaba el tiempo, y durante los tres primeros días estuve entretenido, sin cuidarme de reflexionar ni meditar sobre las materias que me indicaba el Padre que me dirigía:

por el contrario, si de lo que leía sacaba algún fruto, este era opuesto en un todo al que debía ser; tomaba notas de aquellos libros para hacerles guerra cuando saliere de mi voluntaria reclusión, y me aseguraba cada vez más en que era forzoso sostener mis principios.

Pero, el hombre propone y Dios dispone: todo aquel castillo de naipes cayó por tierra, y al fin fuí derrotado.

En la tarde del tercero día, sin yo haber hecho tales Ejercicios, ni puesto de mi parte más que odio, rencor y saña contra la Religión, me dominó una angustia horrible: me faltaba el aire para respirar, y parecía que todo daba vueltas alrededor de mí: paseaba vacilante; miraba y no veía; hablaba frases incompletas, sin sentido; sentía la garganta oprimida, el pecho estertoroso y la boca seca.... crispaba los puños, me zumbaban los oídos, y el cuerpo entero se me estremecía.... La idea de que me habían envenenado cruzó como un rayo por la mente; después, ni esa ni otra alguna me ocupó. Caí sobre el sillón junto á la mesa,

eché la cabeza entre las manos, y comencé á respirar entre gemidos y ronquidos guturales.... ; No sé cuánto tiempo estuve así! Al principio, la cabeza me ardía, sentía fuertes latidos en las sienes: luego quedé anonadado, inmóvil; luego frío, luego insensible....

Cuando volví en mí estaba llorando, ¡yo, que hacía muchos años que no lloraba! Los sollozos me oprimían el corazón; un profundo abatimiento me subyugaba, y decía entre gemidos:

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!....

Llegó el Padre que me dirigía, y á su vista, me estremecí.... ¿Es hombre?... ¿Es fiera?... ¿Es demonio?... ¿Es ángel?... ¡Qué sé yo! Sea, lo que sea....

Por un instante sentí que los decapitados instintos de la impiedad querían levantarse, y me enfurecí.... La mano de Dios cayó de nuevo sobre mi alma y apagó la pasión brutal....

—¡Padre!—grité, con una voz á modo de ronquido: —estoy loco, fuera de mí.... Yo no sé lo que quiero, pero escúcheme,

porque si no hablo, si no me desahogo,
voy á dar un estallido....

....¡Aquel día era el 15 de Agosto, en
que la Iglesia celebra la fiesta de la Asun-
ción de Nuestra Señora!





CONCLUSIÓN

He terminado cuanto me había propues-
to decir.

El alma está tranquila, respecto del te-
nebroso pasado; conforme con el dulce vivir
del presente, confía en Dios para el futuro.
El corazón no se agita ya bajo la letal in-
fluencia de las pasiones.... ¡Bendito sea
Dios!

A vosotros, los que leáis este libro, si
sois impíos, debo decir que estáis equivo-
cados: por vuestro propio interés, buscad
la Religión católica, estudiadla, porque
ninguno sabéis lo que es, cuando no la
amáis, y en ella, con toda certeza hallaréis
la satisfacción de todos los anhelos de vues-

tras almas; en ella se ahogarán esos delirios insensatos de vuestra mente extraviada: en ella descansará vuestro corazón, porque todo en ella es amor, es paz, es quietud y dulzura....

A los que seáis católicos debo deciros, que meditéis cuánto trabajan los impíos para lograr sus afanes: trabajad, pues, mucho también, para que nunca se pueda decir que tiene Luzbel mejores servidores que Jesucristo.... Trabajad, y acordaos de mí en vuestras preces al Altísimo: ¡pedidle que corone en mí la obra que ha comenzado, y que no se pierda en mi alma el infinito precio de la sangre redentora de Jesús!



INDICE

	<u>Pág.</u>
CARTA DIRIGIDA POR EL AUTOR AL EXCMO. É ILLUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE GRANADA EL DÍA DE SU CONVERSIÓN	7
CONTESTACIÓN DEL ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE GRANADA AL AUTOR.....	11
UNA ACLARACIÓN.....	13
LOS PRIMEROS PASOS.....	17
I.....	17
II.....	24
III.....	30
IV.....	36
V.....	41
LA CAÍDA.....	45
I.....	45
II.....	51
III.....	56
IV.....	62
V.....	70
EN EL CAMPO DE BATALLA.....	75
I.....	75
II.....	83
III.....	91
IV.....	98

	<i>Pág.</i>
V.....	105
VI.....	111
VII.....	116
DE PROPAGANDA.....	123
I.....	123
II.....	130
III.....	136
IV.....	143
V.....	150
VI.....	159
VII.....	165
VIII.....	173
ENTRE EL COMPÁS Y LA ESCUADRA.....	179
I.....	179
II.....	190
III.....	199
IV.....	207
V.....	220
VI.....	226
LA VUELTA AL REDIL.....	237
I.....	237
II.....	246
III.....	252
CONCLUSIÓN.....	261



